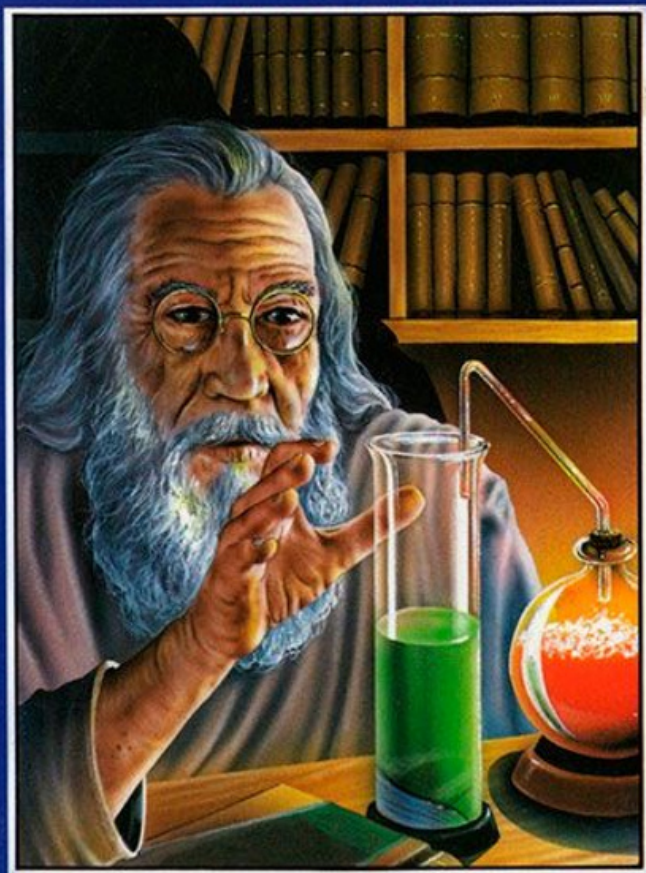


Julio Verne

El secreto de Wilhelm Storitz



se

Ciudad de Ragz, Hungría, año 1757. Marcos Vidal, ciudadano francés, escribe a su hermano Enrique comunicándole la noticia de su boda. Se va a casar con la bella Myra. Un hombre despechado es capaz de cualquier cosa, su furia y su sed de venganza pueden ser implacables. Así era Wilhelm Storitz, un hombre despechado cuya pasión por Myra lleva a hacer un uso maléfico de sus poderes, la increíble capacidad de desaparecer que le brinda una poción cuya fórmula ha confeccionado su padre, conocido alquimista. El secreto de Wilhelm Storitz es una obra en la que el paisaje romántico de la Hungría del siglo XVIII comparte protagonismo con la desdicha de una pareja de enamorados amenazados por la invisibilidad y la venganza. Verne empezó a escribir esta obra en 1901, tras la publicación en Francia de *El hombre invisible* de H. G. Wells (que, evidentemente, influyó en la elección del tema de esta novela verniana), y la terminó en 1904, un año antes de su muerte. Sin embargo, no sería publicada hasta 1910, primero por entregas en *Le journal* (números 6471-6499)

y luego en volumen por Hetzel. La versión original, como la de las otras obras póstumas de Verne, fue profundamente modificada por su hijo Michel Verne.



Jules Verne

El secreto de Wilhelm Storitz

ePub r1.1

Titivillus 06.12.2017

Título original: *Le Secret de Wilhelm Storitz*

Jules Verne, 1910

Traductor: S. de J.

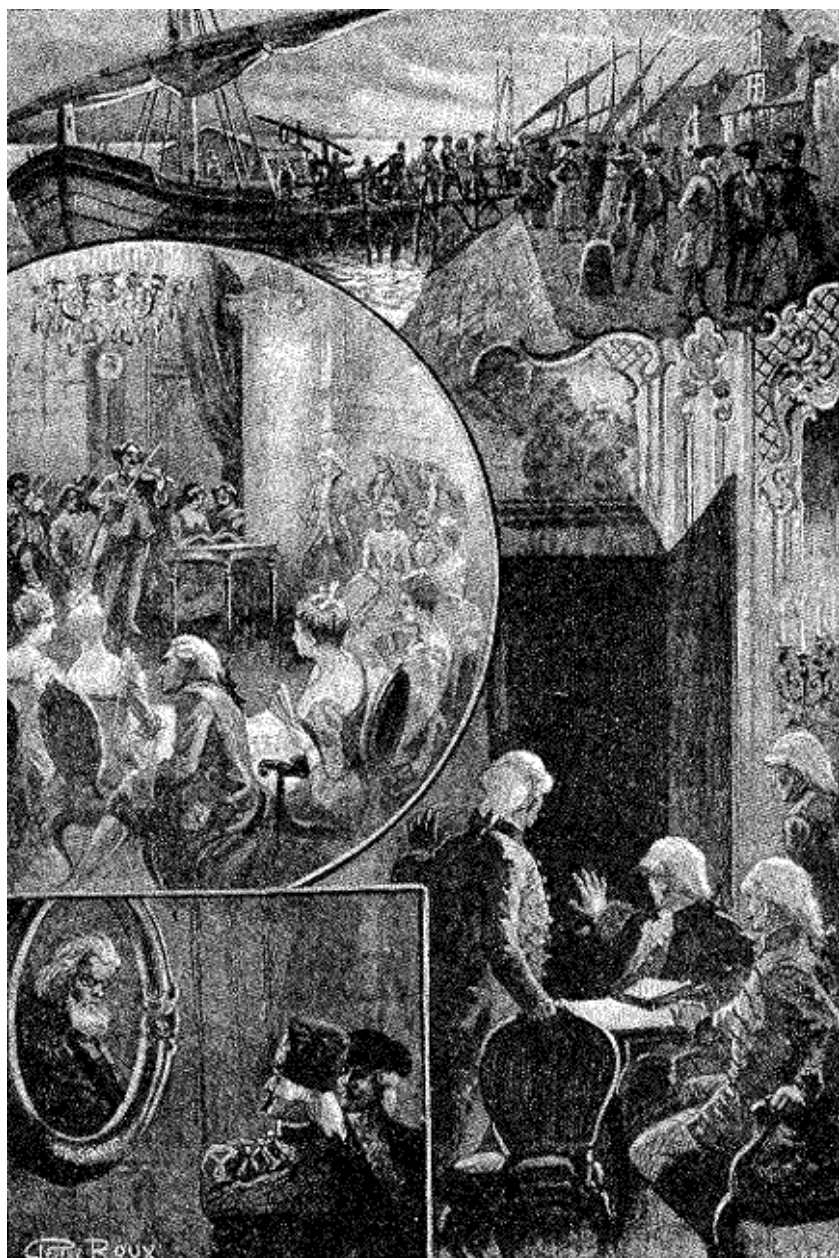
Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus

Digitalización: Vampy815

ePub base r1.2

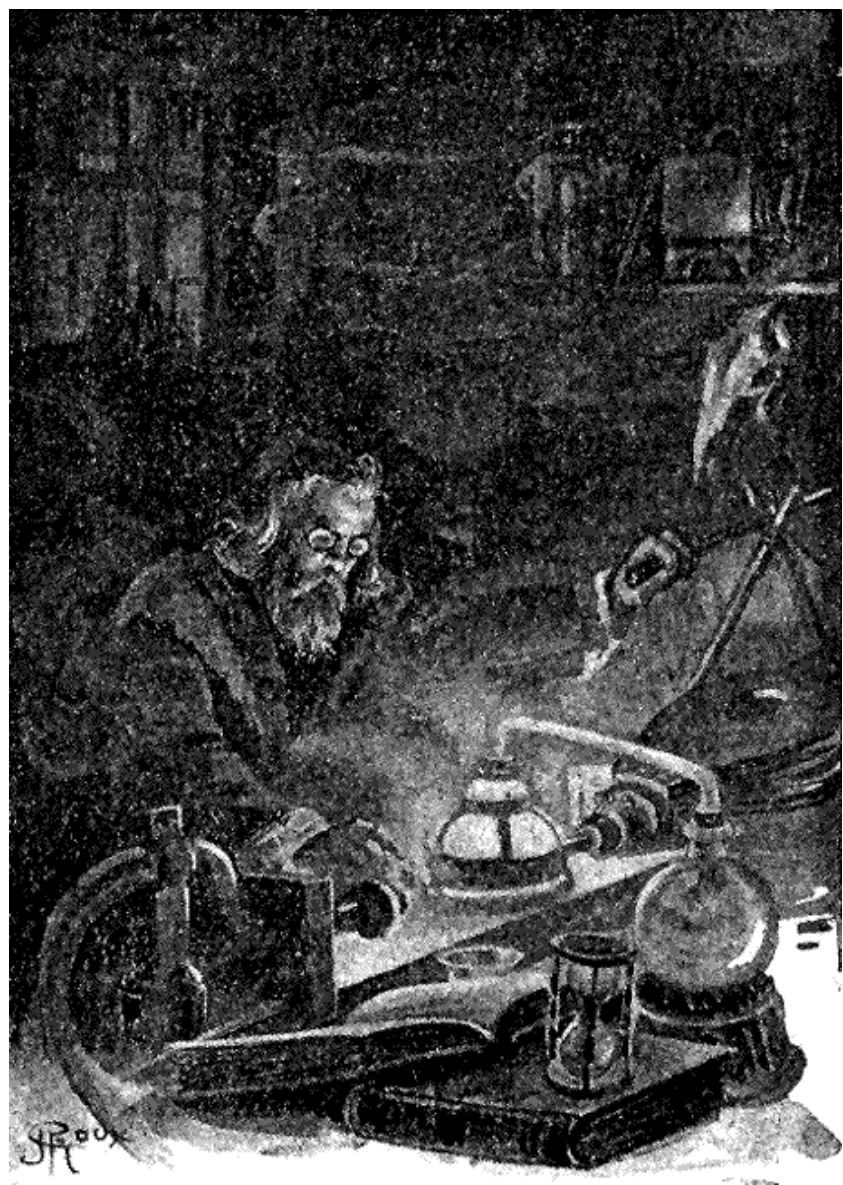




EL SECRETO DE WILHELM STORITZ



JULIO VERNE



CAPÍTULO PRIMERO

«... Y apresúrate a venir, mi querido Enrique, tan pronto como puedas. Te aguardo con impaciencia. Por lo demás, el país es magnífico y esta región de la Baja Hungría es muy a propósito para excitar el interés de un ingeniero. Aunque no sea más que bajo este punto de vista, no te pesará haber hecho el viaje».
»Tuyo de corazón,

»MARCOS VIDAL».

Así terminaba la carta que recibí de mi hermano el 4 de abril de 1757.

Ningún signo premonitorio señaló la llegada de esta carta, que fue a parar a mis manos del modo habitual, es decir, por la mediación sucesiva del cartero, del portero y de mi criado, el último de los cuales, sin sospechar siquiera toda la trascendencia de su acción, hubo de presentármela en una bandeja, con su acostumbrada tranquilidad.



Análoga fue la tranquilidad mía mientras abría la carta y la leía de cabo a rabo, hasta esas últimas líneas transcritas, líneas que contenían, sin embargo, en germen los acontecimientos extraordinarios en los que iba a verme mezclado.

¡Tal es la ceguera de los hombres! ¡De esta suerte es como va tejiéndose sin cesar, sin que lo perciban, la trama misteriosa de su

destino!

Mi hermano acertaba en sus presunciones. No me pesa haber llevado a cabo este viaje. Pero ¿hago bien en contarlo? ¿No es de esas cosas que es preferible callar? ¿Quién llegará a dar crédito a una historia tan extraña, que ni los más audaces poetas se habrían atrevido a escribir?

Pues bien, ¡sea! Correré el riesgo. Créaseme o no, cedo a una irresistible necesidad de revivir toda aquella serie de sucesos extraordinarios, cuyo prólogo viene a constituir en cierta manera la carta de mi hermano.

Mi hermano Marcos, de veintiocho años de edad a la sazón, había alcanzado ya éxitos sumamente lisonjeros como pintor de retratos. El más acendrado y afectuoso cariño nos unía. Por mi parte había alguna dosis de amor paternal, ya que tenía ocho años más que Marcos. Jóvenes aún, habíamos visto privados de nuestro padre y de nuestra madre, y yo, el primogénito, hube de ser el encargado de dar educación a Marcos. Como éste mostraba excelentes aptitudes para la pintura, habíale impulsado hacia esa profesión, en la que debía llegar a obtener éxitos tan halagüeños como merecidos.

Pero he aquí que de pronto Marcos se hallaba en vísperas de casarse. Hacía ya algún tiempo que residía en Ragz, una ciudad importante de la Hungría meridional. Muchas semanas pasadas en Budapest, la capital, donde había hecho gran número de retratos muy generosamente pagados, habíanle permitido apreciar la acogida de que en Hungría son objeto los artistas. Luego, una vez terminada su estancia, había descendido por el Danubio, desde Budapest a Ragz.

Entre las primeras familias de la ciudad, citábase la del doctor Roderich, uno de los más renombrados médicos de toda Hungría. A un patrimonio de bastante consideración unía una importante fortuna, adquirida en el ejercicio de su profesión. Durante las vacaciones que todos los años se concedía y que empleaba en hacer viajes que llegaban a veces hasta Francia, Italia o Alemania, los clientes ricos deploraban vivamente su ausencia. También la lamentaban los pobres, a quienes jamás negaba su asistencia, pues su caridad no desdeñaba ni aun a los más humildes, lo cual le conquistaba la estimación de todos.

La familia Roderich se componía del doctor, de su esposa, de su hijo, el capitán Haralan, y de su hija Myra. No le había sido posible a Marcos tratar a esta familia sin sentirse impresionado por la gracia y la belleza de la muchacha, lo cual había prolongado indefinidamente su estancia en Ragz. Pero si Myra Roderich le había agradado, no es mucho aventurar el decir que él por su parte había agradado a Myra Roderich. Habrá de concedérseme que lo merecía, pues Marcos era —¡lo es todavía, gracias a Dios!— un joven encantador y arrogante, de una estatura algo más que mediana, los ojos de un azul muy intenso, cabellos castaños, frente de poeta y con la fisonomía feliz de un hombre a quien la vida se ofrece bajo sus más risueños aspectos; el carácter, dúctil y maleable y el temperamento de artista fanático de las cosas hermosas.

Por lo que hace a Myra Roderich, no la conocía yo más que por las apasionadas cartas de Marcos y ardía en deseos de verla. Más vivamente aún deseaba mi hermano presentármela. Instábame a que acudiera a Ragz como jefe de la familia y no se contentaba con que mi estancia durase menos de un mes. Su prometida —no cesaba de repetírmelo— me aguardaba con impaciencia. Tan pronto como llegara, se fijaría la fecha del matrimonio. Pero antes Myra quería ver, pero ver con sus propios ojos, a su futuro cuñado, del que tanto bueno se le decía bajo todos aspectos —así, en verdad, se expresaba ella, al parecer—. Es lo menos que se puede pedir, el juzgar por uno mismo a los miembros de la familia en que se va a entrar. Decididamente, no pronunciaría el *sí* fatal hasta después de que Enrique le hubiera sido presentado por Marcos...

Todo esto me lo contaba mi hermano en sus frecuentes epístolas con mucho encarecimiento, y yo percibía claramente que se hallaba perdidamente enamorado de Myra Roderich.

Dije antes que no la conocía más que por las entusiastas frases de Marcos. Y sin embargo, toda vez que mi hermano era pintor, fácil le hubiera sido tomarla por modelo, ¿no es cierto?, y trasladarla a la tela, o cuando menos al papel, en una postura graciosa y con sus mejores galas. Habría podido yo admirarla *de visu*, por decirlo así... pero Myra no había querido. Era en persona como ella quería aparecer a mis ojos admirados, aseguraba Marcos, quien, a lo que yo me figuro, no debía haber insistido mucho para hacerla cambiar de opinión. Lo que uno y otro querían

indudablemente obtener era que el ingeniero Enrique Vidal diera de lado a sus ocupaciones y corriese a mostrarse en los salones de la casa Roderich en calidad de invitado de honor.

¿Era preciso tanto para decidirme? No, en verdad; en manera alguna habría dejado yo a mi hermano casarse sin encontrarme presente en su matrimonio. En un plazo, pues, bastante breve comparecería ante Myra Roderich, antes de que hubiera llegado a convertirse en cuñada mía.

Por lo demás, según indicaba la carta, experimentaría yo gran placer y provecho no pequeño en visitar aquella región de Hungría. Es el país magiar por excelencia, cuyo pasado es tan rico en hechos heroicos y que, rebelde a toda fusión con las razas germánicas, ocupa un puesto de consideración en la historia de la Europa central.

En cuanto al viaje, he aquí en qué condiciones resolví efectuarlo: a la ida, mitad en silla de posta y mitad por el Danubio, y a la vuelta, en silla de posta tan sólo.

Ese magnífico río está perfectamente indicado, aun cuando no lo tomaría hasta llegar a Viena. De ese modo, si no recorría las setecientas leguas de su curso, vería al menos la parte más interesante a través de Austria y de Hungría, hasta llegar a Ragz, cerca de la frontera serbia. Allí daría fin mi viaje. Me faltaría tiempo para visitar las ciudades que el Danubio baña con sus aguas al separar Valaquia y Moldavia de Turquía, después de haber franqueado las famosas Puertas de Hierro: Viddin, Nicópolis, Rustchuk, Silistria, Braíla, Galatz, hasta su triple desembocadura en el Mar Negro.

Parecióme que tres meses debían bastar para el viaje, según lo proyectaba. Emplearía un mes entre París y Ragz. Myra Roderich tendría a bien no impacientarse en demasía y se dignaría conceder ese plazo al viajero. Tras una estancia de igual duración en la nueva patria de mi hermano, el tiempo restante estaría consagrado al regreso a Francia.

Puestos en orden algunos negocios urgentes y habiéndome procurado los documentos que solicitaba Marcos, estaba presto para la marcha.

Mis preparativos, sumamente sencillos, no exigirían mucho tiempo y no pensaba abrumarme con numeroso equipaje. No

llevaría conmigo más que un baúl, hartito pequeño, donde colocaría el traje de etiqueta que hacía necesario el acontecimiento solemne que me llamaba a Hungría.

No tenía yo por qué inquietarme del idioma del país, siéndome el alemán familiar desde un viaje que hice a través de las provincias del norte. Por lo que hace a la lengua magiar, tal vez no experimentase gran dificultad en comprenderla. Por lo demás, el francés se habla corrientemente en Hungría, entre las clases elevadas sobre todo, y mi hermano no se había visto apurado en este particular más allá de las fronteras austríacas.

«Es usted francés, tiene derecho de ciudadanía en Hungría», dijo en otro tiempo un posadero a uno de nuestros compatriotas, y, en esta frase tan cordial, se hacía intérprete de los sentimientos del pueblo magiar respecto de Francia...

Escribí, pues, a Marcos, contestando a su última carta, rogándole manifestase a Myra Roderich que mi impaciencia era igual a la suya y que el futuro cuñado ardía en deseos de conocer a su futura cuñada. Añadía que iba a partir sin pérdida de tiempo; pero que no me era posible precisar el día de mi llegada a Ragz, toda vez que eso dependía de los azares del viaje; daba, con todo, seguridades a mi hermano de que en modo alguno me detendría en el camino. Si, pues, la familia Roderich lo quería, podía sin más dilaciones proceder a señalar la fecha del matrimonio para los últimos días de mayo: «Suplícoos —decíale a modo de conclusión— que no me cubráis de maldiciones, si cada una de mis etapas no se marca con el envío de una carta indicando mi presencia en tal o cual ciudad; escribiré algunas veces, las precisas para que la señorita Myra pueda evaluar el número de leguas que me separarán aún de su ciudad natal. Pero en todo caso anunciaré en tiempo oportuno mi llegada, la hora y, si es posible, el minuto preciso».

La víspera de mi partida, el 13 de abril, fui al despacho del subjefe de policía, con quien me encontraba en relaciones de amistad, a despedirme y recoger mi pasaporte. Al entregármelo, me encargó saludase afectuosamente a mi hermano, a quien conocía de reputación y personalmente y de cuyos proyectos de matrimonio se hallaba enterado.

—Sé además —agregó— que la familia del doctor Roderich, en la que va a entrar su hermano, es una de las más respetables de

Ragz.

—¿Le han hablado a usted de ella? —pregunté.

—Sí, ayer precisamente, en el sarao de la embajada de Austria.

—Y ¿quién le dio a usted esos informes?

—Un oficial de la guarnición de Budapest que hizo amistad con su hermano Marcos, durante la estancia de éste en la capital húngara, y del que me ha hecho los mayores elogios. Su éxito fue muy lisonjero, y la acogida que recibió en Budapest volvió a encontrarla en Ragz, lo que nada debe tener de sorprendente para usted, mi querido Vidal.

—Y —hube de insistir— ese oficial, ¿no ha sido menos caluroso en los elogios a la familia Roderich?

—En efecto. El doctor es un científico en toda la extensión de la palabra. Su fama es universal en el reino austro-húngaro. Ha sido objeto de toda clase de distinciones, y, en resumen, es una buena boda la que va a hacer su hermano, pues, según parece, la señorita Myra Roderich es una muchacha lindísima.

—No le sorprenderá, mi querido amigo, que le diga que mi hermano Marcos la encuentra así y que me parece muy enamorado de ella.

—Mejor que mejor, mi querido Vidal, y ya me hará usted el obsequio de transmitir mis felicitaciones y mis fervientes votos a su hermano, cuya dicha tendrá el supremo refinamiento de suscitar celosos... Pero —interrumpióse de pronto mi interlocutor vacilando — no sé si cometeré una indiscreción... diciéndole...

—¿Una indiscreción?... —repetí con asombro.

—¿Su hermano no le ha escrito hasta algunos meses antes de su llegada a Ragz?...

—¿Antes de su llegada? —repetí.

—Sí... La señorita Myra Roderich... Después de todo, mi querido Vidal, es muy posible que su hermano no haya sabido nada.

—Explíquese usted, mi querido amigo, pues le confieso que no sé en absoluto a qué alude usted.

—Pues bien, parece, lo que nada por otra parte tiene de extraño, que la señorita Roderich había sido ya muy solicitada, y muy especialmente, por un personaje que, entre paréntesis, no es un cualquiera. Esto es, al menos, lo que me ha contado mi oficial de la embajada, quien hace cinco semanas se encontraba todavía en

Budapest.

—¿Y ese rival?

—Fue despedido por el doctor Roderich.

—Entonces no hay por qué preocuparse de ello. Por otra parte, si Marcos hubiese conocido un rival, me habría hablado de él en sus cartas. Nada me ha insinuado, sin embargo. Esto parece indicar que la cosa no tiene importancia.

—En efecto, mi querido Vidal. No obstante, las pretensiones de ese personaje a la mano de la señorita Roderich hicieron bastante ruido en Ragz, y, al fin y al cabo, preferible es que se halle usted informado...

—Indudablemente, y ha hecho usted perfectamente en prevenirme, toda vez que no se trata de simples rumores sin consistencia.

—No, los informes son muy serios...

—Pero el asunto no lo es —respondí— y eso es lo principal.



En el momento de despedirme:

—A propósito, mi querido amigo —pregunté—, ¿pronunció ante usted el oficial el nombre de ese rival desahuciado?

—Sí.

—¿Y se llama?

—Wilhelm Storitz.

—¿Wilhelm Storitz?... ¿El hijo del químico, o más bien, del alquimista?

—Justamente.

—¡Caramba!... Pues es el nombre... de un científico a quien sus descubrimientos han hecho célebre.

—Y del que Alemania está muy orgullosa, muy justamente, mi estimado Vidal.

—¿No murió?

—Sí, hace algunos años; pero su hijo vive. Y hasta, según mi interlocutor, el tal Wilhelm Storitz es un hombre de temer.

—¿De temer? ¿Por qué?

—No sabría decir por qué. Pero, si se ha de creer al oficial de la embajada, el tal individuo no es un hombre como los demás.

—¡Canastos! —Hube de exclamar alegremente—. ¡He ahí una cosa interesante! ¿Por ventura nuestro infeliz enamorado tendría tres piernas, o cuatro brazos, o aunque no sea más que un sexto sentido?

—No me lo han precisado —respondió riendo mi interlocutor—. Me sentí, con todo, inclinado a suponer que el juicio se refería a la persona moral, más bien que a la personalidad física de Wilhelm Storitz, de quien, si no me equivoco, convendría desconfiar.

—Estaremos en guardia, mi querido amigo, por lo menos hasta el día en que la señorita Myra Roderich se haya convertido en señora de Marcos Vidal.

Dicho esto, y sin inquietarme gran cosa con la información, estreché la mano del subjefe de policía y regresé a mi casa a terminar mis preparativos de viaje.

CAPÍTULO II

Salí de París el 14 de abril, a las siete de la mañana, en una berlina tirada por caballos de posta. En unos diez días llegaría a la capital de Austria.

Pasaré rápidamente por esta primera parte de mi viaje. No se vio señalada por ningún incidente digno de mención y, por otra parte, las regiones que entonces hube de recorrer comienzan a ser demasiado conocidas para ser dignas de una descripción en toda regla.

Estrasburgo vino a constituir mi primer alto formal. Al salir de esta ciudad, me asomé por la portezuela, y la alta aguja de la catedral apareció a mi vista bañada completamente por los rayos del sol que llegaban a ella del sudeste.

Muchas noches pasé mecido por la canción de las ruedas aplastando la grava del camino, por esa fatigosa monotonía que acaba por adormecerle a uno mejor aún que el silencio mismo. Sucesivamente atravesé Oos, Baden, Karlsruhe y algunas otras ciudades. Después, dejé atrás Stuttgart y Ulm en Wurtemberg y, en Baviera, Augsburgo y Munich. Cerca ya de la frontera austríaca, un alto más prolongado me detuvo en Salzburgo, y por fin, el día 25 de abril, a las seis y treinta y cinco minutos de la tarde, los caballos, completamente cubiertos de espuma, se detenían ante la mejor hospedería de Viena.

Sólo treinta y seis horas, contando entre ellas dos noches, permanecí en esta capital. A mi regreso pensaba visitarla detenidamente.

Viena no se halla atravesada ni bordeada por el Danubio. Tuve que hacer una legua, aproximadamente, de camino en carruaje para alcanzar la orilla del río, cuyas complacientes aguas iban a llevarme

hasta Ragz.

La víspera había adquirido el pasaje en una gabarra, la *Dorotea*, que se dedicaba al transporte de pasajeros. Había allí de todo un poco, quiero decir; toda clase de personas: alemanes, austríacos, húngaros, rusos, ingleses. Los pasajeros ocupaban la popa, pues la proa estaba destinada a las mercancías, hasta el extremo de que nadie habría podido encontrar allí sitio.

Mi primer cuidado fue el de procurarme una cama para la noche en el dormitorio común. No había que pensar en colocar allí mi baúl y tuve que dejarlo al aire libre, cerca de un banco, sobre el que proyectaba sentarme a menudo durante el viaje sin dejar de velar por mi propiedad con el rabillo del ojo.

Bajo el doble impulso de la corriente y de un viento bastante vivo, descendía rápidamente la gabarra, hendiendo con su quilla las amarillentas aguas del hermoso río, aguas que, diga lo que quiera la leyenda, parecen teñidas de ocre más bien que de azul. Nos cruzamos con numerosos bajeles, con sus velas desplegadas a la brisa y transportando los productos de la campiña que se extiende hasta donde la vista puede alcanzar por una y otra margen. Pasamos asimismo al lado de una de esas inmensas almadías, verdaderos trenes flotantes formados con un bosque entero, en los que se edifican aldeas flotantes, alzadas a la partida y destruidas a la llegada, y que recuerdan las prodigiosas *jangadas* brasileñas del Amazonas.

Luego y caprichosamente diseminadas, unas islas sucedían a otras islas, grandes o pequeñas, alzándose apenas del agua algunas, hasta el extremo de que la mayor parte se verían completamente sumergidas sólo con que el nivel del río subiese unas cuantas pulgadas. La mirada se recreaba contemplando aquellas islillas tan verdes, tan frescas con sus líneas de sauces llorones, chopos y álamos temblones y con sus húmedas hierbecillas salpicadas de flores de vivos colores.

De esta suerte fuimos cruzando ante pueblecitos acuáticos edificadas a la orilla misma del río, y antojase a las veces que el movimiento y los remolinos de los barcos las hacen oscilar sobre sus pilones. Más de una vez hubimos también de pasar por debajo de una cuerda tendida entre ambas orillas a riesgo de que se enganchara en ella el mástil de nuestra embarcación, cuerda de una

almadía transbordadora sujeta a dos altos postes coronados por la bandera nacional.

Durante el primer día dejamos atrás Fischamenan y Rigelsbrun, anclando la *Dorotea*, al llegar la noche, en la desembocadura del March, un afluente del lado izquierdo, que desciende de Moravia, muy cerca de la frontera del reino magiar. En este sitio pasamos la noche del 27 al 28 de abril, para emprender de nuevo la marcha al amanecer arrastrados por la corriente a través de los territorios donde en el siglo xvi hubieron de batirse franceses y turcos con tanto encarnizamiento. Finalmente, después de haber hecho una corta escala en Petronel, en Altenburg y en Hainburg, después de haber franqueado el desfiladero de la Puerta de Hungría y después de abrirse ante ella el puente de barcas, la gabarra llegó al muelle de Presburgo.

Una parada de veinticuatro horas, precisa para el movimiento de mercancías, me permitió visitar esta ciudad, digna de la atención de los viajeros. Tiene verdaderamente todo el aspecto de hallarse edificada sobre un elevado cabo marítimo; no experimentaría uno la menor sorpresa si fuese el mar quien se extendiese a sus pies, bañando las olas su base, en lugar de las mansas y apacibles aguas de un río. Por encima de la línea de sus magníficos muelles se dibujan las siluetas de casas construidas con una notable regularidad y en un hermoso estilo.

Pude admirar la catedral, cuya cúpula termina con una corona dorada, y numerosos hoteles y hasta algunos palacios que pertenecen a la aristocracia húngara; hice luego la ascensión de la colina en la que se alza el castillo y visité aquella vasta construcción cuadrangular, flanqueada de torres en sus ángulos como una ruina feudal. Tal vez pudiera uno lamentar haber ascendido tan alto si, una vez allí, la vista no se extendiese sin obstáculos sobre los magníficos viñedos de los alrededores y la llanura infinita por la que se desliza majestuoso el Danubio.

Más allá de Presburgo y en la madrugada del 30 de abril, la *Dorotea* comenzó a cruzar la *puszta*. Viene a ser ésta la estepa rusa, la sabana americana, cuyas llanuras inmensas se extienden por toda la Hungría central; un territorio sumamente curioso, con sus prados de pastos cuyo fin no se ve, que recorren algunas veces en un galope tendido innumerables caballadas y que proporcionan

alimento a rebaños de bueyes y de búfalos por millares de cabezas.

Allí se desarrolla en sus múltiples zigzags el verdadero Danubio húngaro. Aumentado ya su caudal con el de muchos y muy caudalosos tributarios procedentes de los pequeños Cárpatos y de los Alpes Estirianos, adquiere la importancia de gran río, después de no haber sido apenas más que un arroyo a su paso por Austria.

Remontaba yo con la imaginación el curso de este río hasta sus lejanas fuentes, casi en la frontera francesa, en el Gran Ducado de Baden, limítrofe de la Alsacia, y no podía menos de pensar que las lluvias de Francia eran las que le suministraban sus primeras aguas.

Llegada al caer de la tarde a Raab, quedó la gabarra amarrada al muelle durante la noche, todo el día siguiente y la noche sucesiva; doce horas me bastaron para visitar esta ciudad, que merece mejor el nombre de fortaleza, el Gyor de los magiares.

A algunas leguas más allá de Raab, pude al día siguiente detenerme y descubrir la célebre ciudadela de Kromorn, creada enteramente en el siglo xv por Matías Corvino y donde tuvo lugar el último acto de la insurrección.

No conozco nada más hermoso que el abandonarse a la corriente del Danubio en esta parte del territorio magiar. De continuo curvas caprichosas, bruscos recodos que hacen variar por completo la perspectiva del paisaje, islas bajas a medias sumergidas y sobre las cuales revolotean grullas y cigüeñas: es la *puszta* en toda su magnificencia, ya en praderas lujuriantes, ya en colinas que ondulan en el horizonte. Allí prosperan los viñedos de los mejores crudos de Hungría; puede estimarse en más de un millón de pipas, entre las cuales el Tokay tiene su parte, la producción de este país, que figura después de Francia y antes que España e Italia en la lista de las regiones vitícolas. Dícese que esta cosecha se consume casi por entero en el país. No ocultaré, sin embargo, que yo hube de darme la satisfacción de desocupar algunas botellas en las fondas de la ribera ¡tanto peor para los bebedores magiares!

Debe notarse que los métodos y procedimientos de cultivo van mejorando de año en año en esta región, empero queda todavía mucho que hacer. Sería menester abrir una red de canales de riego que asegurasen una fertilidad extrema, plantar muchos millares de árboles y disponerlos como larga y gruesa cortina formando una barrera contra los vientos perjudiciales. De esta suerte, los cereales

no tardarían en duplicar y hasta triplicar sus rendimientos.

Por desgracia, la propiedad no se encuentra lo bastante dividida en Hungría. Los bienes de mano muerta son en ella considerables y hay dominio de veinticinco y más millas cuadradas que su propietario no ha podido explorar jamás en toda su extensión; los pequeños cultivadores no poseen ni siquiera la cuarta parte de ese vasto territorio.

Semejante estado de cosas tan perjudicial al país cambiará a buen seguro gradualmente y tan sólo por la lógica obligada que encierra el porvenir. Por lo demás, el campesino húngaro no es en modo alguno refractario al progreso. Está lleno de buena voluntad, de valor y de inteligencia. Tal vez se halla un poco demasiado contento de su suerte y de sí mismo; menos, con todo, de lo que lo está el campesino germánico. Entre ambos existe una diferencia: el primero cree poder aprenderlo todo, el segundo cree saberlo todo.

En Gran, situado en la orilla derecha, fue donde noté un cambio en el aspecto general. A las planicies de la *puszta* sucedieron largas y numerosas colinas, extremas ramificaciones de los Cárpatos y de los Alpes Nóricos que oprimen el río y le obligan a atravesar estrechos desfiladeros.

Gran es la sede del obispo primado de Hungría, y sin duda, la más envidiada de las diócesis del globo, si es que los bienes de este mundo poseen atractivos para un prelado católico. El titular, en efecto, de esta sede, cardenal, primado, legado, príncipe del Imperio y Canciller del Reino, posee una renta que excederá de un millón de libras.

Más allá de Gran vuelve a comenzar la *puszta*. Se impone reconocer que la naturaleza es muy artista; practica la ley de los contrastes en grande, por supuesto, como todo lo que ella hace; tras los tan variados aspectos del paisaje entre Presburgo y Gran, ha querido la naturaleza que el paisaje sea aquí triste, sombrío, monótono.

En este punto, la *Dorotea* viose forzada a elegir uno de los dos brazos que forman la isla de San Andrés y que, por lo demás, son uno y otro practicables para la navegación. Tomó por el brazo de la izquierda, lo que me permitió ver la ciudad de Waitzen, dominada por una media docena de campanarios, que tiene una iglesia construida en la orilla misma del río y que se refleja en las aguas en

medio de grandes masas de verdor.

Más adelante, el aspecto del país comenzó a modificarse. En la llanura se suceden los cultivos de legumbres, sobre el río se deslizan en mayor número las embarcaciones. La animación sucede a la calma. Es evidente que nos aproximamos a una capital y ¡qué capital! Doble, como ciertas estrellas, y si esas estrellas no son de primera magnitud, resplandecen al menos con gran brillo en la constelación húngara.

La gabarra rodeó una última isla: Buda aparece al punto e inmediatamente Pest; y en esas dos ciudades, inseparables como dos hermanas siamesas, era donde del 3 al 6 de mayo iba yo a tomar algún reposo, consagrándome a visitarlas y recorrerlas concienzudamente.

Entre Buda y Pest, entre la ciudad turca y la ciudad magiar, pasan las flotillas de barcas, que constituyen la navegación de ascenso y descenso del río, especie de galeotas con un mástil de bandera en la proa y dotada de un largo timón cuya barra se alarga de un modo desmesurado. Ambas orillas se hallan transformadas en muelles que bordean casas sobre las cuales se alzan agujas y campanarios.

Buda, la ciudad turca, se halla situada en la orilla derecha, Pest en la izquierda, y el Danubio, sembrado siempre de islas cubiertas de verdor, forma la cuerda de la semicircunferencia ocupada por la ciudad húngara. Del lado de ésta se encuentra la llanura, por donde la ciudad ha podido y podrá continuar extendiéndose. Por la parte de Buda se halla una sucesión de colinas fortificadas a las que corona la ciudadela.

De turca que era, Buda tiende a convertirse en húngara y, hasta fijándose y observando bien, en austríaca. Más militar que comercial, falta en ella la animación que prestan los negocios. No debe admirarnos que la hierba crezca en sus calles y bordee sus aceras. Como habitantes, cuenta, sobre todo, con soldados, de quienes diríase que circulan por la ciudad como si se encontrara en estado de sitio; en muchos lugares ondea el pabellón nacional cuya tela flota al viento. Es, en suma, una ciudad un poco muerta enfrentada a una ciudad tan viva como Pest. Muy bien pudiera decirse que el Danubio se desliza entre el pasado y el porvenir.

Esto no obstante, si bien es cierto que Buda posee un arsenal y

que no faltan en ella los cuarteles, también pueden ser visitados muchos palacios de imponente aspecto. No dejé yo de experimentar cierta impresión ante sus viejas iglesias y ante su catedral, que se convirtió en mezquita bajo la dominación otomana. Seguí por una amplia calle cuyas casas con terrazas, como en Oriente, están rodeadas de verjas; recorrí los salones de la Casa de la Ciudad, rodeada de verjas adornadas con elementos repujados amarillos y negros y contemplé la tumba de Gull-Baba, que visitan los peregrinos turcos.

Pero ocurrióme a mí lo mismo que acontece a la mayoría de los extranjeros, y Pest me ocupó gran parte del tiempo. No fue, se me puede dar crédito, tiempo perdido, porque, de verdad, dos días no son suficientes para visitar la capital húngara, la noble ciudad universitaria.

Conviene, en primer término, escalar la colina situada al sur de Buda al extremo del barrio de Taban, con objeto de obtener una vista panorámica de ambas ciudades. Desde este punto se descubren los muelles de Pest y sus plazas rodeadas de palacios arquitectónicamente muy bien dispuestos. Aquí y allá, cúpulas de nerviaciones doradas, flechas que apuntan atrevidamente hacia el cielo. El aspecto de Pest es ciertamente grandioso, y no sin razón se le ha preferido muchas veces al de Viena.

En la campiña circundante, sembrada de villas, se desarrolla la inmensa llanura de Rakos, donde en otro tiempo celebraban los caballeros húngaros con gran solemnidad sus dietas nacionales.

No puede dejarse de visitar en seguida el Museo, que contiene cuadros y estatuas, salas de historia natural y de antigüedades prehistóricas, inscripciones, monedas y colecciones etnográficas de gran valor. Es preciso visitar después la isla Margarita, con sus bosques, sus praderas, sus baños alimentados por una fuente termal y asimismo el jardín público, el Stadtwaldchen, regado por un arroyuelo practicable para las embarcaciones pequeñas, con sus hermosas umbrías, sus tiendas, sus juegos, y en el cual bulle una muchedumbre viva, animada, señoril, entre la que se encuentra un gran número de notables tipos de hombres y de mujeres.

La víspera de mi partida entré en una de las principales hospederías de la ciudad con objeto de reposar un instante. La

bebida favorita de los magiares, vino blanco mezclado con un agua ferruginosa, me había refrescado agradablemente, e iba a continuar mis excursiones a través de la ciudad cuando mi mirada vino a tropezar con una periódico desplegado. Cogílo maquinalmente y el siguiente título, escrito con gruesos caracteres góticos: «Aniversario Storitz», atrajo en seguida mi atención.



Este nombre era precisamente el que había pronunciado ante mí el subje de policía, el nombre del famoso alquimista alemán, así como el del desahuciado pretendiente a la mano de Myra Roderich. No podía abrigar dudas a este respecto.

He aquí lo que leí:

«Dentro de veinte días, el 25 de mayo, se celebrará en Spremberg el aniversario de Otto Storitz. Puede afirmarse que la población se trasladará en masa al cementerio de la ciudad natal del ilustre sabio. Es sabido que este hombre extraordinario ha ilustrado Alemania con sus maravillosos trabajos, con sus sorprendentes descubrimientos y con sus inventos prodigiosos que tanto han contribuido al progreso de las ciencias físicas».

No exageraba, en verdad, el autor del artículo. Otto Storitz era justamente célebre en el mundo científico. Pero lo que me dio más en qué pensar fueron las líneas siguientes:

«Nadie ignora que mientras vivió, Otto Storitz pasaba por ser un tanto brujo a los ojos de ciertas gentes inclinadas a lo maravilloso. Uno o dos siglos antes nada habría tenido de extraño que se le hubiera detenido, condenado y quemado en la plaza pública. Añadiremos que, después de su muerte, gran número de personas, dispuestas evidentemente a la mayor credulidad, le consideran más que nunca un hechicero capaz de sortilegios y encantamientos, por haber poseído un poder sobrehumano. Lo que les tranquiliza es que parece haberse llevado sus secretos a la tumba. No hay que abrigar la esperanza de que tales gentes jamás abran los ojos y Otto Storitz continuará siendo para ellos un cabalista, un mago y aun un endemoniado».

Sea lo que quiera, pensaba yo, lo importante es que su hijo haya sido despedido por el doctor Roderich; ¡todo lo demás me importaba un bledo!

La gacetilla terminaba en estos renglones:

«Debe, por lo tanto, esperarse que la muchedumbre, como todos los años, sea considerable en la ceremonia del aniversario, sin hablar de los amigos serios y respetables que han permanecido fieles al recuerdo de Otto Storitz. No constituye una temeridad el pensar que la población más que supersticiosa de Spremberg espera algún prodigio y desea ser testigo de él. Según las impresiones que hemos podido recoger en la ciudad, el cementerio debe ser teatro de

los inverosímiles y extraordinarios fenómenos. Nadie experimentaría la menor sorpresa si, en medio del espanto general, se alzase la piedra de la tumba y resucitase el fantástico sabio en toda su gloria.

»En opinión de algunos, ni aun siquiera en realidad habría muerto Otto Storitz y el día de sus exequias se habrían celebrado falsos funerales.

»No nos detendremos en discutir semejantes necedades. Pero como todo el mundo sabe, las supersticiones carecen de lógica y transcurrirá mucho tiempo antes de que el buen sentido se haya impuesto y destruido esas ridículas leyendas».

No dejó de sugerirme la anterior lectura algunas impresiones pesimistas. Nada más cierto que la muerte y sepelio de Otto Storitz. Ni un instante siquiera merecía la pena detenerse a pensar en la posibilidad de que su tumba se abriese el día 25 de mayo y que apareciese, cual un nuevo Lázaro, ante las atónitas miradas de la muchedumbre. Pero si la defunción del padre era indudable, no lo era menos que había dejado un hijo que estaba vivo y bien vivo, el Wilhelm Storitz rechazado por la familia Roderich. ¿No era de temer que este hecho ocasionase contratiempos a Marcos y que suscitase dificultades en su matrimonio?...

«Bueno, hube de decirme por fin a mí mismo rechazando el periódico, heme aquí que empiezo a perder la chaveta: Wilhelm Storitz pidió la mano de Myra, mano que le fue negada, ¿y luego?... Pues luego no se le ha vuelto a ver, y toda vez que nada me ha dicho nunca Marcos de semejante asunto, no veo la razón de por qué había de concederle yo la más mínima importancia».

Pedí tintero, pluma y papel y escribí a mi hermano con objeto de anunciarle que al día siguiente saldría de Pest y que llegaría en la tarde del día 11 de mayo, ya que, a lo sumo, me encontraba a setenta y cinco leguas de Ragz. Hacíale notar que hasta entonces mi viaje se había realizado sin incidentes ni retrasos y que no descubría ninguna razón para pensar que no hubiera de terminarse igual. No me olvidaba de rogarle que presentase mis respetos a los señores Roderich y añadía para la señorita Myra la seguridad de mi afectuosa simpatía, que Marcos tendría a bien transmitirle.

A las ocho de la mañana del día siguiente desamarró la *Dorotea* del muelle y se entregó a la corriente.

Innecesario será decir que, a partir de Viena, en cada una de las escalas había habido una renovación del personal de pasajeros. Unos habían desembarcado en Presburgo, en Raab, en Gran o en Budapest, en tanto que habían embarcado otros en dichas ciudades. Sólo cinco o seis, dos ingleses entre ellos, habían embarcado en la capital austríaca con ánimo de llegar al Mar Negro.

En Pest, como en las escalas anteriores, había, pues, recibido la *Dorotea* nuevos pasajeros; uno de éstos llamó especialmente mi atención, tan extraño hubo de parecerme su aspecto.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, aproximadamente, alto, de un rubio intenso, de aspecto duro, mirada imperiosa: un hombre, en suma, de los menos simpáticos. Su actitud revelaba al hombre altivo y desdeñoso. En diversas ocasiones se dirigió al personal de a bordo, lo cual me permitió oír su voz seca, desagradable, y el tono cortante con que hacía sus preguntas.

Este pasajero no quería, al parecer, relacionarse con nadie, lo cual me importaba un ardite, ya que hasta entonces habíame yo mantenido en una extrema reserva respecto de mis compañeros de viaje. El patrón de la *Dorotea* era el único a quien yo me había dirigido para pedirle algunos informes.

Observando bien a semejante personaje era forzoso convenir en que se trataba de un alemán, originario, según todas las probabilidades, de Prusia. Se sentía, como suele decirse, y todo llevaba en él el sello teutónico. Imposible confundirle ni un instante con los valientes húngaros, con los simpáticos magiares, verdaderos amigos de Francia.

Al dejar Budapest, apenas si la gabarra marchaba más de prisa que la corriente. La brisa, sumamente leve, sólo le imprimía una muy débil y escasa velocidad propia, razón por la cual se hacía en sumo grado fácil la tarea de observar con todo pormenor los paisajes que a nuestras miradas se ofrecían. Después de haber dejado atrás la ciudad doble, la *Dorotea*, habiendo alcanzado la isla Czepel, que divide al Danubio en dos brazos, tomó por el de la izquierda.

Tal vez el lector se admire —en el supuesto de que tenga yo lectores— de la completa banalidad de un viaje cuyas extrañas peripecias comencé yo mismo por indicar. Si así fuese, tenga el lector un poco de paciencia. No tardará mucho en tropezar con

sucesos tan extraños como pueda desear.

Precisamente en el momento mismo de rodear la *Dorotea* la isla Czepel, fue cuando se produjo el primer incidente de que conservo memoria. Un incidente, por lo demás, de los más insignificantes. ¿Tendré ni siquiera el derecho de llamar «incidente» a un hecho de tan poca importancia y por añadidura completa y totalmente imaginario, según pude ver comprobado inmediatamente? Como quiera que sea, he aquí lo acontecido.

Hallábame entonces a la popa del barco, en pie, cerca de mi baulito, en cuya tapa estaba pegado un papel en el que quien quisiera podía leer mi nombre, apellido, dirección y calidad. De codos sobre el guardafuego dejaba errar beatíficamente mis miradas sobre la *puszta* que se desarrolla más allá de Pest y no pensaba en nada, lo confieso.

De pronto experimenté la sensación oscura y vaga de que alguien se encontraba detrás de mí.

Todo el mundo conoce, por haberla sentido, esa impresión vaga de que hablo y que experimentamos cuando somos mirados fijamente por una persona cuya presencia ignoramos. Es éste un fenómeno mal o nada explicado y bastante misterioso. Pues bien, en ese momento sentí yo una impresión de tal género.

Volvíme bruscamente. En mi proximidad inmediata no había nadie.



Tan clara había sido la impresión, que permanecí algunos minutos con la boca abierta y constatando mi soledad. Era preciso, con todo, rendirse a la evidencia y reconocer que más de diez toesas me separaban de los pasajeros más próximos.

Burlándome de mi necia y ridícula nerviosidad, recuperé mi primera posición, y ningún recuerdo hubiera, a buen seguro,

guardado de tan fútil incidente si ulteriores acontecimientos, que a la sazón me hallaba muy lejos de esperar, no se hubiesen encargado de refrescar mi memoria.

En todo caso, y por el momento, dejé de pensar por completo en ello y mis miradas volvieron a dirigirse hacia la *puszta*, que se desenvolvía ante nosotros con sus curiosos efectos de espejismo, sus extensas llanuras, sus verdosos prados, sus tierras de cultivo, más apretadas y ricas en las proximidades de la gran ciudad. Por el río continuaba desarrollándose el rosario de islas bajas casi sumergidas, erizadas de sauces cuyas copas emergían como gruesas matas de un gris pálido.

Durante aquella jornada del 7 de mayo, hicimos unas veinte leguas siguiendo los múltiples repliegues del río bajo un cielo inseguro que nos dio más horas húmedas que horas secas. A la caída de la tarde nos detuvimos para pasar la noche entre Duna Pentele y Duna Foldrar. La jornada del día siguiente fue semejante a la anterior bajo todos los puntos de vista y de nuevo hicimos alto en plena campiña, unas diez leguas más allá de Batta.

El 9 de mayo, con un tiempo sereno, partimos con la certeza de llegar a Mohacz antes de la noche.

Hacia las nueve, en el momento de ir a entrar en la sala, salía el pasajero alemán. Poco faltó para que chocáramos y quedé sumamente sorprendido de la mirada tan singular que me dirigió. Era la primera vez que el azar nos colocaba frente a frente y, sin embargo, no tan sólo había insolencia en aquella mirada, sino que —sin duda estaba yo soñando— hubiera jurado que había también odio en ella.

¿Qué me quería aquel individuo? ¿Me odiaba sencillamente por ser yo francés? Ocurrióme, en efecto, el pensamiento de que habría podido leer mi nombre sobre la tapa del baúl y hasta sobre la placa de mi saco de viaje depositado en una de las banquetas. Tal vez fuera esto lo que me valía aquella mirada de enojo.

Pues bien, si él sabía y conocía mi nombre, yo estaba firmemente resuelto a no hacer nada por averiguar el suyo, toda vez que el personaje me interesaba muy poca cosa.

La *Dorotea* hizo escala en Mohacz, pero demasiado tarde para que me fuera posible ver de esa importante ciudad otra cosa que dos campanarios elevándose por encima de una gran masa

inundada ya de sombras. Desembarqué, con todo, y tras una excursión de una hora volví a bordo.

Embarque de algunos pasajeros y partida al ser de día, el 10 de mayo.

Durante esta jornada, el individuo en cuestión se cruzó varias veces conmigo en el puente, afectando mirarme con una expresión que decididamente me causaba gran desagrado. No soy yo de aquéllos a quienes gusta buscar querella a las gentes, pero tampoco me place lo más mínimo que se me observe con semejante enojosa persistencia. Si aquel impertinente tenía algo que decirme, ¿por qué no me lo decía? No es con los ojos como se habla en tales casos, y si él no comprendía el francés yo por mi parte habría sabido responderle en su idioma.

Sin embargo, si había de llegar el caso de que me viera obligado a interpelar al teutón, era preferible que previamente hubiese yo obtenido algunos informes acerca de él.

Pregunté al patrón de la gabarra si conocía a aquel viajero.

—Le veo por primera vez —me contestó.

—¿Es alemán? —repuse.

—Sin la menor duda, señor Vidal, y hasta me figuro que lo es dos veces, porque debe de ser prusiano.

—¡Caramba! ¡Es demasiado con serlo una sola! —dije yo; respuesta poco digna, lo concedo, de un hombre culto, pero respuesta que pareció ser del agrado del capitán, que era de origen húngaro.

Durante la tarde, el barco evolucionó a la altura de Zombor, demasiado alejada de la orilla izquierda del río para que sea posible verla bien. Es una ciudad muy importante, situada como Szegedin en esta vasta península formada por los dos cursos del Danubio y del Theiss, uno de sus más considerables afluentes.

Al otro día, siguiendo las numerosas sinuosidades del río, la gabarra se dirigió hacia Vukovar, construida sobre la orilla derecha. Pasamos entonces a lo largo de la frontera de Eslavonia, donde el río modifica su dirección norte-sur para correr hacia el este. Allí se extendía también el territorio de los Confines Militares. De trecho en trecho se veían numerosos cuerpos de guardia en comunicación entre sí, merced al ir y venir de los centinelas, que ocupan cabañas de madera o garitas de ramas de árboles.

Este territorio se halla administrado militarmente; todos los habitantes, designados con el nombre de *grenzer*, son soldados. Las provincias, los distritos, las parroquias se borran para dejar el puesto a los regimientos y a las compañías de ese ejército especial. Compréndese bajo la denominación de Confines Militares el territorio que se extiende desde el Adriático hasta las montañas de la Transilvania, abarcando un área de seiscientas diez millas cuadradas, cuya población, de un millón cien mil almas, se halla sometida a una severa disciplina. Data esta institución de antes del actual reinado de María Teresa y tiene su razón de ser no tan sólo en la lucha contra los turcos, sino también como cordón sanitario contra la peste. Ésta no es mejor que aquéllos.

A partir de Vukovar dejé de ver al alemán a bordo. Sin duda había desembarcado en esta ciudad. Vime de esta suerte libre de su presencia, lo que me evitó cualquier clase de explicaciones con semejante individuo.

Otros pensamientos, por lo demás, ocupaban a la sazón mi espíritu. Dentro de muy breves horas llegaría el barco a Ragz. ¡Qué alegría el volver a ver a mi hermano, de quien hacía más de un año que me encontraba separado, estrecharle entre mis brazos, charlar ambos de cosas tan interesantes para nosotros y conocer a su nueva familia!

Hacia las cinco de la tarde comenzaron a aparecer en la orilla izquierda, entre los sauces de la orilla y por detrás de una cortina de álamos, algunas iglesias, coronadas unas de cúpulas y dominadas otras por campanarios que se recortaban sobre un fondo de cielo por el que corrían rápidas nubes.

Eran los primeros anuncios de una gran ciudad: era Ragz. Tras el último recodo del río apareció ésta por entero, pintorescamente asentada al pie de altas colinas, una de las cuales encumbraba el viejo castillo feudal, la acrópolis tradicional de las viejas ciudades de Hungría.

Impulsada por la brisa, la gabarra se acercó al desembarcadero y ancló. En este preciso momento fue cuando sobrevino el segundo incidente de mi viaje. ¿Merece ser esta vez referido?... Júzguese de ello.

Hallábame yo de pie, cerca de la banda de babor, contemplando la línea de los muelles en tanto que la mayor parte de los pasajeros

se acercaba a la salida. Al final del muelle pululaban numerosos grupos, entre los cuales contaba yo con que se encontraba Marcos.

Pues bien, mientras trataba de descubrirle, percibí cerca de mí, muy claramente pronunciadas en lengua alemana, estas inesperadas palabras:

—Si Marcos Vidal se casa con Myra Roderich, ¡desdichada ella y desdichado él!

Di rápidamente media vuelta... Encontrábame solo en aquel lugar; y no obstante, ¡alguien acababa de hablarme! ¡Sí, me habían hablado, y aun diría más, la voz no me era desconocida!

Sin embargo, ¡nadie, lo repito, nadie!... Era evidente que me había yo equivocado creyendo oír aquella frase amenazadora. Una especie de alucinación y nada más... Preciso era que mis nervios no anduviesen bien para jugarme aquellas pasadas en dos días... Estupefacto, miré de nuevo alrededor... No, no había nadie... ¿Qué otra cosa podía yo hacer sino encogerme de hombros y desembarcar pura y simplemente?

Y esto fue, en efecto, lo que hice, abriéndome, no sin esfuerzo, paso a través de la muchedumbre bulliciosa que llenaba el desembarcadero.

CAPÍTULO III

Marcos, conforme yo esperaba, me aguardaba en el desembarcadero. Me abrió los brazos y nos abrazamos con efusión.

—¡Enrique, mi querido Enrique! —repetía, trémula la voz, los ojos húmedos, sin que por eso dejara de expresar toda su fisonomía la mayor dicha.

—¡Mi querido Marcos! —decía yo por mi parte—. Deja que te abrace de nuevo.

Luego, tras las primeras efusiones:

—¡Vamos, en marcha! —exclamé—. ¿Supongo que me llevarás a tu casa?

—Sí, al hotel, hotel Temesvar, a diez minutos de aquí, en la calle del Príncipe Miloch... pero no sin haberte presentado antes a mi futuro cuñado.

No había hasta entonces parado mientes en un oficial que se mantenía detrás de Marcos. Era un capitán y llevaba el uniforme de la Infantería de los Confines Militares. De veintiocho años, a lo sumo, de estatura algo más que mediana, hermosa presencia, bigote y barba de color castaño, con el aspecto altivo y aristocrático del magiar, pero con la mirada benévola y la boca sonriente, que le hacían simpático a primera vista.

—El capitán Haralan Roderich —dijo Marcos.

Estreché la mano que me tendía el capitán Haralan.

—Señor Vidal —me dijo—, me considero sumamente feliz de verle y no puede usted imaginarse cuánto placer ha de causar a toda mi familia su llegada tan impacientemente esperada.

—¿Incluso a la señorita Myra? —pregunté.

—¡Ya lo creo! —exclamó mi hermano—, y no es culpa suya, mi querido Enrique, si la *Dorotea* no ha hecho sus diez leguas por hora

desde tu partida de Viena.

Debo advertir que el capitán Haralan hablaba correctamente el francés, lo mismo que su padre, su madre y su hermana, que habían viajado por Francia. Por otra parte, tanto mi hermano como yo poseíamos conocimientos del alemán y teníamos alguna noción de la lengua húngara, por todo lo cual, lo mismo ese día que los sucesivos, pudimos conversar indiferentemente en esos tres idiomas, que muchas veces se mezclaban en nuestra conversación.

Un coche tomó mi equipaje. El capitán Haralan y Marcos subieron a él conmigo y pocos minutos después nos deteníamos ante el hotel Temesvar.

Después de señalar la mañana del día siguiente para mi primera visita a la familia Roderich, quedé solo con mi hermano en una habitación bastante confortable, al lado de la que él ocupaba desde su instalación en Ragz. Nuestra charla continuó hasta la hora de comer.

—Mi querido Marcos —le dije—, henos aquí, por fin, reunidos ambos en excelente estado de salud, ¿no es verdad?... Si no me equivoco, nuestra separación ha durado un año largo.

—Sí, Enrique, y el tiempo me ha parecido largo, aun cuando la presencia de mi querida Myra haya contribuido poderosamente a hacer más breves para mí los últimos meses... Pero hete aquí, y la ausencia no me ha hecho olvidar que eres mi hermano mayor.

—Tu mejor amigo, Marcos.

—Por eso, como comprenderás perfectamente, mi matrimonio no podía en modo alguno celebrarse sin que tú, mi querido Enrique, estuvieses presente, a mi lado... ¿No tenía yo, por otra parte, el deber de pedir tu consentimiento?

—¿Mi consentimiento?

—Sí, como se lo habría pedido a nuestro padre si viviese... Pero, lo mismo que él, tú no me lo negarás, y cuando la conozcas...

—La conozco ya por tus cartas y sé que eres feliz.

—Más de lo que pudiera decirte; tú la verás, la juzgarás y la amarás, estoy seguro de ello; es la mejor de las hermanas la que te doy.

—Y que yo acepto, mi querido Marcos, sabiendo de antemano que tú no puedes hacer más que una elección excelente; pero ¿por qué no visitar al doctor Roderich esta tarde?

—No, mañana... No contábamos con que el barco llegase tan temprano y no te esperábamos hasta la tarde; sólo por un exceso de prudencia nos encontrábamos Haralan y yo en el muelle y ha venido muy bien esa prudente medida, ya que de ese modo hemos podido hallarnos presentes a tu llegada. ¡Ah, si mi querida Myra lo hubiera sabido!... ¡Cómo lo va a sentir!... Pero, vuelvo a decírtelo, no eres esperado hasta mañana; la señora Roderich y su hija han dispuesto de la tarde, y mañana te presentarán todas sus excusas.

—Convenido, Marcos —respondí—, y toda vez que por unas cuantas horas nos pertenecemos hoy uno al otro, empleémoslas en charlar, en hablar del pasado y del porvenir; en intercambiar cuantos recuerdos pueden atesorar dos hermanos en un año de separación.

Marcos me hizo entonces el relato de su viaje desde que había salido de París, habiendo visto marcadas por el éxito más lisonjero sus etapas todas; su estancia en Viena y en Presburgo, donde las puertas del mundo artístico se habían abierto de par en par ante él. Al fin y al cabo, no me dijo nada que yo ignorara o no presumiera; un retrato firmado por Marcos Vidal no podía menos de ser muy solicitado, muy disputado y disputado con ardor por los ricos austríacos lo mismo que por los ricos magiares.

—No podía dar abasto, mi querido Enrique. ¡Encargos y hasta recomendaciones por todas partes! ¿Qué quieres? La expresión exacta la formuló un buen burgués de Presburgo: Marcos Vidal consigue más parecido que el natural. No me extrañaría —agregó mi hermano riendo— que el día menos pensado me raptasen para ir a retratar a toda la Corte de Viena.

—¡Ojo, Marcos, ojo! Sería para ti un grave compromiso el tener que abandonar ahora Ragz para trasladarte a la Corte.

—Declinaría la invitación lo más respetuosamente posible, amigo mío; por ahora no puedo ocuparme en retratos o, más bien, acabo de terminar el último.

—¿El suyo, no es verdad?

—Sí, el suyo; y creo que no es éste el que peor me ha salido.

—¿Quién sabe? —dije—. Cuando un pintor se preocupa más del modelo que del retrato...

—En fin, Enrique, ya lo verás... Te lo repito: más parecido que el natural... Parece ser que es mi género. Es cierto que mis ojos no

podían separarse, mientras pintaba, de mi querida Myra; pero ella no lo tomaba a broma. No era al novio, sino al pintor, al que ella consagraba aquellas horas... Y mi pincel corría sobre el lienzo... ¡Y, con qué pasión!... A veces me parecía que el retrato iba a animarse, a tomar vida, como la estatua de Galatea.



—Calma, Pigmalión, calma. Prefiero que me cuentes cómo fue el

ponerte en relación con la familia Roderich.

—Estaba escrito.

—No lo dudo, pero...

—Muchos salones de Ragz me habían hecho el honor de admitirme desde los primeros días de mi arribo. Nada podía serme más agradable, aunque no fuese más que para pasar las veladas, siempre largas en una ciudad extraña. Frecuentaba con bastante asiduidad esos salones, donde hallaba muy buena acogida, y en uno de ellos fue donde renové mi conocimiento con el capitán Haralan.

—¿Dónde renovaste?... —inquirí.

—Sí, Enrique, porque le había encontrado ya muchas veces en Pest. Un oficial del mayor mérito, destinado y abocado a un brillante porvenir, y al propio tiempo el más amable de los hombres, y al cual, para ser un héroe en tiempo de las guerras de Matías Corvino, no le ha faltado más que...

—¡Que haber nacido en aquella época! —repliqué riendo.

—Justo —repuso Marcos en igual tono—. En resumen, al volvernos a encontrar aquí, nos veíamos todos los días, y nuestras relaciones, vagas al principio, no tardaron en estrecharse, trocándose en una franca y cordial amistad; quiso presentarme a su familia, y yo acepté, tanto más gustoso cuanto que ya había encontrado a Myra en algunas reuniones y...

—Y —proseguí yo—, no siendo la hermana menos encantadora que el hermano, tus visitas a la casa Roderich se multiplicaron...

—Sí, Enrique, desde hace tres meses no he dejado pasar una velada sin acudir a su casa. En vista de esto, si te hablo de mi querida Myra vas a creer que exagero.

—No, amigo mío, no; no exageras. Estoy seguro de que no será posible exagerar hablando de ella; y hasta, si quieres conocer mi opinión sincera, te confesaré que te hallo moderado.

—¡Ah, querido Enrique, cuánto la amo!

—Eso se advierte claramente. Me satisface, por lo demás, el pensamiento de que vas a entrar en la más respetable de las familias.

—Y la más respetada —respondió Marcos—. El doctor Roderich es un médico muy estimado y sus colegas aprecian su parecer sobremanera; es al propio tiempo el mejor de los hombres, y digno, sin disputa, de ser el padre...

—De su hija —interrumpí—; así como la señora Roderich es, sin duda, no menos digna de ser su madre.

—¡Ella! ¡Excelente señora! —exclamó Marcos—. Adorada de todos los suyos, piadosa, caritativa, ocupada siempre en buenas obras...

—¡Una perfección, vaya! Y que será una suegra como no se encuentra en Francia, ¿no es eso, Marcos?

—¡Guasón, guasón!... En primer lugar, Enrique, que aquí no estamos en Francia, sino en Hungría, en este país magiar; donde las costumbres han conservado algo de la severidad de otros tiempos, donde la familia es todavía patriarcal...

—Vamos, futuro patriarca..., porque tú lo serás a tu vez.

—Es una situación social como cualquier otra.

—¡Sí, émulo de Matusalén, de Noé, de Abraham, de Isaac y de Jacob!... En resumen, tu historia, a lo que me figuro, no tiene nada de extraordinario. Merced al capitán Haralan, pudiste tratar a su familia, que te dio la mejor acogida, lo que no tiene por qué sorprenderme, conociéndote como te conozco; no pudiste ver a la señorita Myra sin quedar seducido por sus prendas físicas y morales.

—¡Justo!

—Las cualidades morales, para el novio; las dotes físicas para el pintor y éstas no se borrarán del lienzo, como aquéllas no se borrarán de tu corazón... ¿qué piensas de esta frase mía?

—Hermosa pero exacta, querido Enrique.

—También es exacta tu apreciación; y para acabar, del mismo modo que Marcos Vidal no pudo ver a Myra Roderich sin prendarse de ella, Myra Roderich no pudo, por su parte, ver a Marcos Vidal sin enamorarse de...

—¡Yo no digo eso, Enrique!

—Pero lo digo yo, aunque no fuera más que por el debido respeto a la verdad de las cosas. Y el señor y la señora Roderich, aunque advirtiendo lo que pasaba, no pusieron el menor reparo. Y Marcos no tardó en sincerarse con el capitán Haralan. Y a éste no le pareció mal la cosa. Habló del asunto a sus padres, que, a su vez, hablaron a su hija. Luego, Marcos Vidal hizo oficialmente su petición, que fue favorablemente acogida, y la novela va a terminar como terminan tantas otras novelas del mismo género...

—Lo que tú, querido Enrique, llamas el fin —interrumpió

Marcos—, es, a mi juicio, el principio.

—Tienes razón, Marcos, y yo no me doy cuenta exacta del valor de las palabras... ¿Cuándo va a ser la boda?

—Se esperaba tu arribo para fijar definitivamente la fecha.

—Pues bien, cuando gustéis... Dentro de seis semanas... o de seis meses... o de seis años.

—Mi querido Enrique —respondió Marcos—, ya me harás, supongo, el obsequio de decir al doctor que el tiempo de un ingeniero es precioso y que, si prolongases demasiado tu estancia en Ragz, el funcionamiento del sistema solar, dejando de hallarse sometido a tus sabios cálculos, correría graves riesgos de verse interrumpido.

—En una palabra, que sería yo responsable de los temblores de tierra, inundaciones y otros cataclismos análogos.

—Eso es... Y, por consiguiente, que no puede retrasarse la ceremonia más allá de...

—De pasado mañana, o hasta de mañana mismo, ¿no es así?... Estáte tranquilo, mi querido Marcos; diré todo lo que sea preciso, aun cuando en realidad de verdad mis cálculos no sean tan necesarios como supones para el buen orden del Universo, lo cual me permitirá pasar un mes con tu mujer y contigo.

—¡Magnífico!

—Pero, mi querido Marcos, ¿cuáles son tus proyectos? ¿Tienes intención de dejar Ragz tan pronto como te cases?

—He ahí una cosa que aún no está decidida y tiempo tenemos de resolverla. No me ocupo más que del presente; en cuanto al porvenir, se limita para mí a mi matrimonio. Nada existe más allá.

—¡El pasado no existe ya; el porvenir no existe aún; sólo contamos con el presente!

La conversación prosiguió en este tono hasta la hora de comer; luego, Marcos y yo, fumando un cigarro, nos fuimos a dar los cien pasos por el muelle de la orilla izquierda del Danubio.

No era este primer paseo nocturno el que podía proporcionarme una idea de la ciudad. Pero al día siguiente y en los sucesivos tendría tiempo sobrado para visitarla en pormenor y en compañía del capitán Haralan, más probablemente que en la de Marcos. Inútil decir que no había cambiado el tema de nuestra conversación y que Myra Roderich no dejó de ser el objeto de ella.

Una frase, no recuerdo cuál, trajo a mi memoria lo que en París, la víspera de mi partida, me había dicho el subjefe de policía; nada en las palabras de mi hermano indicaba que su idilio hubiese sido turbado, aunque no fuera más que un día. Y esto no obstante, si Marcos no tenía a la sazón rival, este rival había existido realmente, ya que Myra Roderich se había visto solicitada por el hijo de Otto Storitz. Nada de extraño, por lo demás, había en que se hubiera pedido la mano de una muchacha linda y en buen estado de fortuna familiar.

Como es natural, surgieron nuevamente ante mi espíritu las palabras que me había figurado oír al desembarcar. Persistía yo en creer que había sido objeto de una ilusión. Además, aun admitiendo que semejantes palabras hubieran sido realmente pronunciadas, ¿qué conclusión podía sacar de ellas, ya que no sabía a quién atribuir las? Me inclinaría a culpar de ello al antipático alemán que embarcara en Pest, pero tenía que renunciar a él, toda vez que aquel impertinente había dejado el barco en Vukovar. Quedaba, pues, tan sólo en ese caso la hipótesis de un bromista de mal género.

Sin dar a conocer ese incidente a mi hermano, creí deber informarle de lo que había yo sabido últimamente acerca de Wilhelm Storitz.

Marcos respondió al principio con un gesto de desdén de los más característicos. Luego me dijo:

—Haralan me habló, en efecto, de ese individuo. Parece ser hijo único de ese Otto Storitz, que en Alemania tiene una reputación de hechicero, reputación injustificada, por lo demás, ya que ocupó realmente un lugar considerable en las ciencias naturales e hizo importantes descubrimientos en física y en química. Pero la petición de su hijo fue rechazada.

—¿Antes, por supuesto, de que hubiera sido admitida la tuya?

—Cuatro o cinco meses antes, si no me equivoco —respondió mi hermano.

—¿Uno y otro hecho no tienen, pues, relación ninguna?

—Ninguna.

—¿Supo Myra que Wilhelm Storitz había aspirado al honor de ser su marido, como se dice en la canción?

—No lo creo.

—Y ¿no ha hecho después nuevas gestiones?

—Nunca. Debió comprender que no tenía ninguna probabilidad de éxito.

—¿Por qué? ¿Es que su reputación...?

—No; Wilhelm Storitz es un excéntrico cuya existencia es bastante misteriosa y que vive muy retirado...

—¿En Ragz?

—Sí, en Ragz, en una casa aislada del bulevar Tekeli, donde no entra nadie. Se le tiene por un soltero extraño, he ahí todo. Pero es un alemán y esto habría bastado para motivar la negativa del doctor Roderich, porque los húngaros no experimentan simpatías hacia los representantes de la raza teutona.

—¿Te has encontrado con él?

—Algunas veces; y un día el capitán Haralan, en el Museo, me lo mostró, sin que él pareciera advertirlo.

—¿Se encuentra actualmente en Ragz?

—No puedo decírtelo con seguridad, Enrique, pero creo que hace dos o tres semanas que no se le ha visto aquí.

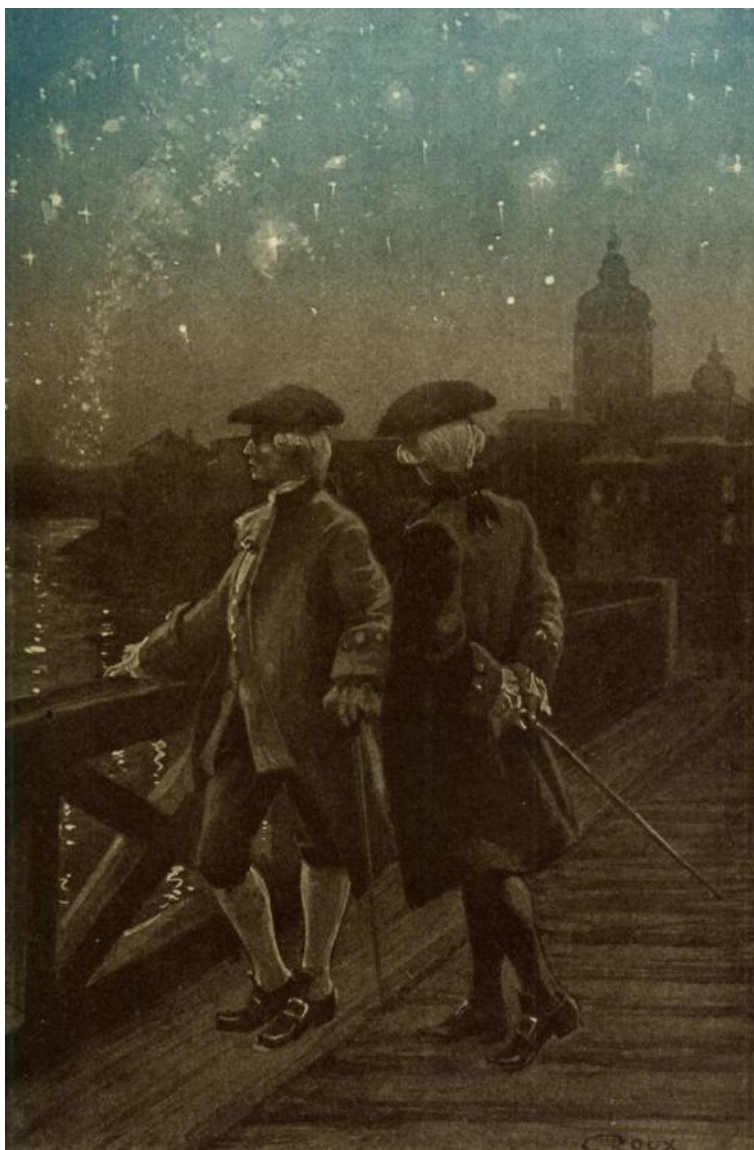
—Sería preferible que hubiera dejado la ciudad.

—¡Bah! —dijo Marcos—. Dejemos a ese individuo donde esté, y si alguna vez llega a haber alguna señora de Wilhelm Storitz, puedes estar seguro de que esa señora no será Myra Roderich, toda vez que...

—Sí —repliqué—, toda vez que será señora de Marcos Vidal.

Siguió nuestro paseo por el muelle hasta llegar al puente de barcas que une la orilla húngara con la serbia. Tenía yo un propósito al prolongar así nuestro paseo. Desde hacía unos instantes me parecía que éramos seguidos por un individuo que iba detrás de nosotros como si tratara de escuchar nuestra conversación. Quería saber a qué atenerme.

Hicimos un alto de algunos minutos en el puente, admirando el gran río que en aquella noche tan pura reflejaba por millares los astros del cielo, asemejándolos a peces con escamas luminosas.



Me aproveché de aquel alto para inspeccionar el muelle de donde veníamos. A alguna distancia distinguí a un hombre de mediana estatura y, a juzgar por su marcha pesada, de cierta edad ya.

Pronto, por lo demás, dejé de pensar en ello. Abrumado a preguntas por Marcos tuve que darle informes acerca de mis propios

asuntos y nuevas de nuestros comunes amigos, del mundo artístico con el que mantenía yo frecuentes relaciones. Hablamos mucho de París, donde contaba él establecerse después de su casamiento. Myra, al parecer, pensaba con alegría en volver a ver aquel París que ya conocía y en volverlo a ver en compañía de su esposo.

Informé a Marcos de que había llevado conmigo los documentos que me había pedido en su última carta. Podía estar tranquilo, nada le faltaría de los pasaportes exigidos para el gran viaje matrimonial.

La conversación, en suma, recaía sin cesar acerca de aquella estrella de primera magnitud, la resplandeciente Myra, como la aguja imantada se vuelve hacia el polo. Marcos no se cansaba de hablarme de ella y yo no me cansaba de oírle. ¡Hacía tanto tiempo que deseaba poder decirme todas aquellas cosas!... A mí, no obstante, me correspondía el ser razonable, si no quería que nuestra charla durase hasta el amanecer.

Emprendimos el camino de vuelta al hotel. Al llegar a él lancé una última mirada hacia atrás. El muelle estaba desierto. Si realmente había existido en otra parte que en mi imaginación, el que nos perseguía había desaparecido.

A las diez y media, nos encontrábamos Marcos y yo en nuestras respectivas habitaciones del hotel Temesvar; me metí en la cama y comenzaba a quedarme dormido...

Incorporéme de pronto como por una brusca sacudida. ¿Ensueño?... ¿Burla?... ¿Obsesión? Las palabras que había creído oír a bordo de la *Dorotea* me pareció volverlas a oír en mi entresueño; sí, ¡aquellas palabras que contenían una amenaza para Marcos y Myra Roderich!

CAPÍTULO IV

Al día siguiente —día solemne— visité oficialmente a la familia Roderich.

Álzase la casa del doctor en la extremidad del muelle Batthyani, esquina del bulevar Tekeli, el cual, bajo diferentes nombres, da la vuelta a la ciudad; es una casa moderna, de una ornamentación rica y severa en el interior y amueblada con el gusto que atestigua un sentido artístico muy afinado.

Por una puerta cochera, flanqueada por una pequeña puerta de servicio, se penetra en un patio enlosado que se prolonga en un amplio jardín ceñido por olivos, acacias, castaños y hayas, cuyas copas sobrepasan el muro que lo cierra. Frente a las dos puertas se hallan las habitaciones de la servidumbre, tapizadas por aristoloches y viña virgen, unidas al cuerpo principal del edificio por un pasillo acristalado con vitrales de colores que concluye en la base de una torre redonda, con una altura de sesenta pies y por cuyo interior se desarrolla la escalera.

Delante de las habitaciones hay una galería de cristales, donde dan las puertas, tapizadas con telas antiguas, que conducen al despacho del doctor Roderich, a los salones y al comedor; y todas estas habitaciones reciben la luz del muelle Batthyani por las seis ventanas de la fachada y del bulevar Tekeli.

El primero y el segundo piso reproducen la misma disposición. Encima del salón y del comedor, los cuartos del señor y de la señora Roderich; en el segundo el del capitán Haralan; encima del despacho del doctor, la alcoba y el tocador de Myra.

Conocía yo esta casa antes de haberla visitado. Durante nuestra conversación de la víspera, Marcos me la había descrito sin olvidar un detalle y pieza por pieza, sin olvidar la monumental escalera,

coronada por un pabellón y terraza circular, desde la que se domina la ciudad y el curso del Danubio. Hasta sabía del modo más preciso cuáles eran los lugares preferidos de Myra en la mesa o en el gran salón y el banco del fondo del jardín donde le gustaba sentarse, a la sombra de un gran castaño.

Sería la una de la tarde cuando Marcos y yo fuimos recibidos en la amplia galería de cristales construida ante el primer cuerpo del edificio. En medio, una jardinera de cobre labrado, donde se extendían en todo su esplendor unas flores primaverales. Para adornar los ángulos, algunos arbustos de la zona tropical: palmeras, dracenas y araucarias. En los entrepaños, varias telas de las escuelas húngara y holandesa, cuyo gran valor apreciaba Marco.

Sobre un caballete vi y admiré el retrato de la señorita Myra, obra de una factura magnífica digna del nombre que la firmaba y que era para mí el más querido del mundo.



El doctor Roderich tendría unos cincuenta años, pero no se le hubiera calculado tanta edad. Era de elevada estatura, erguido el cuerpo, los cabellos espesos y grisáceos, el buen color de una vigorosa constitución sobre la que ninguna enfermedad hacía presa. Reconocíase en él el verdadero tipo magiar en toda su original pureza, ojos vivos, movimientos decididos, actitud noble, y en toda

su persona había una especie de arrogancia natural, atemperada por la expresión sonriente de su semblante. Tan pronto como le fui presentado sentí en su caluroso apretón de manos que me encontraba en presencia del mejor de los hombres.

La señora Roderich, de cuarenta y cinco años, conservaba numerosas muestras de su gran hermosura de otros tiempos, rasgos regulares, ojos de un azul oscuro, una magnífica cabellera que comenzaba a blanquear; una boca finamente dibujada, que dejaba ver una dentadura intacta, y mantenía todavía un talle esbelto y elegante.

Marcos me había hecho de ella un retrato bastante fiel. Producía la impresión de que era una excelente mujer, dotada de todas las virtudes familiares, que ha encontrado la felicidad completa al lado de su marido y adoraba a sus dos hijos con toda la ternura de una madre prudente y previsora.

La señora Roderich diome muestras de gran estima, de las que quedé profundamente agradecido. Considerábase, dijo, dichosa por la llegada del hermano de Marcos Vidal a su casa, a condición de que tuviera a bien considerarla como suya.

Pero ¿qué decir de Myra Roderich? Se acercó a mí sonriente, con la mano o, más bien, con los brazos abiertos. Sí, era efectivamente una hermana lo que iba a tener yo en aquella muchacha, una hermana que me abrazó y a quien yo abracé sin ningún linaje de ceremonias. Y pude creer que Marcos, al contemplarme, conoció el aguijón de la envidia.

—¡Yo todavía no he llegado a eso! —exclamó suspirando y no sin celos.

—Porque no es usted mi hermano —explicó riendo mi futura cuñada.

La señorita Roderich era, en efecto, tal como mi hermano me la había pintado y tal como la representaba aquel lienzo que acababa yo de admirar. Una joven de cabeza encantadora, coronada de una fina cabellera rubia, suave y ondulada, ojos de un azul oscuro rebosantes de *esprit*, el tono de piel cálido propio de los húngaros, la boca de un dibujo perfecto, labios rosados que se abrían sobre dientes de resplandeciente blancura. De estatura algo más que mediana, esbelta y elegante, era Myra la gracia personificada, de una distinción perfecta, sin gazmoñería ni afectación.

En verdad, si se decía de los retratos de Marcos que eran más parecidos que los originales, aún se podía afirmar con mayor justicia que la señorita Myra era más natural que la naturaleza.

Como su madre, la señorita Myra vestía el traje magiar: la blusa cerrada en el cuello, las mangas sujetas a la muñeca con obras de brocado, el corsé cerrado con botones de metal, la cintura ceñida por una trenza de cintas con hilos de oro, la falda de pliegues flotantes que bajan hasta el tobillo, borceguíes de cuero marrón, cálido y dorado; un conjunto, a fin de cuentas, agradable, al que poco podía objetar el gusto más delicado.

El capitán Haralan se encontraba allí, arrogante con su uniforme y de un sorprendente parecido con su hermana. Me estrechó la mano, también él me trataba como hermano, y éramos verdaderos amigos, aun cuando nuestra amistad no datase sino de la víspera. No me quedaba, por consiguiente, ningún miembro de la familia a quien conocer.

La conversación siguió rumbos caprichosos, pasando sin ningún orden de un tema a otro. Se habló primeramente de mi viaje, de la navegación a bordo de la *Dorotea*, de mis ocupaciones en Francia, del tiempo de que me era dado disponer, de aquella hermosa ciudad de Ragz que habría de visitar en detalle, del gran río que debería yo recorrer hasta llegar, por lo menos, hasta las Puertas de Hierro, de aquel magnífico Danubio cuyas aguas parecen impregnadas de rayos de oro, de todo aquel país magiar tan lleno de recuerdos históricos, de aquella famosa *puszta* que debería atraer a los curiosos del mundo entero, etc., etc.

—¡Con cuánta alegría le vemos junto a nosotros, señor Vidal! —repetía Myra Roderich juntando las manos con un gesto lleno de gracia—. Su viaje se prolongaba y no dejábamos de hallarnos algún tanto inquietos; no quedamos tranquilos hasta que se recibió la carta que usted escribió desde Pest.

—Soy muy culpable, señorita Myra —respondí—, muy culpable por haberme retrasado en el camino. Hace mucho tiempo que me encontraría en Ragz, si hubiese tomado la posta en Viena. Pero los húngaros no me habrían perdonado nunca el haber manifestado desdén por el Danubio, de que tan orgullosos se muestran, con mucha razón, y que merece, en efecto, la reputación de que goza.

—En efecto, señor Vidal —dijo, aprobando, el doctor—, es

nuestro glorioso río y nos pertenece, en verdad, desde Presburgo hasta Belgrado.

—Le perdonamos a usted, en gracia al Danubio, señor Vidal —dijo la señora Roderich—, ya que, al fin, se encuentra usted entre nosotros, y nada retrasará ya la dicha de estos dos muchachos.

Mientras hablaba la señora Roderich fijaba sus miradas enternecidas sobre su hija y sobre Marcos, unidos ya en su corazón. Lo mismo hacía por su parte el doctor Roderich. En cuanto a «los dos muchachos» se comían recíprocamente con los ojos, como suele decirse. Y por lo que a mí hace, estaba conmovido ante la inocente dicha de aquella venturosa familia.

No había que pensar en salir aquella tarde. Si bien el doctor hubo de verse obligado a volver a sus habituales ocupaciones, la señora Roderich y su hija no tenían ningún asunto que las obligara a salir de casa; en su compañía recorrí yo la vivienda y admiré todas las hermosas cosas que encerraba, cuadros y chucherías selectas, aparadores cargados de vajillas de plata en el comedor, y antiguos cofres en la galería.

—¿Y la torre? —exclamó Myra—. ¿Piensa el señor Vidal que va a terminar su primera visita a la casa sin que haya ascendido a nuestra torre?

—Seguramente que no, señorita Myra —hube de responder—. Ni una sola de las cartas que me ha escrito Marcos dejaba de hablarme de esa torre en términos de gran encomio, y, a decir verdad, no he venido a Ragz más que con objeto de subir a ella.

—Tendrán ustedes que hacer la ascensión sin que yo les acompañe —dijo la señora Roderich—, pues resulta demasiado para mí.

—¡Oh, madre, ciento sesenta peldaños solamente!

—A tu edad, madre, no sale siquiera a cuatro peldaños por año —dijo el capitán Haralan—, pero quédate y te encontraremos de nuevo en el jardín.

—¡En marcha hacia el cielo! —dijo Myra.

Lanzóse ella la primera, y apenas si podíamos seguirla en su ligero vuelo. En dos minutos alcanzamos el pabellón y después la terraza, y se ofreció a nuestras miradas un panorama soberbio.

Hacia el oeste, toda la ciudad y sus arrabales dominados por la colina de Wolkang, coronada por el viejo castillo, cuya torre del

homenaje se envuelve en los pliegues de la bandera húngara. Hacia el sur, el sinuoso curso del Danubio, de ciento setenta y cinco toesas de anchura, surcado incesantemente por el ir y venir de las embarcaciones que lo remontan o descienden por él, y, más allá, las lejanas montañas de la provincia serbia. Al norte, la *puszta* con sus bosques como macizos verdes de un parque, sus llanuras, sus tierras de cultivo, sus praderas, precedido todo por innumerables casas de campo y granjas reconocibles por sus palomares puntiagudos.

Permanecí absorto ante aquella vista admirable de tan variados aspectos y que se extendía hasta los últimos confines del horizonte en el día diáfano, a los rayos de un brillante sol.

Mi futura cuñada se creyó en el deber de darme algunas explicaciones.

—Éste —dijo— es el barrio aristocrático, con sus palacios, sus hoteles, sus plazas, sus estatuas... De este otro lado, bajando, señor Vidal, podrá usted divisar el barrio comercial, con sus calles rebosantes de gente, sus mercados... y el Danubio, pues siempre hay que volver a nuestro Danubio, y que está bastante animado en este momento... Y la isla Svendor, tan verde, con sus bosquecillos y sus praderas en flor... Supongo que mi hermano no se olvidará de llevarle a visitarla.

—Puedes estar segura —respondió el capitán Haralan— de que no dispensaré al señor Vidal ni uno de los rincones de Ragz.

—Y nuestras iglesias —repuso Myra—, ¡vea usted nuestras iglesias con sus campanarios llenos de campanas y carillones! Ya tendrá usted ocasión de escucharlas los domingos. Y nuestro ayuntamiento, con su patio de honor entre los dos cuerpos de edificio, su elevada techumbre, sus grandes ventanales y su atalaya desde la que señala las horas la grave voz de su campana...

—Mañana mismo —dije— recibirá mi visita.

—Y bien, caballero —inquirió Myra volviéndose hacia Marcos—, ¿qué es, si puede saberse, lo que con tanta atención está usted contemplando mientras que yo enseño a su hermano el ayuntamiento?

—La catedral, señorita Myra... su masa imponente, sus torres, su fachada, su aguja central, que se eleva hacia el cielo como para llevar hasta él la oración y, ante todo, su monumental escalera.

—¿Y por qué —preguntó Myra— tanto entusiasmo por esa

monumental escalera?

—Porque ella conduce, precisamente bajo la aguja, a un cierto sitio del coro —respondió Marcos mirando amorosamente a su novia, cuyo lindo rostro se coloreó con un leve sonrojo.

—¿Donde qué?...

—Donde yo espero oír de sus labios la más grande y la más hermosa de todas las palabras, aun cuando no conste más que de una sílaba.

Tras una larga estancia en la terraza, descendimos al jardín, donde nos aguardaba la señora Roderich.

Aquel día me senté por primera vez ante la mesa de la familia Roderich, pasando posteriormente la velada juntos.

Varias veces la señorita Myra se sentó ante el clavicordio, y acompañándose de él cantó con voz exquisita esas originales melodías húngaras, odas, elegías, epopeyas, baladas que no pueden escucharse sin emoción.



La velada, en suma, constituyó una delicia, que se hubiera prolongado hasta una hora bastante avanzada de la noche, si el capitán Haralan no hubiera dado la señal de la partida.

Cuando estuvimos de regreso en mi habitación del hotel Temesvar, a la que me había seguido Marcos:

—¿Había yo exagerado —me dijo— y crees tú que haya en el

mundo otra muchacha?...

—¡Otra! —Hube de responder—. ¡Pero si estoy tentado de preguntarme si habrá al menos una y si existe en realidad la señorita Myra Roderich!

—¡Ah, mi querido Enrique, la adoro con toda mi alma!

—¡Pardiez! ¡He ahí una cosa que no me sorprende absolutamente nada, mi querido Marcos! No te consideraría mi hermano si hubiese sido de otro modo.

Acostámonos en seguida, sin que ni la más leve nubecilla hubiera venido a ensombreceer aquella feliz y tranquila jornada.

CAPÍTULO V

Desde la mañana del día siguiente comencé a recorrer Ragz en compañía del capitán Haralan. Mientras tanto, Marcos se ocupaba de los pasos necesarios para la celebración de su boda, cuya fecha había sido, por fin, señalada para el primero de junio, o sea, pasados unos veinte días.

El capitán Haralan me hacía los honores de su ciudad natal, mostrándomela en todos sus detalles. No me hubiera sido posible encontrar un guía más concienzudo, más erudito y conocedor del país y de más acabada cortesía.

Aun cuando la idea se me ocurrió una infinidad de veces y con una obstinación que no dejaba de asombrarme a mí mismo, no le hablé una sola palabra de aquel Wilhelm Storitz, del que ya había hablado a mi hermano. Por su parte, el capitán Haralan permaneció mudo a este respecto. Por consiguiente, era muy probable que jamás tal personaje fuera tema de conversación.

Como acontece con la mayor parte de las ciudades de Hungría, la de Ragz ha ostentado sucesivamente diversos nombres. Estas ciudades pueden exhibir una fe de bautismo en cuatro o cinco idiomas: latín, alemán, eslavo, magiar; una fe de bautismo tan complicada casi como la de sus príncipes, grandes duques y archiduques.

—Nuestra ciudad no tiene la importancia de Budapest —me dijo el capitán Haralan—; su población, sin embargo, es de más de cuarenta mil almas, y merced a su industria y a su comercio ocupa un buen lugar en el reino de Hungría.

—Es una ciudad típicamente magiar —observé yo.

—Indudablemente, tanto por sus hábitos y costumbres como por los trajes de sus habitantes. Si puede decirse con algún asomo de

verdad que en Hungría son los magiares los que han fundado el Estado y los alemanes los que fundaron las ciudades, semejante afirmación tiene muy poco de exacta en lo que se refiere a Ragz. Sin duda hallará usted en la clase mercantil individuos de raza germánica, pero constituyen una ínfima minoría.

—Ya lo sabía, como sabía asimismo que los ragzianos están muy orgullosos de su ciudad, pura de toda mezcla extraña.

—Los magiares, por lo demás, a los que no hay que confundir con los hunos, como se ha hecho con demasiada frecuencia —añadió el capitán Haralan—, forman la cohesión política más fuerte y poderosa, y desde este punto de vista Hungría es superior a Austria.

—¿Y los eslavos? —pregunté.

—Los eslavos, menos numerosos que los magiares, mi querido Vidal, lo son aun menos que los alemanes.

—En suma ¿cómo se les considera a éstos en el reino húngaro?

—Bastante mal, lo reconozco, por la población magiar sobre todo, porque es manifiesto que las personas de origen teutón viven entre nosotros como desterrados de su verdadera patria.

Parecióme que el capitán Haralan no experimentaba un gran afecto hacia los austríacos. En cuanto a los alemanes, data de fecha muy remota la antipatía de raza entre ellos y los magiares. Esta antipatía se traduce bajo mil formas y hasta los refranes la expresan de una manera bastante brutal a veces:

«*Eb a német Kutya nélkül*», dice uno de esos refranes.

Lo cual significa en nuestra lengua:

«Dondequiera que hay un alemán, hay un perro».

Despojados de la exageración que encierran, esos proverbios demuestran, por lo menos, que no reina muy buena inteligencia entre los individuos de ambas razas.

La ciudad de Ragz se halla edificada con bastante regularidad, salvo en su parte baja a orillas del río. Los barrios nuevos adoptan una linealidad casi geométrica.

Por el muelle y la calle de Esteban I, el capitán Haralan me condujo al mercado Coloman a la hora en que se encuentra más concurrido y animado. En este mercado Coloman, donde abundaban las diversas producciones del país, yo observaba a placer a los campesinos con su traje tradicional. Conserva muy puro el carácter

de su raza, fuerte la cabeza, nariz ligeramente aplanada, ojos redondos, bigote caído. Generalmente se cubre con un sombrero de anchas alas del que escapan dos trenzas de cabellos. Su chaqueta y chaleco, con botones de hueso, son de piel de cordero, sus pantalones están hechos con aquella gruesa tela capaz de rivalizar con las panas de nuestras campiñas del norte y sujetos a la cintura sólidamente con cinturones de color variado, pies calzados con fuertes botas con espuelas si es el caso.

Me pareció que las mujeres, de gracioso tipo, vestidas con faldas cortas de llamativos colores, el corsé cubierto de brocados, el sombrero adornado con un ramillete de plumas y alas sobrealzadas que resaltaba una opulenta cabellera, eran de presencia más vivaz que los hombres.

Por allá pasaban igualmente numerosos cingaros. Eran pobres diablos, muy míseros, muy dignos de piedad, hombres, mujeres, viejos, niños, que conservaban aún cierta originalidad bajo sus lamentables vestidos con más agujeros que tela.

Dejando el mercado, el capitán Haralan me hizo atravesar un dédalo de calles estrechas con tiendas a uno y otro lado y con sus muestras colgantes. Luego, el barrio se ensancha hasta llegar a la plaza Kurtz, una de las mayores de la ciudad.

En medio de esta plaza aparece una lindísima fuente de mármol y bronce cuya taza alimentan góndolas de gran fantasía. Sobre ella se destaca la estatua de Matías Corvino, héroe del siglo xv, rey a los quince años, que supo resistir los ataques de los austríacos, de los bohemios y de los polacos y salvó a la cristiandad europea de la barbarie otomana.

Era esta plaza verdaderamente hermosa. A un lado se alza el Palacio del Gobernador, con sus torres culminadas con veletas, que ha conservado el carácter de las antiguas construcciones de la época del Renacimiento. Al cuerpo principal accede una escalera con barandillas de hierro forjado y una galería decorada con estatuas de mármol, liso su primer piso. La fachada cuenta con numerosas ventanas en cruceros de piedra con vidrieras antiguas. En el centro se eleva una especie de torre de homenaje, en la que ondea la bandera nacional. A los lados y en perpendicular a la fachada, hay dos cuerpos de edificio unidos entre sí por una verja, cuya puerta se abre a un vasto patio con ángulos adornados por verdes macizos

vegetales.

Habíamos hecho alto en la plaza Kurtz.

—He aquí el Palacio —díjome el capitán Haralan—; aquí, dentro de unos veinte días, vendrán Marcos y Myra para comparecer ante el gobernador y solicitar su permiso antes de trasladarse a la catedral.

—¿Solicitar su permiso?... —repetí confuso.

—En efecto. Se trata de una costumbre local muy antigua. No puede celebrarse ningún matrimonio sin que previamente se haya obtenido el permiso de la más alta autoridad de la ciudad. Esta autorización, por lo demás, constituye por sí sola un lazo bastante estrecho entre aquéllos a quienes se otorga. No puede decirse que sean desde ese momento verdaderos esposos, pero no son ya meramente prometidos y, en el caso en que un obstáculo inesperado se opusiera a su matrimonio, les sería imposible comprometerse con otro.

En tanto que me explicaba de la manera que se ha visto esta singular costumbre, el capitán Haralan me llevaba por la calle Ladislao. Va a terminar esta calle en la catedral de San Miguel, un monumento del siglo XIII en el que aparecen mezclados y confundidos lo románico y lo gótico y cuyo estilo arquitectónico carece de pureza. Tiene, no obstante, esta catedral, algunas cosas muy hermosas y dignas seguramente de llamar y fijar la atención de los entendidos. Su fachada flanqueada de dos torres, su aguja sobre el crucero, de trescientos quince pies de altura, su portalada central de arcos sumamente trabajados, su gran rosetón que atraviesan los rayos del sol poniente e iluminan generosamente la nave principal en aquella hora, por fin su ábside redondeado entre múltiples arbotantes.

—Más adelante tendremos ocasión de visitar el interior —hízome observar el capitán Haralan.

—Como usted guste —repliqué—; usted es mi guía, querido capitán, y estoy dispuesto a seguirle.

—Pues bien, entonces subamos hasta el Castillo; luego daremos la vuelta a la población por los bulevares y llegaremos a casa de mi madre a la hora de almorzar.

Posee Ragz algunos templos de los ritos luterano y griego, sin ningún valor arquitectónico, y muchas otras iglesias, porque los

católicos se encuentran en mayoría considerable. Hungría pertenece principalmente a la religión romana, aun cuando Budapest, su capital, sea, después de Cracovia, la ciudad que alberga mayor número de judíos. Allí, como en muchos sitios, la fortuna de los magnates ha pasado casi por entero a sus manos.

Al dirigirnos hacia el Castillo tuvimos que atravesar un arrabal bastante animado a la sazón, en el que pululaban y se oprimían vendedores y compradores. En el instante precisamente en que llegábamos nosotros a una plazuela, ocurría allí un pequeño tumulto, cuyo alboroto no podía explicarse suficientemente por el jaleo de las transacciones que se hacían.

Algunas mujeres que habían abandonado sus puestos respectivos rodeaban a un hombre, un campesino que acababa de rodar por tierra y se levantaba con gran esfuerzo.

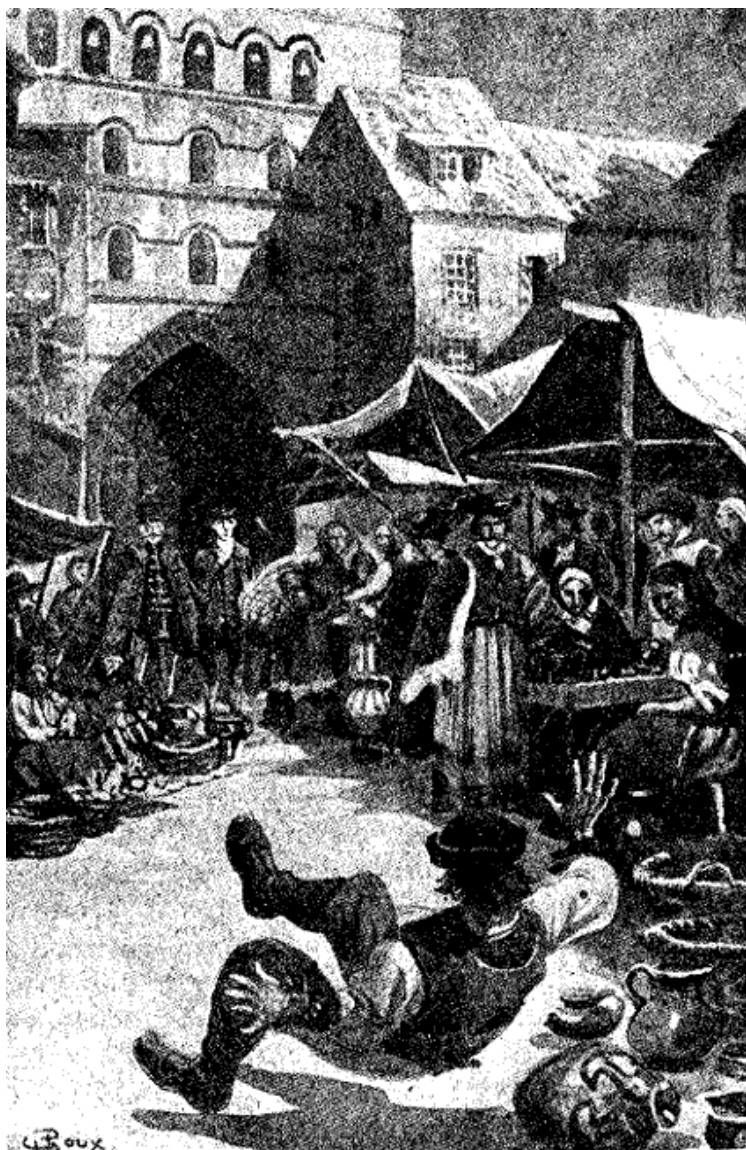
Este hombre parecía presa de la más viva cólera:

—Os digo que me han golpeado... Que alguien me ha empujado, y he caído a consecuencia del golpe.

—¿Y quién iba a golpearte? —replicó una de aquellas mujeres—. Te hallabas solo en ese momento... Yo te estaba viendo perfectamente... No había nadie en este sitio...

—Sí —afirmaba el hombre—, un empujón aquí, en pleno pecho... ¡Yo lo he sentido perfectamente, qué demonio!

El capitán Haralan, que interrogó al campesino, obtuvo de él la siguiente explicación del caso: Avanzaba él tranquilamente cuando de pronto había experimentado una violenta sacudida, como si un hombre vigoroso hubiera chocado rudamente contra él, sacudida tan sumamente violenta, que se había visto derribado. En cuanto a decir quién había sido el agresor érale de todo punto imposible, porque al levantarse no había visto a nadie al lado.



¿Qué parte de verdad contenía este relato? ¿Había recibido realmente el campesino un choque tan brutal como imprevisto?...

Un empujón no se produce así porque sí, sin que haya nadie que empuje, aunque no fuese más que el viento. Pero la atmósfera estaba perfectamente tranquila...

Una sola cosa era cierta, y era que se había producido una caída,

en realidad, bastante inexplicable.

De ahí el alboroto.

Decididamente, era preciso, o que el individuo hubiera padecido una alucinación, o que estuviera borracho. Un borracho se cae por sí mismo nada más que en virtud de las leyes de la caída de los cuerpos.

Tal fue, indudablemente, la opinión general, aun cuando el campesino aseguraba que no había bebido una gota de vino. A pesar de sus protestas, la policía hubo de invitarle con alguna rudeza a que prosiguiese su camino.

Terminado el incidente, seguimos nosotros por una de las calles ascendentes que se dirigen hacia el este de la ciudad. Hay allí un intrincado cruzamiento de calles y callejuelas, un verdadero laberinto del que un extranjero no podría salir.

Llegamos, por fin, ante el Castillo, sólidamente edificado sobre una de las cimas de la colina de Wolkang.

Era realmente la fortaleza de las ciudades húngaras, la acrópolis, el *Var*, para servirnos de la denominación magiar, la ciudadela del tiempo feudal, tan amenazadora para los enemigos de fuera, hunos o turcos, como para los vasallos del señor. Altas murallas almenadas, con barbacanas y saeteras, flanqueadas de macizas torres, la más elevada de las cuales dominaba toda la región circundante.

El puente levadizo, lanzado sobre el foso cubierto de millares de arbustos silvestres, nos condujo a la poterna entre dos grandes morteros fuera de uso. Por encima, asomaban las bocas de los cañones.

El grado del capitán Haralan nos abrió, naturalmente, las puertas del viejo castillo, cuyo valor militar no es, en verdad, muy grande. Los pocos soldados que lo guarnecían hicieron a mi amigo los honores militares que le correspondían, y una vez en la plaza de armas, el capitán Haralan me propuso subir a la torre de homenaje que ocupa uno de sus ángulos.

Nada menos que doscientos cuarenta peldaños tuvimos que subir por la escalera de caracol que lleva a la plataforma superior dando la vuelta en torno del parapeto. Mi mirada pudo abarcar un horizonte más extenso que el de la torre de la casa Roderich. Calculé en unas siete leguas la parte visible del Danubio, cuyo curso

torció entonces hacia el este en la dirección de Neusatz.

—Ahora, mi querido Vidal —díjome el capitán Haralan—, que conoce ya usted la ciudad por partes, puede ver cómo se desarrolla por entero a nuestros pies.

—Y lo que he visto —respondí— me ha parecido sumamente interesante, aun comparándolo con Budapest y con Presburg.

—Me satisface en gran manera ésa su opinión, y cuando haya terminado usted de visitar Ragz y se haya familiarizado con sus hábitos, con sus trajes y con sus originalidades, no me cabe la menor duda de que conservará usted de ella un excelente recuerdo. Nosotros, los magiares, amamos mucho nuestras ciudades y las amamos con un amor verdaderamente filial. Aquí, por otra parte, las relaciones que existen entre las diversas clases sociales revelan una perfecta armonía y buena inteligencia; la clase acomodada socorre mucho a los desheredados, cuya cifra va decreciendo de año en año, gracias a las numerosas instituciones de caridad. A decir verdad, encontrará usted aquí muy pocos miserables, y en todo caso la miseria es socorrida tan pronto como se conoce.

—Lo sé, mi querido capitán, como sé asimismo que el doctor Roderich no desdeña acudir frecuentemente en ayuda de los pobres y como sé también que la señora Roderich y la señorita Myra están al frente de muchas instituciones de beneficencia.

—Mi madre y mi hermana no hacen sino lo que deben hacer las personas de su condición y de su situación. En mi concepto, la caridad es el más imperioso de los deberes.

—Sin duda —dije—, ¡pero hay tantas maneras de entender su cumplimiento!

—Ése es el secreto de las mujeres y una de sus misiones aquí abajo.

—Sí, la más noble, seguramente.

—En fin, nosotros residimos en una población tranquila, en una ciudad pacífica, turbada apenas, o no turbada nada, por las pasiones políticas, aun cuando sea, sin embargo, muy celosa de sus derechos y de sus privilegios, que defendería tenazmente contra toda intromisión del poder central. No conozco a mis conciudadanos más que un defecto...

—¿Y es?...

—Es el de sentirse un poco inclinados a la superstición y creer

demasiado en la intervención de lo sobrenatural. Las leyendas en que andan mezclados aparecidos y fantasmas, evocaciones y brujerías les agradan y complacen más de lo conveniente.

—Así, pues —dije yo—, no, no ciertamente el doctor Roderich, pues un médico debe, por definición, tener la cabeza firme, pero ¿su madre de usted y su hermana?...

—Sí, y todo el mundo con ellas. Contra semejante debilidad, porque es una debilidad, no he conseguido ningún éxito... Tal vez Marcos me ayude.

—¡A menos, —dije yo— que la señorita Myra no le pervierta!

—Ahora, mi querido Vidal, tenga la bondad de inclinarse por encima del parapeto... Dirija sus miradas hacia el sudeste... Allí..., a la extremidad de la población, podrá ver la terraza de un pabellón alto.

—Sí, en efecto, y se me figura que debe de ser la de la casa Roderich.

—No se equivoca usted. Ahora bien, en esa mansión hay un comedor, y en ese comedor va a servirse inmediatamente un almuerzo, y como usted es uno de los comensales...

—A sus órdenes, mi querido capitán.

—Pues bien, bajemos, dejemos al *Var* en su soledad feudal, que hemos interrumpido durante un momento, y regresemos siguiendo la línea de los bulevares, con lo cual atravesará usted el norte de la ciudad.

Instantes después habíamos atravesado la poterna.

Más allá de un hermoso barrio que se extiende hasta las afueras de Ragz, los bulevares, cuyo nombre cambia a cada una de las grandes calles que los cortan, describen, en una longitud de más de una legua, tres cuartos de un círculo que cierra el Danubio. Se hallan adornados de cuatro filas de árboles en la fuerza de la edad. De un lado hay jardines y arboledas, más allá de las cuales se descubre la campiña, y por el otro lado se suceden las casas lujosas, precedidas la mayor parte de un patio, en el que se dilatan parterres de flores, y cuya fachada posterior da a frescos jardines regados por aguas vivas.

A aquella hora circulaban ya por el centro de los bulevares lujosos carruajes, y por los paseos laterales grupos de jinetes y de Amazonas elegantemente vestidos.

Al dar la última vuelta, tomamos a la izquierda a fin de descender por el bulevar Tekeli en dirección del muelle Batthyani.

Pocos pasos más adelante advertí una casa aislada en el centro de un jardín; de aspecto triste, como si hubiera estado desalquilada, con sus ventanas cerradas por persianas que no debían abrirse casi nunca, al parecer; invadida la parte baja de los muros por el musgo y la hiedra, contrastaba de una manera asaz extraña con las demás casas del bulevar.



Por la verja, al pie de la cual crecían cardos, se penetraba a un pequeño patio plantado con dos olmos, a quienes la ancianidad había degradado y cuyos troncos, hendidos por largas ranuras, ostentaban su putrefacción interior.

En la fachada se abría una puerta deteriorada por las intemperies, las nieblas y las nieves invernales, a la que se ascendía

por una escalera de tres peldaños descalabrados.

Sobre la planta baja había un primer piso, culminado por los paneles de madera que sostienen el techo y un pabellón cuadrado superior cuyas estrechas ventanas estaban cerradas con espesas cortinas.

No parecía que la casa estuviera habitada, en el caso, que se antojaba dudoso al menos, de que fuera verdaderamente habitable.

—¿Y a quién pertenece esa morada?

—A un original —fue la respuesta del capitán Haralan.

—Pues afea bastante el bulevar; creo yo que la ciudad debería comprarla y demolerla.

—Y tanto más, mi querido Vidal, cuanto que una vez la casa demolida, su propietario abandonaría indudablemente la ciudad y se iría al diablo, su muy próximo pariente, si hemos de dar crédito a las buenas comadres de Ragz.

—¡Hombre!... ¿Y quién es ese notable personaje?

—Un alemán.

—¿Un alemán?

—Sí, un prusiano.

—¿Y se llama?...

En el momento de ir a responder a esta pregunta el capitán Haralan, abrióse la puerta de la casa. Dos hombres salieron. El de más edad, que parecía tener unos sesenta años, permaneció en la escalinata, en tanto que el otro atravesaba el patio y franqueaba la verja de la calle.

—¡Toma —murmuró el capitán Haralan—, está aquí!... Le creía ausente.

El individuo a que me refiero, al dar la vuelta, nos descubrió; ¿conocía al capitán Haralan? No pudo caberme duda sobre el particular, pues ambos cambiaron una mirada de antipatía mutua, que era bastante elocuente. Pero también yo, por mi parte, le había reconocido, y una vez que se había alejado algunos pasos de nosotros:

—Es él —exclamé.

—¿Había encontrado usted ya a ese hombre? —preguntóme el capitán Haralan, no sin dejar trasparente cierta sorpresa.

—Sin género alguno de duda —respondí—, he viajado con él desde Budapest hasta Vukovar a bordo de la *Dorotea*. No esperaba

yo, lo confieso, encontrármelo en Ragz.

—¡Y preferible era que no estuviese! —exclamó el capitán.

—No parece —hube de decir— que se encuentre usted en la mejor armonía con ese alemán.

—¿Y quién podría? Yo, además, tengo razones especiales para estar peor dispuesto que los demás hacia él. Bastará que le diga a usted que ese individuo tuvo la desvergüenza de pedir la mano de mi hermana. Pero tanto mi padre como yo se la rehusamos de la manera más terminante para que no le quedasen ganas de renovar sus pretensiones.

—¡Cómo! ¿Es ese hombre?...

—¿Tenía usted, pues, ya noticia?...

—Sí, mi querido capitán, y no ignoro que acabo de ver a Wilhelm Storitz, hijo de Otto Storitz, el ilustre químico de Spremberg.

CAPÍTULO VI

Dos días más transcurrieron, durante los cuales consagré todas mis horas libres a recorrer la ciudad. Hacía también largas paradas en el puente que une las dos orillas del Danubio con la isla Svendor y no me cansaba de admirar aquel magnífico río.

Habré de confesarlo; el nombre de Wilhelm Storitz, muy a mi pesar, asaltaba frecuentemente mi espíritu.

Era, pues, en Ragz, donde este individuo residía habitualmente y, según pude saber pronto, con un solo sirviente, conocido con el nombre de Hermann, ni más simpático, ni más abordable, ni más comunicativo que su amo. Hasta se me figuró que el tal Hermann recordaba por su figura y manera de andar al hombre que el día de mi llegada a Ragz había parecido seguirnos a mi hermano y a mí, mientras paseábamos a lo largo del muelle.

Había creído conveniente no decir nada a Marcos del encuentro que el capitán Haralan y yo habíamos tenido en el bulevar Tekeli. Tal vez habría experimentado algunas inquietudes al saber que Wilhelm Storitz había regresado a Ragz. ¿Por qué anublar su ventura con la sombra de inquietud?

Lamentábame, con todo, de que aquel rival despedido no estuviera ausente de la ciudad, por lo menos hasta el día no lejano en que el matrimonio de Marcos Vidal y Myra Roderich fuera un hecho consumado.

En la mañana del 16 iba a bajar yo para dar mi paseo habitual, que contaba con prolongar ese día a través de la campiña de los alrededores de Ragz, cuando mi hermano penetró en mi habitación.

—Tengo mucho que hacer, amigo mío —me dijo—, y no te enfadarás conmigo si te dejo solo.

—Vete, mi querido Marcos, y no te ocupes para nada de mí.

—¿No ha de venir Haralan a buscarte?

—No, no está hoy libre. Pero eso importa poco; iré a almorzar a cualquier fonda de la otra orilla del Danubio.

—Sobre todo, mi querido Enrique, regresa antes de las siete.

—La mesa del doctor Roderich es demasiado buena para que pueda yo olvidarla.

—¡Glotón!... Espero que no te olvidarás tampoco de la velada que se dará pasado mañana en la casa. Podrás aprovecharte de ella para estudiar la alta sociedad de Ragz.

—Una velada de esponsales, Marcos.

—Sí, si así lo prefieres, pero más bien es de contrato. Hace mucho tiempo que mi querida Myra y yo somos prometidos... Hasta se me figura que lo hemos sido siempre.

—¡Sí, de nacimiento!

—¡Tal vez!

—Entonces, ¡adiós, oh, el más dichoso de los hombres!

—Te apresuras demasiado al calificarme así; espera para ello a que mi prometida se convierta en mi mujer.

Retiróse Marcos después de estrecharme afectuosamente la mano, y me encontraba yo a punto de partir cuando apareció el capitán Haralan. Me sorprendió bastante, pues habíamos quedado en que no podíamos vernos ese día.

—¿Usted? —exclamé—. ¡Muy bien, mi querido capitán, he aquí una agradable sorpresa!

Me equivocaba, sin duda, pues me pareció que el capitán Haralan estaba preocupado y se contentó con responderme:

—Mi querido Vidal, mi padre desea hablarle y le aguarda en la casa.

—Voy con usted —respondí bastante sorprendido y hasta inquieto, sin saber por qué.

Mientras recorrimos, uno al lado del otro, el muelle Batthyani, el capitán Haralan no pronunció una sola palabra. ¿Qué ocurriría y qué clase de comunicación tendría que hacerme el doctor Roderich? ¿Se trataría del matrimonio de Marcos?

Tan pronto como llegamos, el criado nos introdujo en el despacho del doctor.

Las señoras Roderich habían salido ya de casa, y probablemente Marcos se uniría a ellas en el curso de su paseo matinal.

El doctor se encontraba solo en su despacho, sentado ante la mesa. Al volverse, a nuestra llegada, me pareció tan preocupado como su hijo.

«Algo ocurre —pensé— y seguramente Marcos nada sabía cuando nos vimos esta mañana».

Tomé asiento en un sillón frente al doctor, en tanto que el capitán Haralan permanecía de pie, apoyado en la chimenea, y esperé, no sin alguna ansiedad, que el doctor tomase la palabra.



—En primer término, señor Vidal —me dijo—, le doy gracias por haber acudido a casa.

—Me hallo por completo a sus órdenes, señor Roderich —respondí.

—Deseaba conversar con usted y Haralan.

—¿Se trata de la boda de Marcos y la señorita Myra?

—En efecto.

—¿Es, pues, una cosa grave lo que tiene que decirme?

—Sí y no —respondió el doctor—; como quiera que sea, ni mi mujer, ni mi hija, ni su hermano de usted están enterados del asunto. He preferido dejarles ignorar lo que voy a decirle, y usted podrá juzgar si he obrado bien al hacerlo así.

Instintivamente se hizo en mi espíritu una asociación entre lo que el doctor iría a manifestarme y el encuentro que el capitán Haralan y yo habíamos tenido ante la casa misteriosa del bulevar Tekeli.

—Ayer por la tarde —prosiguió el doctor—, cuando ya habían salido la señora Roderich y Myra, a la hora de la consulta, el criado me anunció un visitante que habría deseado no recibir; este visitante era Wilhelm Storitz... ¿pero acaso ignore usted que ese alemán?...

—Estoy al tanto —respondí.

—Sabe usted, pues, que hará cerca de seis meses, antes de que su hermano hubiese hecho la petición que tan bien acogimos, Wilhelm Storitz solicitó la mano de mi hija. Después de haber consultado a mi mujer y a mi hijo, que compartieron mi repugnancia por semejante matrimonio, respondí a Wilhelm Storitz que no podíamos aceptar su proposición. En lugar de inclinarse ante esta negativa, renovó su demanda en términos formales, y yo le repetí no menos formalmente la respuesta anterior, de manera que no le quedase la menor esperanza de un cambio de parecer.

En tanto que el doctor Roderich estaba hablando, el capitán Haralan iba y venía por la habitación, y se detenía muchas veces junto a una de las ventanas para mirar en la dirección del bulevar Tekeli.

—Señor Roderich —dije—, tenía conocimiento de esa petición, y sabía asimismo que había sido hecha antes que la de mi hermano.

—Tres meses antes, aproximadamente, señor Vidal.

—De modo —proseguí— que no fue porque Marcos hubiese sido aceptado ya por lo que recibió Wilhelm Storitz la negativa de la mano de Myra Roderich, sino exclusivamente porque semejante matrimonio no entraba en los cálculos de ustedes.

—Justamente. Jamás hubiéramos consentido en esa unión, que no podía convenirnos desde ningún punto de vista, y a la que Myra

habría opuesto la negativa más categórica.

—¿Y es la persona, o la situación de Wilhelm Storitz la que ha dictado la resolución de ustedes?

—Su situación es, probablemente, bastante buena —respondió el doctor Roderich—. Créese ordinariamente que su padre le legó una fortuna considerable, debida a fructuosos descubrimientos. En cuanto a su persona...

—Le conozco, señor Roderich.

—¡Ah! ¿Le conoce usted?

Contéle en qué condiciones había encontrado a Wilhelm Storitz en la *Dorotea*, sin sospechar ni remotamente quién pudiera ser; durante más de cuatro días, aquel alemán había sido mi compañero de viaje entre Budapest y Vukovar, donde creía yo que había desembarcado, ya que no se hallaba a bordo a mi llegada a Ragz.

—Y, por fin —añadí—, estos días, durante uno de nuestros paseos, el capitán Haralan y yo pasamos por delante de su casa, y pude reconocer a Wilhelm Storitz en el momento en que salía.

—Se decía, sin embargo, que había dejado la ciudad desde hace algunas semanas —dijo el doctor Roderich.

—Eso se creía, y así era evidentemente, toda vez que Vidal lo vio en Budapest —intervino el capitán Haralan—, pero lo que es cierto es que ha regresado.

La voz del capitán Haralan denotaba una gran irritación.

El doctor prosiguió en estos términos:

—Le contesté a usted, señor Vidal, acerca de la situación de Wilhelm Storitz. En cuanto a su modo de vivir, ¿quién podría alabarse de conocerlo? Es completamente enigmático. No parece sino que ese hombre vive fuera de la humanidad.

—¿No habrá en ello alguna exageración? —Hice observar al doctor.

—Sin duda que algo se exagerará. Pertenece, no obstante, a una familia bastante sospechosa, y antes que él, su padre se prestaba a las más singulares leyendas.

—Que le han sobrevivido, doctor, a juzgar por lo que yo pude leer en un periódico en Budapest, a propósito del aniversario que se celebra todos los años en Spremberg en el cementerio de la ciudad. Si ha de creerse ese periódico, el tiempo no ha debilitado ni hecho desaparecer las supersticiosas leyendas a que ha hecho usted

alusión. El científico muerto hereda del científico vivo. Era un hechicero, según aseguran, que poseía secretos del otro mundo y disponía de un poder sobrenatural. Todos los años se espera, al parecer, que se produzca algún fenómeno extraordinario en torno de su tumba.

—No se extrañará usted, pues, señor Vidal —acabó diciendo el doctor Roderich—, en vista de lo que se cuenta de Spremberg, si en Ragz ese Wilhelm Storitz es considerado como un personaje extraño... Tal es el hombre que pidió la mano de mi hija, y que ayer tuvo la audacia de renovar su demanda.

—¿Ayer? —exclamé.

—Ayer mismo, durante su visita.

—Y aunque no fuese quien es —dijo el capitán Haralan— siempre resultaría que se trata de un prusiano, y esto hubiera bastado para rechazar semejante alianza.

Toda la antipatía que, por tradición y por instinto, experimenta la raza magiar por la raza germánica se traslucía en aquellas palabras.

—He aquí —prosiguió el doctor Roderich— cómo han pasado las cosas; bueno será que usted lo sepa. Cuando se me anunció a Wilhelm Storitz, estuve vacilando... ¿Debería dejarle pasar, u ordenar que le dijeran que no podía recibirle?

—Tal vez habría sido preferible, padre —dijo el capitán Haralan—, porque después del fracaso de su primera tentativa, habría debido comprender ese hombre que le estaba vedado poner aquí los pies bajo cualquier pretexto.

—Sí, tal vez —dijo el doctor—, pero temí que diera algún escándalo si se le empujaba al límite.

—¡Al que yo habría puesto término inmediatamente, padre!

—Y precisamente porque te conozco —dijo el doctor cogiendo la mano del capitán Haralan— fue por lo que preferí obrar con prudencia... A este propósito, suceda lo que quiera, hago un llamamiento a tu afecto, por tu madre, por mí y por tu hermana, cuya situación sería sumamente enojosa si su nombre se pronunciase con ese motivo, para el caso de que el tal Wilhelm Storitz diese algún espectáculo.

Aun cuando hiciera poco tiempo que conocía al capitán Haralan, juzgábale yo de un carácter vivo y celoso en extremo de todo lo que

se refiriera a su familia. Así consideraba verdaderamente deplorable que el rival de Marcos hubiese vuelto a Ragz, y sobre todo, que hubiera renovado sus tentativas.

El doctor acabó de contarnos en detalle aquella visita.

Había tenido lugar en el despacho mismo donde nos encontrábamos en aquel instante. Wilhelm Storitz había comenzado primeramente por tomar la palabra, en un tono que revelaba una tenacidad muy poco corriente. Según él, no podía extrañarse el doctor Roderich de que hubiese vuelto a verle y que hubiera deseado realizar una segunda tentativa después de su regreso a Ragz, regreso que hacía remontar a cuarenta y ocho horas antes. En vano había sido que el doctor insistiera muy formal y seriamente en su negativa; Wilhelm Storitz no había querido declararse vencido, y llegando poco a poco al tono de la cólera, había declarado finalmente que los esponsales de mi hermano y de la señorita Myra no le harían renunciar a sus pretensiones, que amaba a la joven y que si no era de él, jamás, cuando menos, sería de ningún otro.

—¡Insolente!... ¡Miserable! —repetía el capitán Haralan—. ¡Ha osado hablar y expresarse de esa suerte, y yo no estaba aquí para tirarle por la ventana!

«Decididamente —pensé—, si estos dos hombres llegan a encontrarse frente a frente, será difícil impedir el escándalo que tanto teme el doctor».

—Dichas estas últimas palabras —prosiguió relatando el doctor—, me levanté diciéndole que no quería escuchar más. El matrimonio de Myra estaba decidido y se celebraría dentro de muy pocos días... «Ni dentro de algunos días ni más adelante tampoco», respondió Wilhelm Storitz. «Caballero —le dije mostrándole la puerta—, tenga la bondad de salir».

»Otro cualquiera habría comprendido que su visita no podía prolongarse. Pues bien, él permaneció aquí; bajó de tono, intentó obtener por la dulzura lo que no había podido conseguir por la violencia, la promesa al menos de que se pospusiera el matrimonio... Dirígeme yo entonces hacia la chimenea para llamar al criado. Pero me agarró del brazo y, preso nuevamente de la cólera, elevó la voz hasta el punto de que debía oírsele desde fuera. Afortunadamente ni mi mujer ni mi hija habían vuelto aún a casa. Wilhelm Storitz accedió por fin a retirarse, no sin proferir antes

amenazas insensatas: Myra no se casaría con Marcos, pues surgirían tales obstáculos que la boda sería imposible; los Storitz disponían de medios que podían desafiar todo poder humano, y no vacilaría en servirse de ellos contra la imprudente familia que así le desafiaba...

»Diciendo esto último, abrió violentamente la puerta del despacho y salió furioso entre medio de algunas personas que esperaban turno en la galería, dejándome impresionado con sus enigmáticas frases».

Según hubo de repetirnos el doctor, ni una sola frase de toda aquella escena había sido referida a la señora Roderich, ni a su hija, ni a mi hermano. Era preferible evitarles esa inquietud. Por otra parte, conocía yo lo bastante a Marcos para no temer que quisiese dar a la escena una segunda parte, lo mismo exactamente que el capitán Haralan. Este último hubo, sin embargo, de rendirse ante las razones de su padre.

—¡Sea! —dijo—. No iré a castigar a ese miserable. Pero ¿y si es él quien viene a mí?... ¿Si es él quien se mete con Marcos?... ¿Si es él quien nos provoca?

El doctor Roderich no supo qué contestar.

Nuestra conversación terminó. En todo caso era menester esperar. El incidente, en efecto, no tendría ninguna consecuencia y permanecería ignorado de todos si Wilhelm Storitz no pasaba de las palabras a los hechos.

Y por otra parte, ¿qué podía él hacer? ¿Qué medios podía emplear para impedir que se celebrase la boda?... ¿Sería acaso obligando a Marcos con un insulto público a tener un encuentro con él?... ¿No sería más bien ejerciendo alguna violencia contra Myra Roderich? Pero ¿cómo iba a lograr penetrar en la casa, donde no sería recibido?... No estará en su poder, creo yo, el forzar las puertas. El doctor Roderich, además, no vacilaría, si preciso fuere, en prevenir a las autoridades, que sabrían hacer entrar en razón a aquel alemán.

Antes de separarnos, el doctor conjuró de nuevo y por última vez a su hijo para que no hiciera nada respecto de aquel insolente personaje, y sólo, lo repito, violentándose mucho vino en ello el capitán Haralan.

Nuestra plática se había prolongado lo bastante para que la señora Roderich, su hija y mi hermano hubiesen tenido tiempo de

regresar a casa. Tuve que quedarme a almorzar, de suerte que me vi precisado a dejar para la tarde mi excursión a los alrededores de Ragz.

Innecesario será decir que tuve que inventar una razón plausible para justificar mi presencia en el despacho del doctor aquella mañana. Marcos no sospechó nada y el almuerzo terminó muy agradablemente.

Cuando nos hubimos levantado de la mesa, la señorita Myra dijo:

—Señor Vidal, ya que hemos tenido el gusto de encontrarle hoy aquí, no se separará ya de nosotros en todo el día.

—¿Y mi paseo? —objeté.

—Lo daremos juntos.

—Es que yo había contado con que fuera largo.

—Pues lo daremos largo.

—A pie.

—Pues a pie... Pero ¿es necesario irnos lejos? Segura estoy de que aún no ha admirado usted en toda su belleza la isla Svendor.

—Debía hacerlo mañana.

—Pues bien, lo haremos hoy.

En compañía, pues, de aquellas damas y de Marcos visité la isla Svendor, transformada en jardín público, en una especie de parque con bosquecillos, chalets y distracciones de todas clases.

Mi espíritu, sin embargo, no estaba del todo en el paseo. Marcos advirtió mi distracción, y a sus preguntas tuve que darle una respuesta evasiva.

¿Era acaso que abrigaba el temor de que tropezásemos con aquel Wilhelm Storitz?... No, pensaba más bien en lo que había dicho al doctor Roderich: «Surgirán tales obstáculos que la boda será imposible... Los Storitz disponen de medios que pueden desafiar todo poder humano». ¿Qué significaban esas palabras? ¿Debían tomarse en serio?... Me prometí tener una explicación con el doctor cuando estuviéramos solos.

Aquella jornada y la del día siguiente transcurrieron sin novedad. Comenzaba yo a tranquilizarme. No se había vuelto a ver a Wilhelm Storitz. Sin embargo, no había abandonado la ciudad; la casa del bulevar Tekeli continuaba habitada. Al pasar, vi yo salir de ella a Hermann, el criado; hasta una de las veces el propio Wilhelm

Storitz apareció en una de las ventanas con la mirada vuelta hacia la extremidad del bulevar en dirección a la casa de Roderich.

Así estaban las cosas cuando en la noche del 17 al 18 de mayo sucedió lo siguiente:

Con las puertas de la catedral cerradas, y sin que nadie hubiese podido entrar sin ser visto, el anuncio del matrimonio de Marcos Vidal y Myra Roderich fue arrancado del cuadro; por la mañana se hallaron los trozos desgarrados y arrugados; se sustituyó el anuncio, pero una hora más tarde, en pleno día esta vez, el nuevo anuncio corrió la misma suerte del anterior, y así hasta tres veces en el transcurso del día 18, sin que hubiese sido posible echar mano al culpable. Cansados de ello, tuvieron los encargados que proteger con una tela metálica el cuadro de las proclamas.



Aquel estúpido atentado dio bastante que hablar al principio, pero luego nadie volvió a pensar en ello. Mas el doctor Roderich, Haralan y yo le concedimos más seria atención. Ni por un instante dudamos de que aquello constituía el primer acto de las hostilidades anunciadas, como una escaramuza de las avanzadas de la guerra que en cierta suerte nos había declarado Wilhelm Storitz.

CAPÍTULO VII

¿Quién, en efecto, podía ser el autor de aquel acto incalificable, sino el único que tenía interés en cometerlo? ¿Vendría aquel primer ataque seguido de otros actos más graves? ¿No significaba, según creíamos, el comienzo de las represalias contra la familia Roderich?

El doctor Roderich fue informado del incidente a primera hora por su hijo, quien inmediatamente después vino al hotel Temesvar.

Fácil es de imaginar el estado de irritación en que se encontraría el capitán Haralan en presencia de aquellos acontecimientos.

—¡Ese bribón es el que ha dado el golpe! —decía—. Ignoro cómo se las ha arreglado, y no se contentará con eso, indudablemente, pero no le dejaré yo hacer.

—Conserve su sangre fría, mi querido Haralan —dije—, y no vaya a cometer alguna imprudencia que pudiera complicar la situación.

—Mi querido Vidal, si mi padre me hubiese prevenido antes de que ese hombre hubiera salido de casa, o si después me hubiese dejado obrar, a estas fechas nos habríamos desembarazado de él.

—Persisto en creer, mi querido Haralan, que ha sido mejor que no se haya puesto usted en evidencia.

—¿Y si continúa?

—Será ocasión de reclamar la intervención de la policía. Piense usted en su madre y en su hermana.

—¿No van a saber lo que acontece?

—No se les dirá nada ni a ellas ni a Marcos. Después de la boda veremos qué actitud es conveniente adoptar.

—¿Después? —respondió el capitán Haralan—. ¿Y si entonces es demasiado tarde?

Aquel día en la casa, y cualesquiera que fuesen las

preocupaciones ocultas del doctor Roderich, su mujer y su hija no se ocupaban más que de la velada de contrato que iba a darse aquella misma tarde. Habían querido ellas «hacer bien las cosas», como suele decirse. El doctor, que no tenía sino amigos en la sociedad ragziana, había hecho un gran número de invitaciones. Como en un terreno neutral se encontrarían en su casa la aristocracia magiar y el ejército, la magistratura y los funcionarios. El gobernador de Ragz había aceptado la invitación del doctor, con quien le unía una amistad personal ya antigua.

Los salones de la casa bastarían para acoger a los ciento cincuenta invitados que debían reunirse aquella noche. En cuanto a la cena, sería servida en la galería al final de la velada.

Nadie pensará en admirarse de que la cuestión de *toilette* hubiese ocupado a Myra Roderich en su justa medida, ni que Marcos hubiera querido aportar a ella su gusto de artista. Por otra parte, Myra era magiar y el magiar, cualquiera que sea su sexo, se preocupa mucho de la cuestión de traje; lo llevan en la sangre, como el amor a la danza, amor que llega hasta la pasión. Aplicándose, pues, lo que he dicho de Myra a todas las señoras y a todos los caballeros, podía presumirse que aquella velada iba a ser muy brillante.

Por la tarde habían terminado los preparativos. Yo permanecí todo aquel día en casa del doctor, esperando la hora de irme para proceder por mi parte a mi tocado, como un verdadero magiar.

En un instante en que estaba yo asomado a una de las ventanas que dan al muelle Batthyani tuve el gran disgusto de percibir a Wilhelm Storitz. ¿Era el azar lo que allí le llevaba? Indudablemente no. Seguía el muelle lentamente con la cabeza inclinada. Pero cuando se halló frente a la casa se enderezó, y ¡qué mirada se escapó de sus ojos! Pasó varias veces, y la señora Roderich no pudo dejar de advertirlo. Señálóle ella al doctor, que se limitó a tranquilizarla sin decirle nada de la reciente visita del enigmático personaje.

Añadiré que cuando Marcos y yo salimos para ir al hotel Temesvar, aquel hombre nos encontró en la plaza Magiar. Tan pronto como vio a mi hermano se detuvo con un movimiento brusco y pareció vacilar, como si hubiese querido acercarse a nosotros. Pero permaneció inmóvil, con el rostro pálido, los brazos

con una rigidez cataléptica... ¿Iría a caer al suelo?... Sus ojos, sus ojos fulgurantes lanzaban a Marcos miradas terribles, que Marcos afectaba no ver.

Tan pronto como le hubimos dejado unos cuantos pasos detrás:

—Sí, Marcos.

—¿Has visto a ese individuo? —me preguntó mi hermano—. Es el Wilhelm Storitz de que te he hablado.

—Ya lo sé.

—¿Le conocías, pues?

—El capitán Haralan me lo ha señalado una o dos veces.

—Creía que se había marchado de Ragz.

—Parece que no, o al menos, si se fue, ha vuelto.

—¡Poco importa, después de todo!

—Sí, poco importa —respondí.

Pero, a mi juicio, la ausencia de Wilhelm Storitz hubiera sido mucho más tranquilizadora para todos nosotros.

Serían las nueve de la noche aproximadamente cuando los primeros carruajes se detenían ante la casa de los Roderich y comenzaban a llenarse los salones. El doctor, su esposa y su hija recibían a los invitados a la entrada de la galería, resplandeciente de luces. No tardó en ser anunciado el gobernador de Ragz; con grandes muestras de simpatía, su excelencia presentó sus respetos a la familia. Myra fue particularmente el objeto de sus cumplidos, así como mi hermano Marcos; de todas partes además llegaban las felicitaciones a los prometidos.

Entre las nueve y las diez llegaron las autoridades de la ciudad, los oficiales, los camaradas del capitán Haralan, quien, aun cuando su rostro reflejaba alguna preocupación, se esforzaba por acoger amablemente a los invitados. Los tocados de las señoras resplandecían en medio de los uniformes y de los trajes de etiqueta. Todas aquellas personas iban y venían a través de los salones y de la galería; se admiraban los regalos expuestos en el despacho del doctor, las alhajas y los *bibelots*, entre los cuales los que procedían de mi hermano revelaban un gusto exquisito.

Sobre una de las consolas del salón grande hallábase depositado el contrato que había de ser firmado en el transcurso de la velada. Sobre otra consola estaba colocado un magnífico ramo de rosas y de flores de azahar, el ramo de los esponsales, y, según la costumbre

magiar, cerca del ramo y sobre un almohadón de terciopelo, reposaba la corona nupcial que había de llevar Myra el día de la boda al dirigirse a la catedral.

La velada incluía tres partes: un concierto y un baile, separados por la firma solemne del contrato. El baile no debía comenzar hasta después de medianoche, y tal vez la mayor parte de los invitados lamentase que empezara tan tarde, pues, como he dicho, no hay diversión a la que con más placer y ardor se entreguen los húngaros.

La parte musical había sido encomendada a una notable orquesta de cingaros. Esta orquesta, de gran renombre en el país magiar, no se había dejado oír aún en Ragz. Los músicos y el director se colocaron a la hora señalada en la sala.

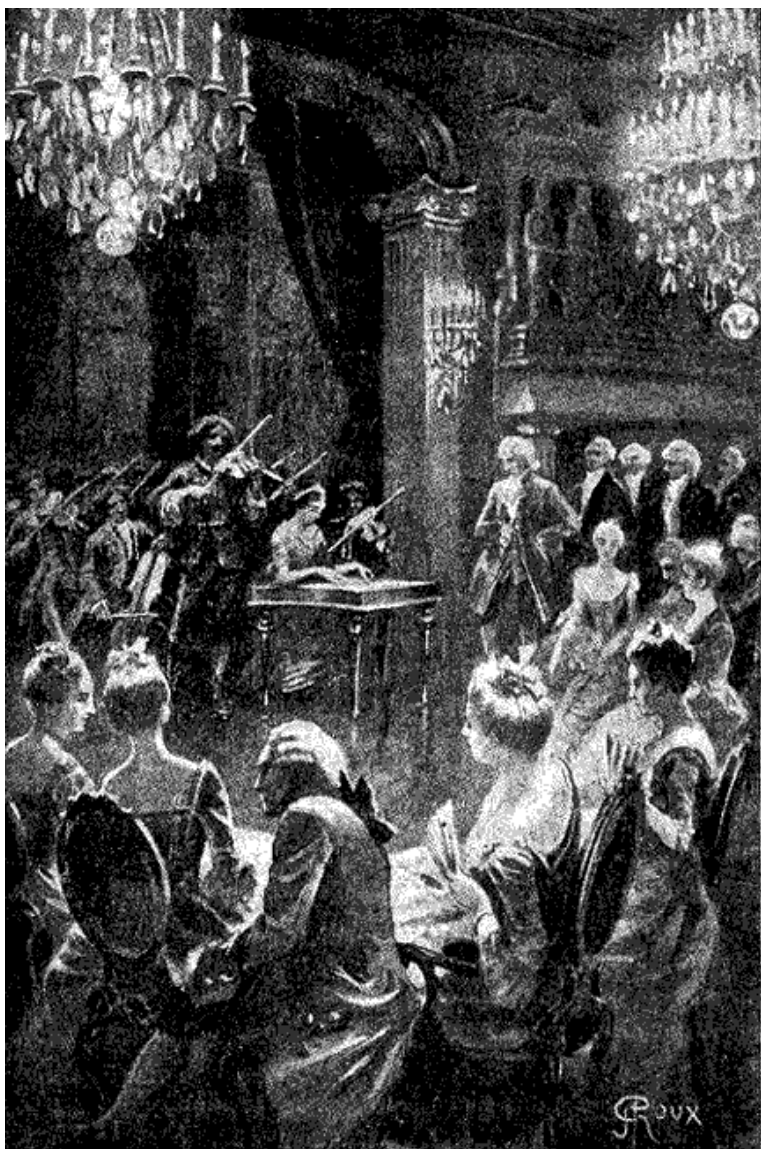
No ignoraba yo que los húngaros son muy entusiastas de la música. Pero según una observación muy acertada, existe entre ellos y los alemanes una diferencia muy sensible en la manera de apreciar su encanto. El magiar es un oyente sensible, no un actor; no canta o canta poco; escucha y, cuando se trata de la música nacional, escuchar es para él un asunto serio y a la vez un placer de extraordinaria intensidad.

La orquesta se componía de una docena de artistas, bajo la dirección de un jefe. Ejecutarían sus más hermosas creaciones, esas *Húngaras* que son cantos guerreros, marchas militares que el magiar, hombre de acción, prefiere a las ensoñaciones de la música alemana.

Tal vez cause extrañeza el que para una velada de contrato no se hubiese escogido una música más nupcial, más apropiada a esa clase de ceremonias. Pero la tradición no es ésa y Hungría es el país de las tradiciones. Es fiel a sus melodías populares, como Serbia a sus *pesmas* o Valaquia a sus *doimas*. Lo que necesita son aires animados, esas marchas rítmicas que evocan y suscitan el recuerdo de los campos de batalla y celebran las hazañas inolvidables de su historia.

Los cingaros habían vestido sus trajes de origen bohemio; no me cansaba yo de observar aquellos tipos tan curiosos, sus rostros bronceados, sus ojos brillantes bajo espesas cejas, sus pómulos salientes, su blanca dentadura, que dejan al descubierto los labios; sus cabellos negros, ondulando sobre la frente combada hacia atrás.

El repertorio de esta orquesta produjo un gran efecto. Los asistentes todos escuchaban religiosamente, entregándose luego a frenéticos aplausos. De esta suerte fueron acogidas las piezas más populares, que los cingaros ejecutaron con una maestría capaz de despertar los ecos todos de la *puszta*.



El tiempo destinado a estas audiciones había transcurrido; por lo

que a mí respecta, había experimentado un vivo placer en aquel ambiente magiar, y llegaba a mis oídos, en los silencios de la orquesta, el lejano murmullo del Danubio.

No me atrevería a afirmar que Marcos hubiese gustado del encanto de aquella extraña música; había otra más dulce, más íntima, que embriagaba por completo su alma. Sentado al lado de Myra Roderich, se hablaban con los ojos, cantando esas romanzas sin palabras que encantan el corazón de los novios.

Tras los últimos aplausos, el director de la orquesta se levantó, imitándole sus compañeros. Después de recibir los cumplimientos del doctor Roderich y del capitán Haralan, que parecieron alegrarles mucho, se retiraron.

Procedióse entonces, sin tardanza, a la firma del contrato, lo que se hizo con toda la solemnidad apetecible; hubo después lo que yo denominaría un entreacto, durante el cual los invitados abandonaron sus asientos, se buscaron, formaron grupos según las simpatías de cada cual, dispersándose algunos por el jardín, brillantemente iluminado, en tanto que circulaban las bandejas cargadas de bebidas refrescantes.

Hasta aquel momento nada había venido a turbar el orden de la fiesta, y habiendo comenzado bien, ninguna razón había para pensar que no hubiera de terminar lo mismo. Verdaderamente si yo hubiera podido abrigar algún temor, si algunas aprensiones hubieran brotado en mi espíritu, debía haber recobrado toda mi tranquilidad.

Así fue que no escatimé mis felicitaciones a la señora Roderich.

—Le doy las gracias, señor Vidal —me respondió—, y me encuentro muy satisfecha de que mis invitados hayan pasado aquí una hora agradable; pero en medio de todas esas gentes dichosas y alegres, yo no veo más que a mi querida hija y a su hermano de usted; ¿son tan felices!

—Señora —repliqué—, es una felicidad que se le debía a usted; ¿no es la felicidad de sus hijos la mayor que pueden soñar un padre y una madre?

¿Por qué extraña asociación de ideas esta frase tan banal trajo a mi mente el recuerdo de Wilhelm Storitz?

El capitán Haralan no parecía, por su parte, pensar ni acordarse lo más mínimo de él; ¿su tranquilidad y despreocupación eran

reales o aparentes, naturales o simuladas? No lo sé, pero lo cierto es que él iba de un grupo a otro animando aquella fiesta con su alegría comunicativa y era indudable que más de una joven húngara le miraría con alguna admiración. El capitán Haralan gozaba de las simpatías que en aquella circunstancia la ciudad entera había querido atestiguar a la familia.

—Mi querido capitán —le dije una de las veces que pasó a mi lado—, si el final de la velada no desmerece de su principio...

—No lo dude —contestó—, la música es una cosa buena, pero el baile es mucho mejor.

—¡Pardiez! —repuse—. Un francés no retrocederá ante un magiar. Sepa usted que su hermana me ha concedido el segundo vals.

—¿Y por qué no el primero?

—¿El primero?... A Marcos le corresponde el primer vals por derecho y por tradición. ¿Se olvida usted de Marcos y quiere que tenga un disgusto con mi hermano?

—Es verdad, mi querido Vidal; a los novios corresponde abrir el baile.

Reapareció la orquesta de los cíngaros, instalándose en el fondo de la galería. Algunas mesas se habían dispuesto en el despacho del doctor, con objeto de que las personas serias, a quienes no conviniesen los vales y las mazurcas, pudieran entregarse a los placeres del juego.

Ahora bien, la orquesta se hallaba presta a preludiar, aguardando que el capitán Haralan diese la señal, cuando del lado de la galería, cuya puerta se abría al jardín, se dejó oír una voz, lejana todavía, de una sonoridad potente y ruda. Era un canto extraño de un ritmo raro, al que faltaba la tonalidad: eran frases sueltas, no ligadas por ningún lazo melódico.

Las parejas, formadas ya para el primer vals, se habían detenido. Todo el mundo escuchaba. ¿No se trataría de una sorpresa añadida a la *soirée*?

El capitán Haralan se había acercado a mí.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—No lo sé —respondió en un tono en el que se percibía cierta inquietud.

—¿De dónde procede ese canto?... ¿De la calle?

—No... No lo creo.

El sitio, en efecto, desde donde la voz llegaba a nosotros debía de ser el jardín, cerca de la galería; hasta parecía que el que cantaba estaba a punto de entrar en ella.

El capitán Haralan me cogió del brazo y me condujo cerca de la puerta del jardín.

No había entonces en la galería más que una docena de personas, sin contar la orquesta, instalada en el fondo, detrás de los atriles. Los demás invitados permanecían agrupados en los salones. Los que se habían estado paseando por el exterior, durante el entreacto, acababan de entrar de nuevo.

El capitán Haralan fue a colocarse en la escalinata; le seguí, y nuestras miradas pudieron recorrer el jardín, iluminado en toda su extensión.

No descubrimos a nadie.

El señor y la señora Roderich se unieron a nosotros en aquel momento, y el doctor dijo a su hijo algunas palabras, a las que éste respondió con un gesto negativo.

La voz, sin embargo, continuaba dejándose oír más acentuada, más imperiosa, y aproximándose de continuo.

Marcos, llevando a Myra del brazo, se llegó a nuestro lado en la galería, en tanto que la señora Roderich permanecía reunida con otras señoras, que la interrogaban, y a las que no sabía qué contestar.

—¡Yo sabré lo que es! —dijo el capitán Haralan descendiendo por la escalinata.

El doctor Roderich, varios criados y yo le seguimos.

De pronto, cuando el cantor parecía no hallarse sino a muy pocos pasos de la galería, la voz se calló.

El jardín fue recorrido de punta a punta y explorados los macizos todos. Como las iluminaciones no dejaban ningún rincón en la sombra, la visita y la requisa pudieron ser minuciosas. Sin embargo, no se encontró a nadie.

¿Era posible que aquella voz fuera la de un transeúnte retrasado, siguiendo a lo largo del bulevar Tekeli?

Parecía esto muy poco verosímil, y a mayor abundamiento pudo comprobarse que el bulevar se hallaba completamente desierto a aquella hora.

Una sola luz brillaba a quinientos pasos hacia la izquierda, la luz visible apenas que se filtraba por el pabellón de la terraza de la casa Storitz.

Cuando regresamos a la galería no pudimos responder a las preguntas que se nos dirigían de todos lados más que dando inmediatamente la señal del vals.

Esto fue precisamente lo que hizo en seguida el capitán Haralan, volvieron a formarse los grupos de antes.

—Y bien —me preguntó Myra riendo—, ¿no ha elegido usted su *valsadora*?

—Mi *valsadora* es usted, señorita; pero sólo para el segundo vals.

—Entonces, mi querido Enrique —dijo Marcos—, no vamos a hacerte esperar mucho.

Marcos se engañaba. Mucho más tiempo del que él entonces creía debía esperar yo el vals que Myra me había prometido. En realidad, continuó esperándolo.

Acababa la orquesta de culminar el preludio cuando, sin que se viese al cantador, resonó nuevamente la voz, y esta vez en medio del salón.

Al susto y azoramiento de los invitados uniósese entonces un vivo sentimiento de indignación. La voz lanzaba a pleno pulmón el *Canto del odio*, de Federico Margrade, ese himno alemán que debe a su violencia su abominable celebridad. ¡Había allí, en esa acción, una provocación palmaria al patriotismo magiar, un insulto directo y buscado!

¡Y sin que se viera a aquél cuya voz estallaba en medio del salón! Estaba allí, no obstante, y nadie podía descubrirle.

Los *valsadores* se habían dispersado, refluendo a la sala y a la galería. Una especie de pánico dominaba a todo el mundo, especialmente a las señoras.

El capitán Haralan andaba por medio del salón con los ojos encendidos y extendidas las manos como para coger al ser que escapaba a nuestras miradas.

En aquel momento cesó la voz con el último trozo del *Canto del odio*.

Y entonces yo vi..., sí, y cien personas vieron como yo, algo que se negaban a creer...

He aquí que el ramo depositado sobre la consola, el ramo de

esponsales, fue bruscamente arrancado, destrozado, y que sus flores fueron como pisoteadas. ¡He aquí que los pedazos del contrato se esparcieron por el pavimento!

Aquella vez fue el espanto lo que sobrecogió a todo el mundo. Todos querían escapar del teatro de tan extraños fenómenos. Por lo que a mí respecta, me preguntaba si estaría en mi sano juicio y si debía dar crédito a todas aquellas incoherencias.



El capitán Haralan acababa de unirse a mí, diciéndome, pálido de cólera:

—¡Ése es Wilhelm Storitz!

¿Wilhelm Storitz? ¿Estaba loco?

Si no lo estaba, yo iba de seguro a volverme. ¡Yo estaba bien despierto, yo no soñaba, y sin embargo vi, sí, yo vi, con mis propios

ojos, en aquel instante cómo la corona nupcial se alzaba del almohadón sobre el que estaba colocada, sin que fuera posible descubrir la mano que la sostenía, y atravesar el salón y la galería luego y desaparecer entre los macizos del jardín!

—¡Esto es demasiado! —gritó el capitán Haralan, que salió rápidamente del salón, atravesó como una tromba el vestíbulo y se lanzó por el bulevar Tekeli.

Yo me precipité en su seguimiento.

Uno tras otro corrimos hacia la casa de Wilhelm Storitz, una de cuyas ventanas continuaba brillando débilmente en lo alto, en el pabellón de la terraza, en medio de la noche. El capitán, asiendo la puerta de la verja, la sacudió rudamente. Sin darme perfecta cuenta de lo que hacía, uní a los suyos mis esfuerzos. Pero la puerta era sólida y nuestros esfuerzos aunados fueron estériles.

Pasados algunos minutos nos habíamos agotado en vano. Nuestra rabia fue aumentando en proporciones considerables, quitándonos el poco juicio que nos quedaba.

De súbito, la puerta giró sordamente sobre sus goznes...

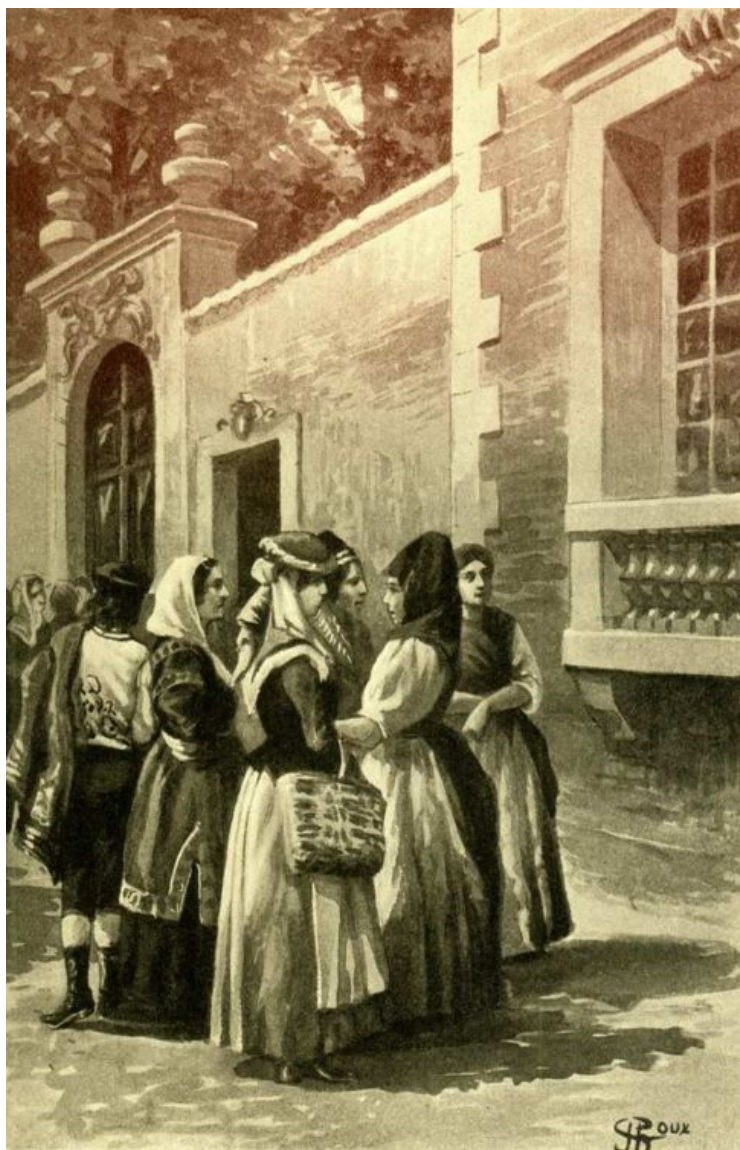
El capitán Haralan se había equivocado evidentemente al acusar a Wilhelm Storitz. Wilhelm Storitz no había dejado su morada, puesto que era él mismo quien nos abría la puerta, puesto que él en persona estaba frente a nosotros.

CAPÍTULO VIII

Desde las primeras horas del día, la noticia de los incidentes de que la mansión Roderich acababa de ser teatro se extendió por toda la ciudad. Al principio, como yo me figuraba, el público no quería admitir que aquellos fenómenos fueran naturales. Sin embargo, lo eran: no podían menos de serlo; ahora, en cuanto a dar de ellos una explicación aceptable, ya era otra cosa.

No juzgo necesario advertir que la velada acabó con la escena que he referido. Marcos y Myra parecían desolados. Aquel ramo de esponsales pisoteado, desgarrado y roto el contrato y robada aquella corona nupcial a nuestra vista... ¡Qué augurio tan desfavorable en la víspera de la boda!

Durante el día que siguió, numerosos grupos se estacionaron ante la mansión Roderich, bajo las ventanas de la planta baja, que no habían vuelto a abrirse. La gente del pueblo, mujeres en su mayor parte, afluían al muelle Batthyani.



En aquellos grupos se charlaba y comentaban los sucesos con gran animación. Unos acariciaban las ideas más extravagantes, en tanto que los otros se contentaban con lanzar inquietas miradas a la mansión Roderich.

Ni la señora Roderich ni su hija habían salido aquella mañana, según acostumbraban. Myra se había quedado al lado de su madre,

sumamente impresionada por las escenas de la víspera, y necesitada de descanso.

A las ocho abrió Marcos la puerta de mi habitación. Llevaba en su compañía al doctor y al capitán Haralan. Teníamos que cambiar impresiones, y tal vez adoptar algunas medidas urgentes, y era preferible que esta conversación no tuviera lugar en la mansión Roderich. Mi hermano y yo habíamos regresado a altas horas de la noche, y desde muy temprano había salido Marcos a interesarse por el estado de la señora Roderich y de su prometida.

Luego, y a propuesta suya, el doctor y Haralan se habían apresurado a seguirle.

La conversación se entabló en seguida.

—Enrique —me dijo Marcos—, he dado orden de no dejar subir a nadie. Aquí no se nos puede oír y estamos solos... completamente solos... en esta habitación.

¡En qué estado se encontraba mi hermano! Su rostro, radiante de ventura la víspera, estaba ahora mortecino y densamente pálido. Me pareció, en suma, más agobiado de lo que imponían las circunstancias.

El doctor Roderich hacía esfuerzos por contenerse, al revés de su hijo, que con los dientes apretados, la mirada extraviada, era presa de una cólera impotente.

Por mi parte, me prometí conservar toda mi sangre fría.

Mi primer cuidado fue informarme acerca de la señora Roderich y su hija.

—Una y otra —me respondió el doctor— se hallan fuertemente impresionadas por los incidentes de ayer, y necesitarán algunos días para reponerse. Myra, sin embargo, muy afectada al principio, ha apelado a toda su energía y se esfuerza en tranquilizar a su madre, más afectada que ella. Espero que el recuerdo de esa velada se borrará pronto de su espíritu, a menos que vuelvan a producirse esas deplorables escenas...

—¿Y por qué habrían de reproducirse? —dije yo—. No debe temerse eso, doctor. Las circunstancias en que se han producido esos fenómenos (¿puedo yo llamar de otro modo a lo que ha pasado?) no volverán a presentarse.

—¿Quién sabe —replicó el doctor Roderich—, quién sabe? Por eso deseo vivamente que la boda se realice, pues comienzo a creer

que las amenazas que se me dirigieron...

El doctor no terminó esta frase, cuyo sentido era muy comprensible para el capitán Haralan y para mí. En cuanto a Marcos, que no tenía aún noticia de las últimas tentativas de Wilhelm Storitz, pareció no entender de lo que se hablaba.

El capitán Haralan tenía su opinión, pero guardó absoluto silencio, esperando, sin duda, que yo hubiese dado mi parecer sobre los acontecimientos de la víspera.

—Señor Vidal —prosiguió diciendo el doctor Roderich— ¿qué piensa usted de todo esto?

Pensé que debía desempeñar el papel de un escéptico, que no quiere tomar en serio las cosas extrañas de que habíamos sido testigos. Era preferible afectar no ver en ello nada de singular y extraordinario, en razón de su misma inexplicabilidad. Pero, en realidad, la pregunta del doctor era bastante embarazosa para mí.

—Señor Roderich —dije—, se lo confieso: «todo esto», para servirme de su propia expresión, me parece no merecer que nos fijemos mucho tiempo en buscar su explicación; ¿qué otra cosa pensar si no es que todos nosotros hemos sido víctimas de un bromista de mal género? Un mistificador se deslizó entre los invitados y se ha permitido añadir a las distracciones del programa una escena de ventriloquia de un efecto deplorable... Usted sabe perfectamente con qué arte maravilloso se realizan hoy esos ejercicios.

El capitán Haralan se había vuelto hacia mí y me miraba fijamente, como para leer más adentro en mis pensamientos. Su mirada decía claramente:

—No estamos aquí para satisfacernos con explicaciones de ese género.

El doctor respondió:

—Me permitirá usted, señor Vidal, que no crea en nada de eso.

—Doctor —repliqué—, no acierto a imaginarme otra explicación... a menos de una intervención, que yo, por mi parte, rechazo... una intervención de índole sobrenatural...

—Natural —interrumpió el capitán Haralan—, pero debida a procedimientos cuyo secreto no poseemos nosotros.

—Sin embargo —insistí—, en lo que concierne a la voz oída ayer; y que era indudablemente una voz humana, ¿por qué no había

de ser un efecto de ventriloquia?

El doctor Roderich movía la cabeza, como hombre absolutamente refractario a semejante explicación.

—Lo repito —dije—, no es posible que un intruso haya penetrado en el salón con la intención de desafiar el sentimiento nacional de los magiares, de herir su patriotismo con ese *Canto del odio*, venido de Alemania.

Después de todo, esta hipótesis era plausible, desde el momento en que quería mantenerse dentro de los límites de los hechos puramente humanos. Pero aun admitiendo esa hipótesis, el doctor Roderich tenía una respuesta muy sencilla que dar, y la dio en estos términos:

—Si le concedo, señor Vidal, que un mistificador, y mejor un insultador, pudo introducirse en la casa, y que hemos sido testigos de una escena de ventriloquia —lo que no puedo en modo alguno creer— ¿qué dirá usted del ramo y del contrato desgarrados, de la corona arrebatada por una mano invisible?

La razón, en efecto, se resistía a creer que tales incidentes pudiesen atribuirse a un escamoteador, por hábil y diestro que fuera: y, sin embargo, ¡hay magos tan hábiles!

El capitán Haralan quiso remachar el clavo.

—Hable, mi querido Vidal, ¿es acaso su ventrílocuo de usted quien destruyó ese ramo, flor a flor, quien destruyó y desgarró ese contrato en mil pedazos, quien robó esa corona paseándola a través de los salones y llevándosela como un ladrón?

No contesté.

—¿Pretendería usted, por casualidad —añadió el capitán Haralan animándose—, que hayamos sido todos víctimas de una ilusión?

No, seguramente, la ilusión no era admisible, habiéndose verificado el hecho ante más de cien personas.

Tras algunos instantes de un silencio, que en manera alguna trataba yo de romper, el doctor Roderich dijo:

—Aceptemos las cosas tales como son y no intentemos engañarnos. Nos hallamos en presencia de hechos que parecen escapar a toda explicación natural y que, sin embargo, no pueden ser negados. No obstante, permaneciendo dentro de los dominios de lo real, veamos si alguien, no un bromista de mal género, sino un

enemigo, habrá querido, por venganza, turbar esa velada de esponsales.

Esto era, en suma, colocar la cuestión en su verdadero terreno.

—¿Un enemigo? —exclamó Marcos—. ¿Un enemigo de su familia o de la mía, señor Roderich? ¿Conoce usted alguno?

—Sí —afirmó el capitán Haralan—, el que antes que usted, Marcos, había pedido la mano de Myra.

—¿Wilhelm Storitz?

—Sí. Wilhelm Storitz.

Pusámosle entonces a Marcos al corriente de lo que aún ignoraba, refiriéndole el doctor la nueva tentativa que pocos días antes había hecho Wilhelm Storitz. Supo así mi hermano la contestación terminante y categórica del doctor Roderich, y después las amenazas proferidas por Wilhelm Storitz contra la familia, amenazas de naturaleza tal, que justificaban hasta cierto punto las sospechas que abrigábamos de que el alemán desdeñado hubiese tomado de alguna manera parte en las escenas de la víspera.

—¡Y nada me habían dicho ustedes de eso! —exclamó Marcos—. ¡Tan sólo hoy, cuando Myra está amenazada, es cuando me lo advierten!... Pues bien, corro al encuentro de Wilhelm Storitz, y yo sabré a qué atenerme.

—Déjenos a nosotros ese cuidado, Marcos. Ha sido la casa de mi padre la que se ha visto manchada con su presencia...

—¡Pero es mi prometida la que ha sido insultada! —respondió Marcos, que muy a duras penas podía contenerse.

Era evidente que la cólera les cegaba a ambos. Que Wilhelm Storitz hubiese tenido la intención de vengarse de la familia Roderich y que tratase de llevar a efecto sus amenazas, pase. Pero que hubiera intervenido en las escenas de la víspera, desempeñando personalmente algún papel, era del todo inadmisibile. No era con simples presunciones como podía acusársele y decirle: «Usted se encontraba ayer noche en la mansión Roderich en medio de los invitados; fue quien trató de insultarnos con el *Canto del odio*; usted, quien desgarró el contrato y el ramo de esponsales; y usted, por último, quien robó la corona nupcial». Nadie le había visto, nadie.

Por otra parte, ¿no le habíamos encontrado nosotros en su casa? ¿No había sido él mismo quien nos había abierto la puerta de la verja? Ciertamente que nos había hecho esperar bastante tiempo,

tiempo más que suficiente en todo caso para permitirle regresar de la mansión Roderich; pero ¿cómo admitir que hubiese podido hacer ese trayecto sin haber sido visto por el capitán Haralan o por mí?

Repetí todo esto e insistí para que Marcos y el capitán Haralan tuviesen en cuenta mis observaciones, cuya lógica no podía menos de reconocer el doctor Roderich. Pero ambos jóvenes se encontraban demasiado excitados para prestarme oídos, y uno y otro querían trasladarse inmediatamente a la casa del bulevar Tekeli.

Por fin, y tras una larga y empeñada discusión, hubo de adoptarse el único partido razonable: el partido que yo propuse en los siguientes términos:

—Amigos míos, vamos al ayuntamiento. Pongamos al jefe de policía al corriente del asunto, si es que no lo está ya; démosle cuenta de la situación en que ese alemán se encuentra respecto de la familia Roderich, y qué clase de amenazas ha proferido contra Marcos y su prometida. Demos a conocer las presunciones que pesan sobre él, y hasta declaremos que tiene la pretensión de disponer de medios que pueden desafiar todo poder humano, quizá bravata pura, por supuesto. Al jefe de policía corresponderá el ver si pueden adoptarse algunas medidas contra ese extranjero.

¿No era esto lo mejor que se podía hacer, y hasta si se quiere lo único que en aquellas circunstancias podía hacerse?

La policía puede intervenir de un modo más eficaz que los particulares; si el capitán Haralan y Marcos se hubieran dirigido a la casa de Wilhelm Storitz, tal vez no se habría abierto la puerta ante ellos. ¿Iban a intentar penetrar a la fuerza? ¿Con qué derecho? Pero ese derecho poseíalo la policía. A ella, pues, y sólo a ella procedía que nos dirigiésemos.

De acuerdo sobre este punto, se decidió que Marcos volviese a la mansión Roderich, mientras el doctor, el capitán Haralan y yo íbamos al ayuntamiento.

Eran entonces las diez y media. Todo Ragz, según ya dije, conocía a la sazón los incidentes de la víspera. Al ver, pues, al doctor y a su hijo dirigirse al ayuntamiento, fácil era adivinar los motivos que allí les conducían.

Cuando hubimos llegado, el doctor se hizo anunciar al director de policía, quien dio la orden de que se nos introdujera

inmediatamente en su despacho.

El señor Henrich Stepark era un hombre de pequeña estatura, de rostro enérgico, mirada interrogadora, de una perspicacia y de una inteligencia notables y de espíritu práctico y golpe de vista seguro. En diversas ocasiones había dado pruebas de gran habilidad. Todo lo que fuera posible hacer para esclarecer aquella historia de la mansión Roderich se podía tener la seguridad de que lo haría. Pero ¿podía intervenir útilmente en circunstancias tan particulares que llegaban a traspasar los límites de la verosimilitud?

El jefe de policía estaba al tanto, como todo el mundo, de los detalles de aquel asunto, excepción hecha, claro está, de aquello que no era conocido sino del doctor, del capitán Haralan y de mí.

—Esperaba su visita, señor Roderich —dijo después de los primeros cumplidos—, y si usted no hubiera venido a mi despacho hubiera ido yo a su casa; supe anoche mismo que en su casa habían pasado cosas extrañas y por qué sus invitados habían experimentado un terror bastante natural, al fin y al cabo; añadiré que ese terror se ha corrido por toda la población, y se me figura que Ragz tardará algún tiempo en recobrar la tranquilidad.

Comprendimos por estas frases que lo más sencillo era esperar con calma las preguntas del señor Stepark.

—Le preguntaré, en primer término, señor doctor, si ha incurrido usted en el odio de alguien y si cree que a consecuencia de semejante odio ha podido ejercerse una venganza contra su familia, y precisamente a propósito del matrimonio proyectado entre la señorita Myra Roderich y el señor Marcos Vidal.

—Así lo creo —respondió el doctor.

—¿Y de quién se trata?

—De un individuo llamado Wilhelm Storitz.

El capitán Haralan fue quien pronunció este nombre; el jefe de policía no pareció experimentar la menor sorpresa.

El doctor informó entonces al señor Stepark de que Wilhelm Storitz había pedido la mano de Myra Roderich, que había renovado su petición, y que tras una nueva negativa había amenazado con impedir la boda, valiéndose de medios que desafiaban todo poder humano.



—Sí, sí —dijo el señor Stepark—, y comenzó rompiendo el anuncio del matrimonio sin que hubiera sido posible descubrirle.

Todos nosotros fuimos de esta opinión.

Nuestra unanimidad, con todo, no hacía que el fenómeno pudiese ser explicado, a menos de atribuirlo a alguna hechicería. Pero la policía se mueve en el dominio de la realidad. No tiene

costumbre de detener a espectros o fantasmas, sino a gentes de carne y hueso. El que arrancó el anuncio, el destructor del ramo y el ladrón de la corona era y tenía que ser un individuo humano perfectamente apresable; no había más que apresarle.

El señor Stepark reconoció lo bien fundado de nuestras sospechas y de las presunciones que se alzaban contra Wilhelm Storitz.

—Ese individuo —dijo— me ha parecido siempre sospechoso, aun cuando jamás haya recibido queja ninguna contra él. Su existencia es misteriosa. No se sabe ni cómo vive ni de qué vive; ¿por qué abandonó Spremberg, su ciudad natal? ¿Por qué él, un prusiano de la Prusia meridional, ha venido a establecerse en este país magiar, tan poco simpático a sus compatriotas? ¿Por qué se ha encerrado con un anciano criado en esa casa del bulevar Tekeli, donde nadie penetra nunca? Lo repito, todo eso me parece sospechoso... muy sospechoso...

—¿Qué piensa usted hacer, señor Stepark? —preguntó el capitán Haralan.

—Lo que se halla perfectamente indicado —respondió el jefe de policía— es llevar a cabo una pesquisa en esa casa, donde tal vez encontremos algún documento, algún indicio...

—Pero para esas pesquisas —preguntó el doctor Roderich— ¿no necesitará usted una autorización del gobernador?

—Se trata de un extranjero y de un extranjero que ha dirigido amenazas a su familia. Su Excelencia concederá esa autorización, no lo dude usted.

—El gobernador —hice yo observar— se encontraba ayer en la velada de esponsales.

—Lo sé, señor Vidal, y ya me ha hecho llamar a propósito de los extraños hechos de que pudo ser testigo.

—¿Se lo explicaba? —preguntó el doctor.

—No, no hallaba ninguna explicación razonable.

—Pero —dije yo— cuando sepa que Wilhelm Storitz está mezclado en este asunto...

—No sentirá sino más vehementes deseos de esclarecerlo —respondió el señor Stepark—. Tengan la bondad de esperarme, señores; voy directamente al palacio y antes de media hora traeré conmigo la autorización para llevar a cabo las pesquisas necesarias

en la casa del bulevar Tekeli.

—Adonde nosotros le acompañaremos —dijo el capitán Haralan.

—Si así lo desea usted, capitán, y usted, señor Vidal —manifestó el jefe de policía.

—Yo —dijo el doctor Roderich— dejaré a ustedes con el señor Stepark y sus agentes; tengo prisa por volverme a casa, donde les aguardaré para cuando terminen el registro.

—Y después de que hayamos arrestado al individuo, si a ello hubiere lugar —declaró el señor Stepark, que me pareció decidido a llevar adelante el asunto con toda celeridad.

Partió éste para el palacio del gobernador y el doctor salió al mismo tiempo que él, dirigiéndose a casa, donde iríamos a encontrarle.

El capitán Haralan y yo nos quedamos en el despacho del jefe de policía haciendo comentarios acerca de los sucesos que nos preocupaban. Íbamos por fin a franquear las puertas de aquella casa... ¿Se encontraría en ella su propietario en aquel momento?... Preguntábame yo, inquieto, si el capitán Haralan podría contenerse cuando nos hallásemos en presencia de Wilhelm Storitz.

Tras una media hora de ausencia regresó el señor Stepark con la autorización para proceder al registro y adoptar todas aquellas medidas que le pareciesen necesarias.

—Ahora, señores —nos dijo—, tengan la bondad de salir antes que yo. Yo iré por un lado y mis agentes por otro, y dentro de veinte minutos nos encontraremos en casa de Storitz. ¿Convenido?

—Convenido —respondió el capitán Haralan.

Y ambos, saliendo del ayuntamiento, bajamos hacia el muelle Batthyani.

CAPÍTULO IX

La dirección tomada por el señor Stepark le hacía pasar por el norte de la ciudad, en tanto que sus agentes, de dos en dos, atravesaban los barrios del centro; el capitán Haralan y yo, después de haber llegado a la extremidad de la calle Esteban I, seguimos el muelle a lo largo del Danubio.

Era un día nublado. Nubosidades grises e hinchadas venían rápidamente desde el este, bajo la fresca brisa; los embarcaderos producían fuertes bandas de espuma al cruzar las aguas amarillentas del río. Parejas de cigüeñas y de grullas, haciendo frente al viento, lanzaban agudos gritos. No llovía, pero los altos vapores amenazaban con disolverse en tormenta torrencial.

Excepto en el barrio comercial, lleno a aquella hora de gente, los transeúntes eran muy raros. Sin embargo, si el jefe de policía y sus agentes hubiesen venido con nosotros, no habríamos dejado de llamar la atención, y era preferible habernos separado al salir del ayuntamiento.

El capitán Haralan continuaba guardando silencio, y yo abrigando temores de que no fuera dueño de sí y que se entregase a algún acto de violencia al encontrarse con Wilhelm Storitz. Así es que llegaba casi a lamentar que el señor Stepark nos hubiese permitido acompañarle.

Un cuarto de hora nos bastó para llegar al ángulo ocupado por la casa de Roderich al extremo del muelle Batthyani. Ninguna de las ventanas de la planta baja se había abierto aún, así como tampoco las de las habitaciones de la señora Roderich y de su hija, ¡qué contraste con la animación de la víspera!

El capitán Haralan se detuvo y sus miradas se fijaron un instante sobre aquellas persianas corridas. Un suspiro se escapó de su pecho

y su mano bosquejó un gesto de amenaza, pero sin pronunciar una palabra.

Dada la vuelta al ángulo de la casa, subimos por el bulevar Tekeli y vinimos a hacer alto cerca de la casa de Storitz.

Un hombre paseaba ante la puerta con las manos en los bolsillos, como un indiferente. Era el jefe de policía. El capitán Haralan y yo nos unimos a él, según lo acordado.

Casi en seguida aparecieron seis agentes en traje de paisano, quienes, a una señal de su jefe, se alinearon a lo largo de la verja. Con ellos venía un cerrajero, llamado para el caso de que fuera menester descerrajar la puerta.

Las ventanas de la casa de Wilhelm Storitz estaban cerradas, como de costumbre. Las cortinas del pabellón superior estaban corridas y dejaban opacos los vidrios.

—No hay nadie, sin duda —dije yo al señor Stepark.

—Vamos a saberlo —me respondió—, pero me sorprendería que la casa estuviera vacía. Vea usted a la izquierda el humo que se escapa de aquella chimenea.

Un hilo, en efecto, de vapor fuliginoso se elevaba por encima del techo.

—Si el amo no está en su casa —agregó el jefe de policía—, es probable que esté el criado, y para abrirnos la puerta poco importa que sea el uno o el otro.

Por lo que a mí hace, y teniendo en cuenta la presencia del capitán Haralan, habría preferido que Wilhelm Storitz estuviese ausente, y hasta que hubiera abandonado Ragz.

El jefe de policía tiró del llamador, y aguardamos a que alguien se presentase, o que se nos abriera la puerta desde el interior.

Un minuto transcurrió... Nadie... Segunda llamada...

—Tienen el oído duro en esta casa —observó el señor Stepark.

Luego, volviéndose hacia el cerrajero:

—Abra usted —le dijo.

El cerrajero eligió un instrumento de los que en prevención llevaba y la puerta cedió sin dificultad ante la ganzúa.

El jefe de policía, el capitán Haralan y yo penetramos en el patio. Cuatro de los agentes nos acompañaban, mientras que los otros dos permanecían en el exterior.

Al fondo, una gradería de tres peldaños daba acceso a la puerta

de entrada de la casa, cerrada como la de la verja.

El señor Stepark llamó dos veces con su bastón.

Nadie le contestó y ningún ruido se dejó oír en el interior de la morada.

El cerrajero subió los tres escalones de la gradería e introdujo una de sus llaves en la cerradura; posible era que ésta estuviese cerrada con muchas vueltas y hasta que se hubieran echado por dentro los cerrojos, si es que Wilhelm Storitz, habiendo visto a los agentes, trataba de impedirles la entrada.

No fue así; la llave funcionó perfectamente y la puerta quedó en seguida abierta ante nosotros.

—Entremos —dijo el señor Stepark.

El corredor aparecía iluminado a la vez por la imposta enrejada de encima de la puerta de entrada y allá, en el fondo, por los cristales de una segunda puerta, que daba acceso al jardín.

El jefe de policía dio algunos pasos por el corredor y gritó con voz fuerte:

—¿Hay alguien aquí?

No hubo respuesta ni aun después de haber proferido el grito por segunda vez. Ningún rumor se percibía en el interior de aquella casa. Apenas si, prestando atento oído y aplicando toda nuestra atención, pudimos percibir algo así como un frotamiento en una de las habitaciones laterales... Pero aquello era, sin duda, una ilusión.

El señor Stepark avanzó hasta el fondo del corredor; yo marchaba tras él y el capitán Haralan iba en pos de mí.

Uno de los agentes había quedado de guardia en la escalinata de la entrada.

Abierta la puerta pudimos, con una sola mirada, recorrer el jardín entero. Encerrado entre muros debía de ocupar una superficie de dos a tres mil toesas. Un césped, que no había sido cortado en mucho tiempo, con altas hierbas medio mustias, ocupaba el centro. En torno corría un sendero sinuoso bordeado de arbustos espesos. Más allá de los arbustos se veían altos árboles, sin duda plantados junto a los muros, y cuyas altas copas debían dominar el parapeto de las fortificaciones.

Todo denotaba claramente la incuria y el abandono.

El jardín fue visitado. Los agentes no descubrieron a nadie, a pesar de que los paseos estuvieran marcados con huellas de pasos

recientes.

Las ventanas de la casa que daban a este lado estaban cerradas con contraventanas, a excepción de la última del primer piso, que daba luz a la escalera.

—Esas gentes —dijo el jefe de policía— no debían de tardar en volver a casa, toda vez que la puerta estaba cerrada con una sola vuelta de llave... a menos que hayan tenido aviso y se hayan escapado.

—¿Cree usted que hayan podido ellos saber...? —repliqué—. No, yo creo más bien que van a regresar de un momento a otro.

El señor Stepark movió la cabeza con aire de duda.

—Por otra parte, ese humo que se escapa de una de las chimeneas demuestra que hay fuego en alguna parte.

—Busquemos el fuego —respondió el jefe de policía.

Después de haber comprobado que el jardín estaba desierto, lo mismo que el patio, y que nadie podía estar oculto, el señor Stepark nos rogó que volviésemos a entrar en la casa, y la puerta del corredor fue cerrada detrás de nosotros.

A aquel corredor daban cuatro piezas. De una de ellas, del lado del jardín, se había hecho la cocina. Otra no era, en realidad, más que la caja de la escalera que subía al primer piso y de allí al desván.

Las pesquisas comenzaron por la cocina. Uno de los agentes abrió las ventanas y contraventanas, atravesadas por una estrecha abertura en forma de rombo, de modo que sólo penetraba muy escasa luz.

Nada más rudimentario, nada más sencillo que el mobiliario de aquella cocina: un hornillo con amplia chimenea; a cada lado un armario, una mesa en medio, dos sillas de paja y dos escabeles de madera, diversos utensilios colgados en las paredes y, en un ángulo, un reloj de pared de

tic-tac

regular, y cuyas pesas indicaban que se le había dado cuerda la víspera. En el hornillo ardían aún algunos trozos de carbón, que producían el humo que se veía desde el exterior.

—He aquí la cocina —dije yo— pero ¿y el cocinero?

—¿Y su amo? —añadió el capitán Haralan.

—Prosigamos nuestras pesquisas —respondió el señor Stepark.

Las otras dos habitaciones de la planta baja, que recibían la luz del patio, fueron visitadas sucesivamente. Una de ellas, el salón, tenía muebles antiguos y viejas tapicerías de origen alemán muy usadas; sobre la repisa de la chimenea con parrilla de hierro, un reloj de bastante mal gusto; sus agujas paradas y el polvo acumulado sobre la esfera indicaban que no estaba en uso hacía mucho tiempo. En uno de los testers, frente a la ventana, estaba colgado un retrato en su marco oval con este nombre en una cartulina: «Otto Storitz».

Contemplamos aquel cuadro, de dibujo vigoroso y de colores fuertes, firmado por un artista desconocido, una verdadera obra de arte.

El capitán Haralan no podía separar sus miradas de aquel lienzo.



Por lo que a mí respecta, la figura de Otto Storitz me producía una impresión profunda; ¿dependería esta impresión del estado en que mi espíritu se encontraba?... ¿Sufiría yo, a mi pesar, y sin darme cuenta, la influencia del medio? Lo que quiera que fuese, allí, en aquel salón abandonado, aparecíase me el sabio como un ser fantástico. Antojábaseme que el retrato estaba vivo, con su cabeza

poderosa, su pelo corto, frente desmesurada, ojos como brasas, boca con labios estremecidos que iba a lanzarse fuera del marco y a gritar con una voz procedente del otro mundo:

—¿Qué hacéis aquí?... ¡Cuánta es vuestra audacia viniendo a turbar mi reposo!

La ventana del salón, con las persianas corridas, dejaba filtrarse alguna luz; no había sido menester abrirla, y en aquella relativa penumbra tal vez ganase el retrato en extrañeza y contribuyese a impresionarnos más.

El jefe de policía pareció sorprendido de la semejanza que existía entre Otto y Wilhelm Storitz.

—Teniendo en cuenta la diferencia de edad —hízome observar—, este retrato lo mismo podría ser el del padre que el del hijo; son los mismos ojos, la misma frente, la misma cabeza colocada sobre amplios hombros; ¡y esa fisonomía diabólica!... Se siente uno tentado a exorcizarles tanto al uno como al otro.

—Sí —repliqué—, la semejanza es sorprendente.

El capitán Haralan parecía clavado en el suelo ante aquel lienzo, como si el original se hubiera encontrado delante de él.

—¿Viene usted, capitán? —le dije.

De este salón pasamos a la habitación próxima, atravesando el corredor.

Era ésta el gabinete de trabajo, sumamente desordenado. Varios estantes de madera blanca atestados de libros, sin encuadernar la mayor parte, obras de matemáticas, de química y de física principalmente. En uno de los rincones, multitud de instrumentos, aparatos, máquinas, un horno portátil, retortas y alambiques, diversos ejemplares de metales, algunos de ellos desconocidos para mí, a pesar de ser ingeniero.

En medio de la habitación, sobre una mesa cargada de papeles y de objetos de escritorio, tres o cuatro volúmenes de las obras completas de Otto Storitz. Al lado de esos volúmenes, un manuscrito; inclinándome, pude cerciorarme de que ese manuscrito, firmado igualmente por ese nombre célebre, era un estudio relativo a la luz.

Papeles, libros y manuscritos fueron recogidos y sellados.

Las investigaciones hechas en este despacho no dieron ningún otro resultado que pudiera servirnos de algo; íbamos, pues, a salir,

cuando el señor Stepark vio sobre la chimenea una redoma de forma extraña, de vidrio azulado.

Fuese por obedecer a un sentimiento de curiosidad o fuese por ceder a sus instintos de policía, el señor Stepark adelantó la mano para coger aquella redoma, con objeto de examinarla más de cerca. Pero es de presumir que hizo un falso movimiento, porque la redoma, que estaba colocada al borde de la chimenea, cayó en el momento de ir a cogerla y se hizo pedazos contra el suelo.

Un líquido muy fluido, de color amarillento, se escapó de ella. Sumamente volátil, redujose en seguida a vapor de un olor muy singular, que no habría podido comparar yo a ningún otro, pero débil al fin y al cabo, ya que nuestro olfato apenas si fue afectado.

—A fe mía —dijo el señor Stepark—, esa redoma se cayó a propósito.

—Sin duda —dije yo— contenía alguna composición inventada por Otto Storitz.

—Su hijo debe de tener la fórmula y podrá volverla a hacer —respondió el señor Stepark.

Luego, dirigiéndose hacia la puerta.

—Al primer piso —dijo, tras recomendar a dos de sus agentes que permaneciesen en el corredor.

En el fondo, frente a la cocina, se encontraba la caja de una escalera de madera, cuyos peldaños crujían bajo nuestros pies.

Al rellano se abrían dos cuartos contiguos, cuyas puertas no estaban cerradas con llave, bastaba alzar el picaporte para penetrar en ellos.

La primera de esas habitaciones, que correspondía al salón de la planta baja, debía de ser la alcoba de Wilhelm Storitz. No contenía sino una cama de hierro, una mesa de noche, un armario de roble para ropa blanca, un tocador, un canapé, un sillón de terciopelo y dos sillas. No había cortinajes en el lecho, ni cortinas o visillos en las ventanas; un mobiliario, en suma, reducido a lo puramente estricto y necesario. Ningún papel ni sobre la chimenea ni sobre una mesita redonda colocada en uno de los ángulos.

La cama estaba deshecha, pero no podíamos sino suponer que había estado ocupada durante la pasada noche.

Aproximándose al lavabo el señor Stepark, observó que el cubo contenía agua con algunas pompas de jabón en su superficie.

—Suponiendo —dijo— que hubiesen transcurrido veinticuatro horas desde que se sirvieron de esta agua, las pompas jabonosas estarían disueltas; de lo cual infiero que nuestro hombre ha hecho aquí mismo sus abluciones esta mañana, antes de salir.

—De modo que es posible que regrese, a menos que llegue a descubrir a los agentes.

—Si él descubre a mis agentes, mis agentes le descubrirán a él y tienen orden de conducirlo a mi presencia; pero no creo que se deje prender.

En aquel momento se oyó un ruido especial, como si alguien se deslizase con precaución sobre el suelo de madera mal asegurado. El ruido parecía proceder de la habitación de al lado, que estaba encima del despacho.

Había una puerta de comunicación entre la alcoba y esta pieza, lo que evitaba el tener que volver al rellano para pasar de una a otra.

Antes que el jefe de policía, el capitán Haralan se lanzó de un salto hacia aquella puerta: la abrió bruscamente.

Mas sin duda nos habíamos engañado. No había nadie allí.

Era posible, después de todo, que aquel ruido hubiese venido del piso superior, es decir, de la buhardilla, por la que se salía a la terraza.

La segunda habitación en que penetramos estaba amueblada con más sencillez aún que la primera y tampoco descubrimos en ella el menor indicio que pudiera servirnos de algo para orientarnos.

Esta habitación era, indudablemente, la del viejo criado Hermann.

El jefe de policía tenía, por otra parte, noticia, por los informes de sus agentes, de que si bien la ventana de la primera alcoba que visitamos se abría algunas veces para la ventilación, la de la segunda alcoba, que daba también al patio, permanecía invariablemente cerrada; pudimos comprobar nosotros materialmente esta observación examinando el estado en que se hallaban las ventanas y las persianas.

En todo caso la alcoba estaba vacía, y si ocurría lo mismo con la buhardilla, la terraza y la cueva, situada bajo la cocina, era que decididamente el amo y el criado habían abandonado la casa, y tal vez con la intención de no volver a ella.

—¿No admite usted —pregunté al señor Stepark— que Wilhelm Storitz haya podido estar informado de este registro?

—No, a menos que estuviera oculto en mi despacho, señor Vidal, o en el de su excelencia cuando hablamos de este asunto.

—Es posible que nos hayan descubierto al llegar al bulevar Tekeli.

—Sea; pero ¿cómo salieron?

—Saliendo al campo por la parte posterior.

—No tuvieron tiempo para saltar el muro del jardín, que es bastante elevado; además, del lado de allá del jardín se encuentra el foso de las fortificaciones, que no puede franquearse.

La opinión, pues, del jefe de policía era que Wilhelm Storitz y Hermann se hallaban fuera de la casa cuando penetramos en ella.

Salimos de esta última habitación por la puerta del rellano; en el instante preciso en que poníamos el pie en el primer escalón para subir al segundo piso, oímos de pronto que la escalera que unía el primer piso con la planta baja crujía fuertemente, como si alguien la hubiese subido o bajado a pasos rápidos. Casi en seguida se percibió el ruido de una caída, seguido de un grito de dolor.

Nos inclinamos sobre el pasamanos y vimos a uno de los agentes que habían quedado vigilando en el corredor, que se levantaba apretándose el costado.

—¿Qué ocurre, Ludwig? —preguntó el señor Stepark.

Explicóse el agente diciendo que se encontraba de pie sobre el segundo peldaño de la escalera cuando su atención había sido atraída por el ruido que se produjo en ella, y que nosotros habíamos también percibido. Volvióse entonces bruscamente para reconocer la causa del ruido y es de suponer que había calculado mal sus movimiento, porque resbalando a un tiempo sus dos talones había caído de espaldas, con gran daño de sus riñones. Aquel hombre no podía explicarse su caída. Juraría que le habían tirado o empujado los pies para hacerle perder el equilibrio. Pero esto no era admisible, toda vez que se encontraba solo en la planta baja con su colega, que se había quedado de vigilancia en la puerta principal que daba al patio.



—¡Hum! —Hizo el señor Stepark con aire de preocupación.
En un minuto llegamos al segundo piso.

Este piso estaba formado sólo por el desván, que se extendía de un extremo a otro, y que estaba iluminado por algunas pequeñas claraboyas abiertas en el techo, siéndonos fácil comprobar, con una sola mirada, que nadie se había refugiado allí.

En el centro, una escalerilla en bastante mal estado conducía al pabellón superior que se avanzaba por una especie de trampa que basculaba por medio de un contrapeso.

—Esta trampa está abierta —hice yo observar al jefe de policía, que había puesto ya un pie sobre la escalera.

—En efecto, señor Vidal, y por ahí viene una corriente de aire, que es indudablemente lo que ha producido el ruido que oímos; la brisa es fuerte hoy y la veleta chirría al extremo del tejado.

—Sin embargo —respondí yo—, se diría que era un ruido de pasos.

—Pero ¿quién habría de producirlos, si no hay nadie?

—A menos que allá arriba...

—¿En ese nicho aéreo?...

El capitán Haralan escuchaba las frases que se cambiaban entre el jefe de policía y yo, contentándose con decir, indicando la terraza:

—Subamos.

El señor Stepark subió primero, ayudándose de una maroma, que hacía oficio de pasamanos.

El capitán Haralan y yo en seguida nos encaramamos en pos de él; era probable que tres personas bastasen para llenar aquel estrecho espacio.

Era, en efecto, una especie de caja de ocho pies cuadrados de superficie y de unos diez de altura.

Estaba bastante oscura, a pesar de que quitaba un espacio acristalado entre los montantes sólidamente encastrados en las vigas maestras.

La oscuridad procedía de unas espesas cortinas de lana debidamente corridas, tal como habíamos notado desde el exterior. Tan pronto fueron descorridas, la luz penetró a raudales a través del acristalamiento.

Por las cuatro caras del pabellón podía recorrer la mirada todo el horizonte de Ragz. Nada impedía que la vista pudiera extenderse por todos lados con más amplitud que desde la mansión Roderich, aun cuando con menos que desde la torre de San Miguel y desde la torre de homenaje del Castillo.

Desde allí volví a ver yo el Danubio al extremo del bulevar y la ciudad, desarrollándose hacia el sur, dominada por la atalaya del

ayuntamiento, por la aguja de la catedral y por la torre de la colina de Wolkang, y alrededor las vastas praderas de la *puszta* bordeada por las lejanas montañas.

Me apresuraré a decir que en el pabellón sucedió lo mismo que había acontecido en las restantes dependencias de la casa. No se encontró a nadie. Era menester que el señor Stepark tomase decisiones; aquella tentativa de la policía no obtendría ningún resultado, y nada se sabría de los misterios de la casa de Storitz.

Había pensado yo que aquel pabellón serviría para observaciones astronómicas y que contendría aparatos para el estudio del cielo. Error. Por todo mobiliario, una mesa y una silla de madera.

Encima de la mesa había algunos papeles, y entre otros, un número del periódico que me había informado en Budapest del próximo aniversario de Otto Storitz; aquellos papeles fueron recogidos como los precedentes.

Sin duda era aquí donde Wilhelm Storitz descansaba al salir de su despacho, o mejor dicho de su laboratorio; en todo caso había leído aquel artículo que estaba marcado por su mano, evidentemente, con una cruz hecha con lápiz rojo.

De pronto se dejó oír una violenta exclamación, una exclamación de cólera y sorpresa.

El capitán había descubierto sobre una mesita fija en un rincón una caja de cartón, que acababa de abrir...

Y, ¿qué había sacado de aquella caja?

¡La corona nupcial robada la noche de los esponsales en la mansión Roderich!

CAPÍTULO X

Así pues, no podía abrigarse ninguna duda acerca de la intervención de Wilhelm Storitz en los acontecimientos de la mansión Roderich.

Nos encontrábamos en posesión de una prueba material y no nos veíamos ya reducidos a simples presunciones. Que el culpable fuese él mismo o que hubiese sido otro, el hecho, en todo caso, era que aquel extraño robo se había cometido en beneficio suyo, si bien no podíamos comprender el móvil ni explicarnos su producción.

—¿Continuará usted dudando ahora, mi querido Vidal? — exclamó el capitán Haralan, cuya voz estaba trémula por la cólera.

El señor Stepark guardaba silencio. En aquel extraño asunto quedaba todavía mucho sin conocer. Si bien era cierto que la culpabilidad de Wilhelm Storitz resultaba evidente e incontestable, no era menos cierto que se desconocían los medios de que se había servido, y no se sabía si podríamos llegar a conocerlos algún día.

Por lo que a mí hace, no contestaré a la interpelación directa que el capitán Haralan me había dirigido. ¿Qué hubiera podido contestarle?...

—¿No es ese miserable —continuó— el que fue a insultarnos, lanzándonos al rostro ese *Canto del odio*, como un ultraje al patriotismo magiar? ¡Usted no le vio, cierto, pero le oyó!... Estaba allí, aun cuando se escapa a nuestras miradas... ¡En cuanto a esta corona, manchada con el contacto de su mano, no quiero que subsista de ella ni una hoja!

El señor Stepark le detuvo en el momento de ir a desgarrarla.



—No olvide usted que eso constituye una pieza de convicción y que puede servir si, como creo, el asunto tiene consecuencias.

El capitán Haralan le entregó la corona y todos bajamos la escalera después de haber visitado por última vez, y sin ningún resultado, las habitaciones todas de la casa.

Se cerraron nuevamente con llave las puertas de la casa y de la

verja, se colocaron los sellos, y la morada quedó sumida en el abandono en que la habíamos encontrado. Sin embargo, dos agentes permanecieron, por orden de su jefe, vigilando en los alrededores.

Después de despedirnos del señor Stepark, que nos rogó guardásemos el mayor secreto acerca del resultado del registro, el capitán Haralan y yo nos dirigimos a la mansión Roderich, siguiendo el bulevar.

Mi compañero no podía contenerse, y su cólera se desbordaba en frases y gestos de extrema violencia. En vano habría intentado yo calmarle. Esperaba, por lo demás, que Wilhelm Storitz hubiese abandonado o abandonara pronto la ciudad, cuando tuviera conocimiento de que su casa había sido registrada y que la policía poseía la prueba del papel que había él desempeñado en aquel asunto.

Así fue que me contenté con decirle:

—Mi querido Haralan, comprendo, y me explico, su cólera, y concibo perfectamente que no quiera usted dejar impunes esos insultos, pero no olvide que el señor Stepark nos ha encargado guardar el secreto.

—¿Y mi padre?... ¿Y Marcos?... ¿No vamos a informarles del resultado del registro?

—Indudablemente, pero creo que debemos limitarnos a indicarles sencillamente que no hemos podido encontrar a Wilhelm Storitz y que no debe hallarse en Ragz, cosa que, entre paréntesis, me parece probable.

—¿Y no les diremos que la corona fue encontrada en su casa?

—Sí, es preferible que lo sepan. Pero me parece inútil hablar de ello a su madre y a su hermana. ¿Por qué aumentar sus inquietudes? Yo en su lugar diría que la corona había sido encontrada en el jardín de la casa, y se la devolvería a su hermana tranquilamente.

Pese a su repugnancia, el capitán Haralan convino en que tenía razón, y que yo iría a buscar la corona a casa del señor Stepark, que no se negaría, seguramente, a dármela.

Tenía, con todo, gran prisa por volver a ver a mi hermano, y tenía, sobre todo, prisa por que su boda se realizara cuanto antes.

Al llegar a la casa, el criado nos introdujo en el despacho del doctor, donde éste nos aguardaba en compañía de Marcos. La

impaciencia de ambos era, naturalmente, grande, y nos abrumaron a preguntas antes aun de que hubiéramos franqueado la puerta.

¡Cuáles fueron su sorpresa y su indignación al escuchar el relato de lo que acababa de pasar en el bulevar Tekeli! Mi hermano no podía contenerse. Del mismo modo que el capitán Haralan, quería castigar a Wilhelm Storitz antes de que la justicia hubiese intervenido. En vano le objetaba yo que su enemigo, de fijo, había dejado la ciudad.

—¡Sí no está en Ragz —decía— está en Spremberg!

Mucho me costaba moderar sus arrebatos de ira, y fue preciso que el doctor Roderich uniese sus instancias a las mías.

—Mi querido Marcos —dijo el doctor—, atienda los consejos y advertencias de su hermano y dejemos extinguirse por sí mismo este asunto, tan molesto para mi familia; el silencio es lo mejor para que todo ello se olvide.

Mi hermano, con la cabeza entre las manos, causaba pena. Podía sentir cuánto estaba sufriendo. ¡Qué no habría dado yo por ser ya unos días más viejo, para que Myra Roderich fuera ya Myra Vidal!

El doctor añadió que vería al gobernador de Ragz. Wilhelm Storitz era extranjero y su excelencia no vacilaría en dictar un decreto de expulsión contra él. Lo que urgía era impedir que pudieran renovarse los hechos de que había sido teatro la mansión Roderich, aun cuando hubiéramos de renunciar a dar de ellos una explicación satisfactoria. En cuanto a creer que Wilhelm Storitz poseyese, como se había alabado de poseer, un poder sobrehumano, nadie podía admitirlo.

En lo que concernía a la señora Roderich y su hija, hice yo valer las razones que, a mi juicio, aconsejaban un silencio absoluto. No debían saber ni que hubiese intervenido la policía ni que se había desenmascarado a Wilhelm Storitz.

Mi proposición relativa a la corona fue aceptada. Marcos la habría encontrado por casualidad en el jardín de la casa, con lo cual quedaría demostrado que todo lo ocurrido se debía a un bromista de mal gusto, bromista a quien acabaríamos por descubrir, y a quien se castigaría como merecía.

Aquel mismo día fui al ayuntamiento, donde pedí la corona al señor Stepark, quien accedió a entregármela, regresando con ella al hotel.

Estábamos aquella tarde reunidos en el salón con la señora Roderich y su hija, cuando Marcos, después de haberse ausentado un instante, volvió diciendo:

—¡Myra, mi querida Myra, vea lo que le traigo!

—¡Mi corona! —exclamó Myra, lanzándose hacia mi hermano.



—Sí —respondió Marcos—. Allí... en el jardín... la encontré tras

un macizo, donde, sin duda, había ido a caer.

—Pero ¿cómo... cómo? —repetía la señora Roderich.

—¿Cómo? —dijo el doctor—. Un intruso que se había mezclado entre nuestros invitados. No hay que volver a hablar más de esa absurda aventura.

—¡Gracias, gracias, mi querido Marcos! —dijo Myra, mientras una lágrima se deslizaba por sus mejillas.

Los días que inmediatamente siguieron no trajeron consigo ningún nuevo incidente. La población recobraba su tranquilidad habitual. Nada había trascendido del registro llevado a cabo en la casa del bulevar Tekeli, y nadie pronunciaba aún el nombre de Wilhelm Storitz. No quedaba otra cosa que hacer sino esperar pacientemente —o impacientemente más bien— el día en que se celebrase la boda de Marcos y de Myra Roderich. Consagraba yo el tiempo que me dejaba libre mi hermano a diferentes paseos por los alrededores de Ragz. Me acompañaba algunas veces el capitán Haralan. En estas ocasiones era raro que no tomáramos nosotros por el bulevar Tekeli para salir de la ciudad. Era indudable que la casa misteriosa atraía a mi amigo. Esto, por otra parte, nos permitía ver que la casa continuaba desierta y custodiada siempre por dos agentes; si Wilhelm Storitz hubiera aparecido, la policía, advertida inmediatamente de su regreso, le hubiera echado la mano encima, arrestándole.

Pero muy pronto tuvimos una prueba evidente de su ausencia y la certidumbre de que, por entonces al menos, no podía encontrarse en las calles de Ragz.

Llamado, en efecto, el día 29 de mayo por el señor Stepark, supe de sus labios que la ceremonia de aniversario de Otto Storitz había tenido lugar el día 25 en Spremberg. La ceremonia, al parecer, había atraído un número considerable de espectadores, no tan sólo de la población de Spremberg, sino también millares de curiosos llegados de las ciudades próximas, y hasta de Berlín. La muchedumbre no había podido caber en el cementerio. De ahí una multitud de accidentes, personas asfixiadas y atropelladas, las cuales, al día siguiente, encontraron en el cementerio un sitio que no habían podido hallar la víspera.

No se habrá olvidado lo que ya dijimos de que Otto Storitz había vivido y muerto en plena leyenda. Todos aquellos supersticiosos

esperaban un prodigio postumo. Contaban con que en aquel aniversario debían realizarse fenómenos fantásticos. Por lo menos, que el sabio prusiano saliese de la tumba, y nada habría de sorprendente en que al llegar tal momento se alterase el orden universal. La Tierra, modificando su movimiento habitual sobre su eje, se pondría a girar de este a oeste, rotación anormal cuyas consecuencias serían incalculables en todo el sistema solar, etc., etc.

Tales eran los rumores que circulaban entre la muchedumbre. Sin embargo, las cosas habían pasado de la manera más natural; la losa sepulcral no se había levantado, el muerto no había abandonado su morada y la Tierra había continuado moviéndose según las reglas establecidas desde el principio del mundo.

Pero lo que nos interesaba bastante más era que a aquella ceremonia había asistido personalmente el hijo de Otto Storitz. Esto constituía la prueba material de que había abandonado efectivamente Ragz. Yo esperaba que la de no volver fuera intención formal de Wilhelm Storitz.

Me apresuré a poner aquellas nuevas tan agradables en conocimiento de Marcos y del capitán Haralan.

Esto no obstante, y aun cuando la emoción producida por los sucesos se hubiese atenuado bastante, el gobernador de Ragz no dejaba de inquietarse todavía. Que los prodigiosos fenómenos que nadie había podido explicar, hasta entonces, de un modo plausible, fuesen debidos a un juego de prestidigitación maravillosamente ejecutado o a cualquier otra causa, no habían por eso dejado de perturbar la ciudad, y convenía impedir que volvieran a producirse.

No debe causar ninguna sorpresa que digamos que su excelencia quedó vivamente impresionado cuando el jefe de policía le hizo conocer la situación de Wilhelm Storitz respecto de la familia Roderich, y qué clase de amenazas había proferido.

Así es que tan pronto como el gobernador tuvo conocimiento de los resultados del registro, decidió proceder contra aquel extranjero. Al fin y al cabo había habido allí un robo, robo cometido por Wilhelm Storitz o por algún cómplice en beneficio suyo. Si, pues, no hubiera salido de Ragz, se le habría detenido, y una vez entre las cuatro paredes de una celda no era probable que pudiera salir sin ser visto, como había penetrado en los salones de la mansión Roderich.

A esto se debió que el día 30 de mayo se entablase la siguiente conversación entre su excelencia y el señor Stepark:

—¿No ha sabido usted nada de nuevo?

—Nada, señor gobernador.

—¿No hay ningún motivo para creer que Wilhelm Storitz tenga intención de volver a esta ciudad?

—Ninguno.

—¿Continúa vigilada su casa?

—Día y noche.

—Creí yo deber escribir a Budapest, a propósito de este asunto, cuya resonancia ha sido tal vez más considerable de lo que merece, y se me ha autorizado para adoptar las medidas que estime convenientes.

—En tanto que Wilhelm Storitz no reaparezca en Ragz —respondió el jefe de policía—, nada habrá que temer de él; y sabemos de cierto, y por buen conducto, que se encontraba en Spremberg el día 25.

—En efecto, señor Stepark; pero puede sentir la tentación de volver por aquí, y eso es lo que se hace preciso evitar a todo trance.

—Nada más fácil, señor gobernador. Como se trata de un extranjero, bastará un decreto de expulsión...

—Un decreto —interrumpió el gobernador— que le prohíba, no tan sólo permanecer en la ciudad de Ragz, sino en todo el territorio austro-húngaro.

—En cuanto tenga en mi poder ese decreto, señor gobernador —respondió el jefe de policía—, haré que se comunique a todos los puestos de la frontera.

El decreto fue firmado en el acto, y el territorio del reino quedó prohibido para el alemán Wilhelm Storitz.

Estas medidas eran a propósito para tranquilizar al doctor, a su familia y a sus amigos. No obstante, nos hallábamos muy lejos de haber penetrado los secretos de aquel asunto, y más lejos aún de imaginar las peripecias que nos reservaba.

CAPÍTULO XI

La fecha de la boda se acercaba. Muy pronto el sol del primero de junio, que era la fecha definitivamente elegida, se elevaría sobre el horizonte de Ragz.

Notaba yo, no sin una viva satisfacción, que Myra, a pesar de lo impresionable que era, parecía no haber conservado ningún recuerdo de aquellos desagradables incidentes; verdad es que el nombre de Wilhelm Storitz no se había pronunciado ni ante ella ni ante su madre.

Yo era su confidente. Hablábame de sus proyectos para el porvenir sin saber si ciertamente se realizarían. ¿Irían Marcos y ella a establecerse en Francia? Sí, pero no inmediatamente. Separarse de su padre y de su madre constituiría para ella un gran disgusto.

—Pero —decía— por el momento no se trata sino de ir a pasar unas cuantas semanas a París, donde usted nos acompañará, ¿no es así?

—Ciertamente... A menos, sin embargo, de que no quieran ustedes nada conmigo.

—Es que dos recién casados constituyen una compañía bastante molesta y desagradable para un viaje.

—Trataré de hacerme a esa idea —respondí en tono resignado.

El doctor aprobaba aquella marcha. Desde todos los puntos de vista era preferible salir de Ragz por uno o dos meses. Claro es que la señora Roderich sentiría mucho la ausencia de su hija, pero tendría el buen sentido de resignarse.

Marcos, por su parte, durante las horas que pasaba al lado de Myra olvidaba, o más bien se esforzaba por olvidar todo lo ocurrido. En cambio, cuando se encontraba a solas conmigo se veía asaltado de muchos temores, que yo intentaba inútilmente disipar.

Invariablemente, me decía:

—¿No has sabido nada de nuevo, Enrique?

—Nada, mi querido Marcos —respondía yo no menos invariablemente, y era la pura verdad.

Un día creyó deber añadir:

—Si llegas a saber algo, si por la ciudad o por medio del señor Stepark tienes noticia de alguna cosa...

—Te lo advertiré, Marcos.

—No quiero que me ocultes nada de lo que averigües.

—Nada te ocultaré, puedes estar tranquilo; pero te aseguro que nadie se ocupa ya en este asunto. Jamás ha estado la población más tranquila. Unos se ocupan en sus negocios y los otros en sus placeres, y los precios del mercado se mantienen en alza.

—Lo echas a broma, Enrique...

—Es para demostrarte que no tengo la menor aprensión.

—Y, sin embargo —dijo Marcos, cuyo rostro se ensombreció—, si ese hombre...

—¡Bah! No va a ser tan mentecato. Sabe que le está prohibido permanecer en el territorio austro-húngaro y en Alemania hay multitud de ferias para gala de sus grandes talentos de escamoteador.

—De modo que ese poder de que habla...

—¡Eso es bueno para los chicos!

—¿No crees en él?

—Lo mismo que tú, al fin y al cabo. Límitate, pues, mi querido Marcos, a contar las horas, los minutos que te separan del gran día... No tienes otra cosa mejor que hacer que eso, y comenzar de nuevo el cálculo cuando lo hayas terminado.

—¡Ah, amigo mío! —exclamó Marcos tristemente.

—No eres razonable, Marcos; Myra lo es más que tú.

—Es que ella no sabe lo que yo sé.

—¿Lo que tú sabes?... ¡Pardiez! Tú sabes perfectamente que el personaje en cuestión no se encuentra en Ragz, y que, por consiguiente, no le volveremos a ver; ¡si esto no es bastante para tranquilizarte!...

—¿Qué quieres, Enrique? Tengo presentimientos... Se me figura que...

—¡Eso es insensato, mi pobre Marcos!... Créeme, vuelve al lado

de Myra y eso hará que veas la vida un poco más de color de rosa.

—¡Sí, tienes razón; no debería separarme de ella ni un instante!

¡Pobre hermano mío! Me causaba pena verle y oírle. Sus temores iban en aumento a medida que se acercaba el día de la boda. Y yo mismo, si he de ser franco, aguardaba ese día con una involuntaria angustia.

Por otra parte, si bien podía contar con Myra y con la influencia de ésta para calmar a mi hermano, no sabía qué medio emplear con el capitán Haralan.

El día en que éste supo que Wilhelm Storitz se encontraba en Spremberg, sólo a costa de grandes esfuerzos pude conseguir que no corriera en su busca. Entre Spremberg y Ragz apenas habría unas doscientas leguas. En unos cuatro días podía franquearse esta distancia. Al fin habíamos logrado retenerle, pero, a pesar de las razones que, tanto su padre como yo, hacíamos valer ante él, a despecho de la evidente conveniencia de dejar que semejante asunto cayese en el más completo olvido, él volvía sin cesar sobre ello y yo temía siempre que se nos escapase.

Una mañana vino a encontrarme, y desde las primeras palabras comprendí que estaba decidido a partir.

—Usted no hará eso, mi querido Haralan —declaré—, no lo hará... Un choque entre ese prusiano y usted es imposible. Le suplico que no se vaya de Ragz.

—Mi querido Vidal —respondióme el capitán con un tono que indicaba una resolución decidida—, es menester que ese miserable sea castigado.

—Y lo será, más pronto o más tarde —exclamé—. Pero la única mano que debe caer sobre él es la mano de la policía.

El capitán Haralan comprendía que yo tenía razón. Pero, no quería rendirse y se aferraba a sus proyectos.

—Mi querido Vidal —dijo con un tono que no dejaba esperanzas—, no vemos, no podemos ver las cosas de la misma manera. Mi familia, la familia que va a ser la de su hermano, ha sido ultrajada y, ¿no habría de tomar yo venganza de esos ultrajes?...

—No, eso corresponde a la justicia.

—¿Y cómo habrá de hacerlo, si ese individuo no vuelve por acá?... El gobernador ha firmado esta mañana un decreto de expulsión, que hace imposible el regreso de Wilhelm Storitz. Es

preciso que yo vaya donde él está, o donde debe de estar al menos, a Spremberg.

—Sea —repliqué como último argumento—, pero al menos aguarde usted a que se haya celebrado la boda de su hermana. Unos cuantos días de paciencia, y entonces yo seré el primero en aconsejarle la marcha; hasta le acompañaré yo mismo a Spremberg.

Con tanto calor defendí mi causa, que la conversación terminó con la promesa formal de que no se haría violencia, a condición de que, una vez celebrada la boda, no me opondría a su proyecto y que partiría con él.

Las horas que nos separaban del día primero de junio iban a parecerme interminables. Porque fuerza es confesar que, a pesar de creer deber mío el tranquilizar a los demás, no dejaba yo de experimentar inquietudes. A eso se debía el que, con gran frecuencia, me encontraba subiendo y bajando por el bulevar Tekeli, impulsado por no sé qué presentimiento.

La casa de Storitz continuaba tal y como la habíamos dejado cuando tuvo lugar la visita de la policía, con las puertas y ventanas cerradas y el patio y el jardín completamente desiertos. Por el bulevar había unos cuantos agentes, cuya vigilancia se extendía hasta el parapeto de las antiguas fortificaciones y la campiña circundante.

Ni por el amo ni por el criado se había hecho ninguna tentativa para penetrar en la casa. Sin embargo —lo que es la obsesión—, pese a todo lo que yo decía a Marcos y al capitán Haralan, a despecho de todo lo que a mí mismo me decía, si hubiera visto una leve humareda escaparse de la chimenea del laboratorio, dibujarse un rostro tras los vidrios del pabellón, no me habría sorprendido.

En realidad, mientras que la población ragziana, repuesta de su primer espanto, ya no hablaba del asunto, éramos el doctor Roderich, mi hermano, el capitán Haralan y yo mismo quienes temíamos al fantasma de Wilhelm Storitz.

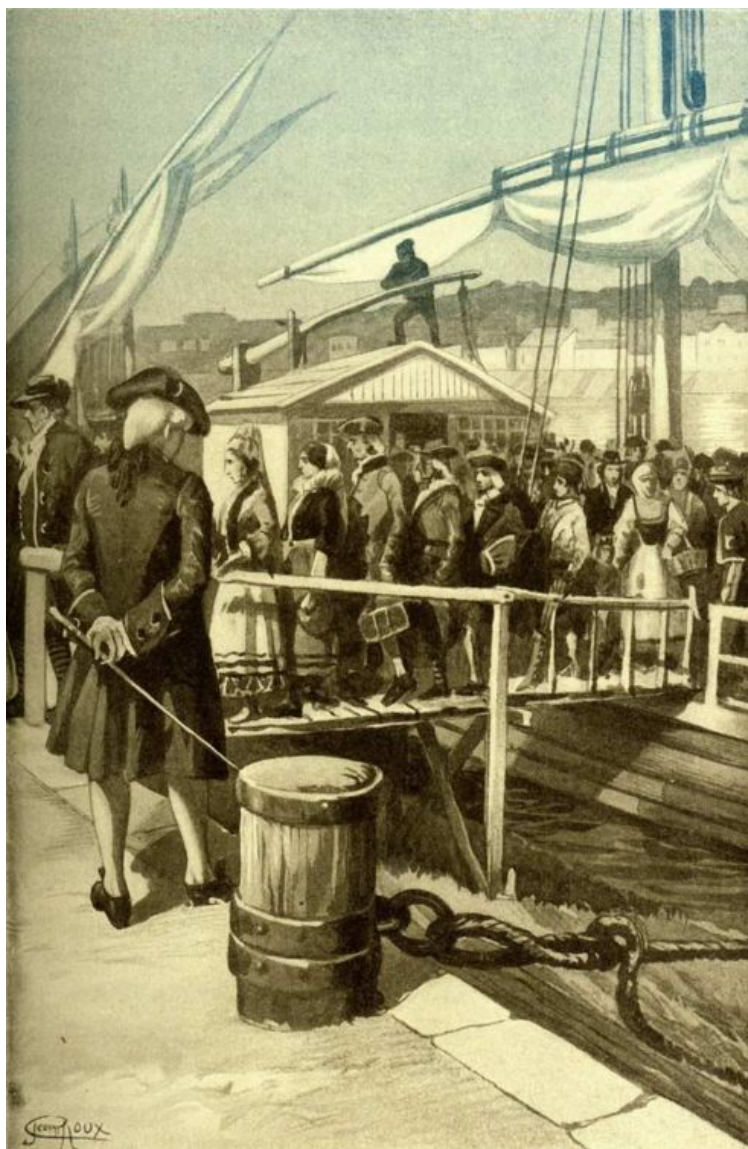
El día aquel, 30 de mayo, y con objeto de distraerme, en las primeras horas de la tarde, me dirigí hacia el puente de la isla Svendor para ganar la orilla derecha del Danubio.

Antes de llegar al puente pasé ante el desembarcadero en el momento de arribar una gabarra que conducía pasajeros.

Asaltáronme entonces a la memoria los recuerdos de mi propio

viaje, mi encuentro con aquel alemán, su actitud provocativa, el sentimiento de antipatía que a primera vista me había inspirado, y luego, cuando yo le creía desembarcado en Vukovar, las palabras que había pronunciado. Porque era él quien había pronunciado aquellas palabras amenazadoras; yo había reconocido su voz en la mansión Roderich; la misma articulación, la misma dureza y la misma rudeza teutónica.

Bajo el imperio de estas ideas, examinaba yo uno a uno a los pasajeros que se detenían en Ragz. Buscaba el rostro pálido, los ojos extraviados, la fisonomía diabólica de aquel personaje... Pero, como suele decirse, hube de quedarme con un palmo de narices.



A las seis, según mi costumbre, iba a sentarme a la mesa de familia. Me pareció que la señora Roderich se encontraba casi repuesta de sus emociones. Mi hermano lo olvidaba todo al lado de Myra, en la víspera del día en que iba a ser su mujer. El capitán Haralan parecía más tranquilo, aunque un poco sombrío.

Estaba yo firmemente resuelto a hacer todo lo posible por

animar a aquellas personas y desvanecer las últimas nubes del recuerdo.

Vime admirablemente secundado por Myra, encanto y alegría de aquella velada, que se terminó bastante tarde. Sin hacerme rogar, se puso al clavicordio y nos cantó antiguas canciones magiars, como para borrar los efectos de aquel abominable *Canto del odio*, que había resonado en aquel mismo salón.

En el momento de retirarnos, díjome sonriendo:

—Mañana, Enrique; no se vaya usted a olvidar...

—¿Olvidar, señorita? —dije yo en el mismo tono de broma en que ella me hablara.

—Olvidar que es el día de la audiencia del gobernador, de la «entrega de la licencia», para emplear la expresión consagrada.

—¡Ah, verdaderamente!... ¡Es mañana!

—¡Y que usted es uno de los testigos de su hermano!...

—Hace usted bien en recordármelo, señorita Myra; ¡testigo de mi hermano! Ya no me acordaba.

—No me sorprende. Ya había yo notado que padece usted mucho de distracciones.

—Me acuso de ello, pero no me distraeré mañana, se lo prometo... Y si Marcos no las tiene mayores que yo...

—Respondo de él... Así pues, a las cuatro en punto.

—¿A las cuatro, señorita Myra?... ¡Y yo que creía que la cosa era a las cinco y media!... ¡Esté usted tranquila; me encontraré aquí a las cuatro menos diez!

—¡Buenas noches!... ¡Buenas noches al hermano de Marcos, que mañana lo será mío!

—¡Buenas noches, señorita Myra, buenas noches!

Al día siguiente, Marcos tuvo que hacer algunas cosas por la mañana. Parecióme que había recobrado su tranquilidad, y le dejé marchar solo.

Por mi parte, por un exceso de prudencia, y para tener, si posible era, la certeza de que Wilhelm Storitz no había regresado a Ragz, me dirigí al ayuntamiento.

Introducido inmediatamente en el despacho del señor Stepark, le pregunté si tenía nuevos informes.

—Ninguno, señor Vidal —me respondió—; puede estar seguro de que nuestro hombre no ha reaparecido por Ragz.

—¿Está aún en Spremberg?

—Todo lo que me es dado afirmar es que hace cuatro días todavía estaba allí.

—¿Ha recibido usted algún aviso?

—Sí, por un correo de la policía alemana, que me confirmó el hecho.

—Eso me tranquiliza.

—Y a mí me fastidia, señor Vidal. Ese diablo de hombre —y diablo es la palabra propia— me parece poco dispuesto a franquear alguna vez la frontera.

—¡Tanto mejor, señor Stepark!

—Tanto mejor para ustedes; pero, como policía, habría yo preferido poderle echar mano y guardar a esa especie de hechicero entre cuatro paredes... En fin, más tarde tal vez...

—¡Oh, más adelante, con tal de que sea después de la boda, sea lo que usted quiera señor Stepark!

Me retiré dando las gracias al jefe de policía.

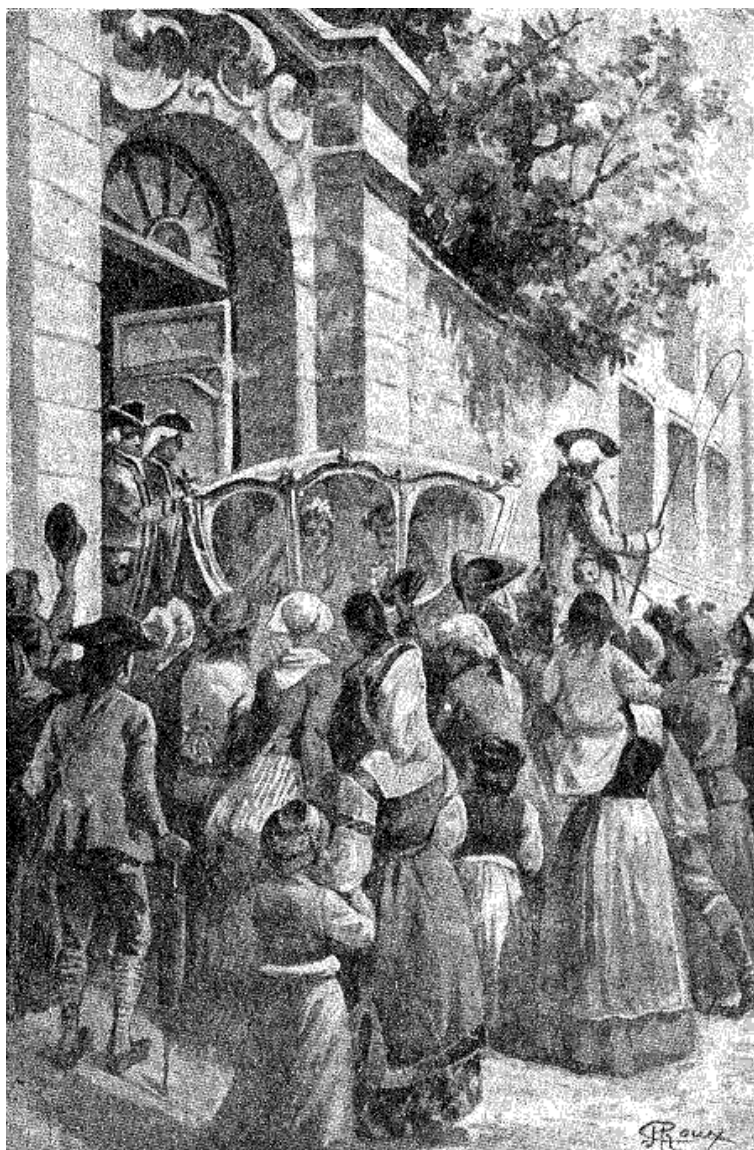
A las cuatro de la tarde hallábamonos reunidos en el salón de la mansión Roderich. Dos carrozas aguardaban en el bulevar Tekeli: una para Myra, su padre, su madre y un amigo de la familia, el juez Neuman, y la otra para Marcos, el capitán Haralan, uno de sus camaradas, el teniente Armgard, y yo. El señor Neuman y el capitán Haralan eran los testigos de la desposada, y el teniente Armgard y yo los de Marcos.

Conforme el capitán Haralan me había explicado, no se trataba aquel día de proceder a la boda propiamente dicha, sino una ceremonia en cierta manera preparatoria. Tan sólo después de haber recibido la autorización del gobernador, la boda podría celebrarse en la catedral, a la mañana siguiente. Hasta entonces, si los prometidos no estaban casados en el sentido perfecto de la palabra, no por eso dejaban de hallarse fuertemente ligados uno a otro, toda vez que en el caso de que un obstáculo imprevisto llegara en seguida a impedir la unión proyectada, se verían condenados a un celibato perpetuo ambos desposados.

Posible sería hallar en la historia del feudalismo francés algunas huellas de esta costumbre, que tiene algo de patriarcal, ya que parece considerarse al jefe como el padre de los ciudadanos, lo que se había perpetuado en Ragz.

La joven prometida llevaba un traje lindísimo y del mejor gusto; la señora Roderich, un tocado bastante sencillo, aunque muy rico. El doctor y el juez vestían, lo mismo que mi hermano y yo, traje de etiqueta, y los dos oficiales en traje de gran gala.

Algunas personas aguardaban en el bulevar la salida de los carruajes; eran mujeres y muchachas del pueblo, cuya curiosidad es siempre excitada por una boda. Probable era que al día siguiente, en la catedral, la muchedumbre fuera mucho más considerable, justo homenaje rendido a la familia del doctor.



Ambas carrozas franquearon la puerta principal de la mansión, volvieron la esquina del bulevar, siguieron el muelle Battyhani, la calle del Príncipe Miloch, la calle Ladislao y fueron a detenerse ante la verja del palacio del Gobernador.

En la plaza y en el patio del Palacio se agolpaban los curiosos en mucho mayor número. Tal vez, después de todo, les había atraído el

recuerdo de los primeros incidentes, y acaso se preguntarían si iría a realizarse algún nuevo fenómeno.

Los carruajes penetraron en el patio de honor y se detuvieron ante la escalinata.

Un instante después Myra, del brazo del doctor; la señora Roderich, del brazo del juez Neuman; después Marcos, el capitán Haralan, el teniente Armgard y yo, ocupábamos nuestro lugar en el salón de actos, iluminado por altas ventanas con vidrieras de colores y recubierto de madera en paños esculpidos de la mayor riqueza. En el centro del salón, una amplia mesa ostentaba dos magníficos ramos de flores.

En su calidad de padre y de madre, el señor y la señora Roderich fueron a sentarse a uno y otro lado de los sillones reservados a los prometidos. Detrás tomaron asiento los cuatro testigos, el señor Neuman y el capitán Haralan a la izquierda, el teniente Armgard y yo a la derecha.

Un maestro de ceremonias anunció al gobernador. A su entrada todo el mundo se puso en pie.

Sentóse éste en su trono, preguntando a los padres si consentían en el matrimonio de su hija con Marcos Vidal.

En seguida hizo el gobernador a los prometidos las preguntas de costumbre.

—Marcos Vidal, ¿promete usted tomar a Myra Roderich por esposa?

—Lo juro —respondió mi hermano, a quien se le había enseñado lo que tenía que decir.

—Myra Roderich, ¿promete usted tomar a Marcos Vidal por esposo?

—Lo juro —respondió Myra.

—Nos, gobernador de Ragz —dijo entonces solemnemente su excelencia—, en virtud de los poderes que nos han sido conferidos por la Emperatriz-Reina, y conforme a las franquicias seculares de la ciudad de Ragz, otorgamos licencia del matrimonio a Marcos Vidal y a Myra Roderich. Queremos y ordenamos que dicho matrimonio sea celebrado mañana, en la forma regular, en la iglesia catedral de la ciudad.

Así transcurrió la ceremonia en su sencillez habitual. Ningún prodigio había perturbado la audiencia y, si bien la idea había

cruzado por mi espíritu, ni el acta sobre la que se habían puesto las firmas fue desgarrada, ni las plumas habían sido arrancadas de manos de los desposados ni de las de los testigos.

Decididamente, Wilhelm Storitz estaba en Spremberg —¡allí podía continuar eternamente, para satisfacción de sus compatriotas! — o, si estaba en Ragz, era que su poder se había agotado ya.

Desde entonces, que aquel hechicero lo quisiese o no, Myra Roderich sería la mujer de Marcos Vidal, o no lo sería de nadie.

CAPÍTULO XII

Nos hallábamos en el día primero de junio.

Aquella fecha, tan impacientemente esperada, había parecido que no llegaría jamás.

Por fin estábamos en ella. Algunas horas todavía, y la ceremonia del matrimonio iba a tener lugar en la catedral de Ragz.

La aprensión que había podido dejar en nuestro espíritu el recuerdo de los inexplicables incidentes que se remontaban entonces a unos doce días antes, se había desvanecido por completo tras la audiencia del gobernador.

Me levanté muy temprano. Pero, por mucha prisa que yo tuviese, Marcos tenía más y se me había adelantado. Aún no había acabado de vestirme cuando ya estaba él en mi habitación.

Estaba ya en traje de ceremonia. Se hallaba radiante de dicha y ninguna sombra venía a oscurecerla; me abrazó con gran efusión, y yo le estreché fuertemente contra mi corazón.

—Myra —díjome Marcos— me recomendó que te recordase...

—Que es para hoy —respondí riendo—. Pues bien, dile que si no falté a la hora de la audiencia del gobernador, tampoco faltaré a la de la catedral. Ayer puse mi reloj por el del ayuntamiento... Pero tú mismo, mi querido Marcos, trata de no hacerte esperar; sabes perfectamente que tu presencia es indispensable y que no se podría dar comienzo sin ti.

Me dejó, y yo me apresuré a terminar mi tocado, aun cuando apenas eran las nueve de la mañana.

Nos habíamos citado en la mansión. De allí debían partir los carruajes. Aunque no fuese sino para poner de relieve mi puntualidad, llegué más pronto de lo necesario —lo cual hubo de valerme una tierna sonrisa de la desposada— y me instalé en el

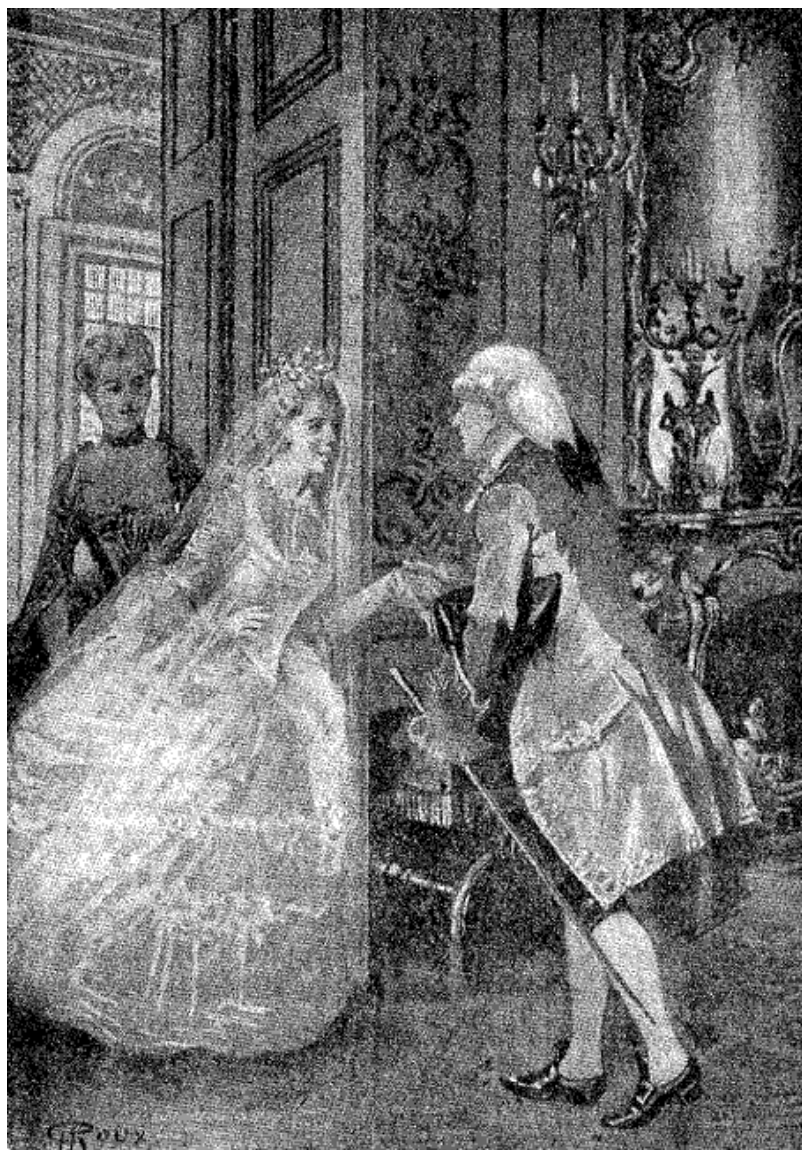
salón.

Una tras otra fueron presentándose las personas —digamos los personajes, dada la solemnidad de las circunstancias— que habían figurado la víspera en la ceremonia del palacio. Todos, cual el día anterior, vestían de etiqueta. Los dos oficiales llevaban cruces y condecoraciones sobre sus espléndidos uniformes del regimiento de los Confines Militares.

Myra Roderich —¿y por qué no había yo de decir Myra Vidal, ya que los dos prometidos estaban ligados, en realidad, por la orden del gobernador?—, Myra, de blanco, traje de *moiré* con cola, cuerpo bordado con flores de azahar, vestía encantadoramente. A un lado se expandía el ramo de desposada. Ostentaba sobre sus rubios cabellos la corona nupcial, de la que se desprendía, formando largos pliegues, su gran velo de tul blanco. Aquella corona era la que le había llevado mi hermano. No había querido otra.

Al penetrar en el salón, con su madre, corrió hacia mí y me estrechó la mano. Yo, por mi parte, correspondí a su apretón afectuosamente, fraternalmente. Luego, con la alegría rebosando de sus ojos:

—¡Ah, hermano —exclamó—, qué feliz soy!



De modo que ninguna huella quedaba de los malos días pasados, de las tristes pruebas a que se había visto sometida aquella honrada familia. Hasta el capitán Haralan me pareció que lo había olvidado todo. La prueba fue que me dijo, estrechándome la diestra:

—¡No... no pensemos más en ello!

He aquí cuál era el programa para aquel día, programa que

había recibido la aprobación general. A las diez menos cuarto, partida hacia la catedral, donde el gobernador de Ragz, las autoridades y las personas notables de la ciudad se encontrarían cuando llegasen los jóvenes esposos.

Presentaciones y felicitaciones después de la misa de bodas, en el momento de firmar las actas en la sacristía de San Miguel. Regreso para el almuerzo, que debía reunir unos cincuenta convidados. Por la noche, en los salones de la mansión, gran fiesta, para la que habían sido enviadas unas doscientas invitaciones.

Las carrozas fueron ocupadas de la misma manera que el día anterior. La primera por la desposada, el doctor, la señora Roderich y el señor Neuman; la segunda por Marcos y los otros tres testigos. Al volver de la catedral, Marcos y Myra Vidal, unidos para siempre, tomarían asiento en el mismo carruaje. Otros coches habían ido a buscar a las personas que debían componer el cortejo nupcial.

A las nueve y tres cuartos dejaron los carruajes la mansión Roderich, y siguieron por el muelle Batthyani. Después de haber llegado a la plaza Magiar la atravesaron y recorrieron el hermoso barrio de Ragz por la calle del Príncipe Miloch.

El tiempo era magnífico y el cielo resplandecía a los rayos del sol. Por los porches de la calle los transeúntes, en gran número, se dirigían hacia la catedral. Todas las miradas se detenían sobre el primer coche, miradas de simpatía y de admiración para la joven desposada, y debo hacer constar que mi querido Marcos tuvo también su parte. Por las ventanas asomaban rostros sonrientes, y de todas partes llegaban saludos, a los que era difícil contestar debidamente.

—¡A fe mía —dije—, me llevaré de esta ciudad muy agradables recuerdos!

—Los húngaros honran en ustedes a la Francia que aman —respondió el teniente Armgard— y se conceptúan dichosos de que esta unión haga entrar un francés en la familia Roderich.

Al acercarnos a la plaza fue preciso avanzar al paso de los caballos, tan difícil resultaba entonces la circulación.

De las torres de la catedral se escapaba el alegre tañido de las campanas, que el viento del este extendía por toda la población, y un poco antes de las diez el repique del reloj del ayuntamiento mezcló sus notas agudas a las sonoras voces de San Miguel.

Eran exactamente las diez y cinco cuando nuestras dos carrozas fueron a detenerse al pie de las gradas, ante la puerta central, abierta de par en par.

El doctor Roderich bajó el primero, tomando el brazo de su hija, que descendió tras él. El señor Neuman ofreció el suyo a la señora Roderich. Nosotros saltamos en seguida a tierra, y avanzamos en pos de Marcos, entre las dos filas de espectadores, que se escalonaban a lo largo del atrio.

En aquel momento resonaron en el interior las notas del órgano, y a los sonos de sus majestuosos acordes penetró el cortejo en la iglesia.

Marcos y Myra se dirigieron hacia los dos sillones, colocados uno al lado del otro ante el altar mayor. Tras ellos, los padres y los testigos encontraron los asientos que les estaban reservados.

Todas las sillas y bancos del coro estaban ya ocupados por una numerosa reunión: el gobernador de Ragz, los magistrados, los oficiales de la guarnición, el bailío y los síndicos, los principales funcionarios de la administración, los amigos de la familia y los notables de la industria y del comercio.

Para las señoras, todas elegantemente ataviadas, habíanse reservado sitios especiales a lo largo de los bancos, y ningún puesto quedaba libre.

Detrás de la verja del coro, una obra maestra de cerrajería del siglo XIII, se apretaba la muchedumbre de los curiosos. Y por lo que hace a las personas que no habían podido aproximarse, habíanse esparcido por las naves y ocupado todas las sillas.

En las naves y capillas laterales se había agrupado el pueblo, que alcanzaba hasta las escaleras del atrio.

Si algunos de los asistentes conservaban en aquel momento el recuerdo de los fenómenos que habían conmovido la población, ¿podía venirseles a las mentes el pensamiento de que podrían reproducirse en la catedral? Seguramente no, por poco que los hubiesen atribuido a una intervención diabólica, ya que no era en una iglesia donde esa intervención podía fácilmente ejercerse; ¿no se detiene, en efecto, el poder del diablo en los umbrales del santuario?

Un movimiento se produjo a la derecha del coro, y la muchedumbre se abrió para dejar paso al arcipreste, al diácono, al

subdiácono, a los sacristanes y a los monaguillos.

El arcipreste se detuvo ante las gradas del altar, se inclinó y dijo las primeras frases del *Introito*, en tanto que los cantores entonaban los versículos del *Confiteor*.

Myra, mi futura cuñada, habíase puesto de rodillas sobre el cojín de su reclinatorio, con la cabeza inclinada y los ojos bajos, en una actitud fervorosa. Marcos permanecía de pie a su lado, sin perderla nunca de vista.

La misa se celebraba con toda la pompa y esplendor de que la Iglesia católica ha querido rodear sus ceremonias solemnes. El órgano alternaba con el canto llano de los *Kiries* y las estrofas del *Gloria*, que repercutían en las altas bóvedas.

Producíase a las veces ese vago rumor de muchedumbre inquieta, de sillas arrastradas, de asientos plegados, a los que acompañaban, de tiempo en tiempo, los pasos rítmicos de los pertigueros que velaban por que el tránsito de la nave central permaneciese libre en toda su longitud.

De ordinario, el interior de la catedral está sumido en una penumbra, en la que el alma se entrega con mayor abandono a las impresiones religiosas. A través de las antiguas vidrieras, en las que con colores suntuosos se dibujaba la silueta de los personajes bíblicos, por las estrechas ventanas de estilo ojival de la primera época, y por las vidrieras laterales sólo penetraba una luz incierta. Por poco nublado que hubiese estado el día, la nave central, los rincones alejados y el ábside habrían estado oscuros, y su mística oscuridad sólo hubiera estado interrumpida por las puntas de fuego que brillaban en la cúspide de los altos cirios del altar.

Pero en este día sucedía muy de otro modo. Bajo aquel sol espléndido, las ventanas orientadas al este, y el rosetón del transepto, se abrazaba un haz de rayos que atravesaba una de las vidrieras del ábside, caía directamente sobre el púlpito, suspendido de uno de los pilares de la nave, y parecía animar por un momento la faz atormentada del gigante que la sostiene sobre sus enormes espaldas.

Cuando se dejó oír el sonido de la campanilla, la asistencia se puso en pie y, a los mil diversos ruidos que de ello resultaron, sucedió el silencio, en tanto que el diácono entonó el Evangelio de San Mateo.

Luego, el arcipreste, volviéndose hacia el pueblo, dirigió a los desposados una alocución. Hablaba con una voz un poco débil, la voz de un anciano coronado de cabellos blancos.

Expuso cosas muy sencillas, que debían ir directas al corazón de Myra. Hizo un elogio de las virtudes familiares, de la familia Roderich, de su entrega hacia los desvalidos e inagotable caridad. Santificó este matrimonio que unía a un francés y a una húngara, y terminó impetrando las bendiciones del cielo sobre los nuevos esposos.

Terminada la alocución, el venerable sacerdote se volvió hacia el altar en medio del diácono y el subdiácono, para recitar las preces del *Ofertorio*.

Si yo hago tan pormenorizada mención de los detalles todos de aquella misa nupcial es, sencillamente, porque quedaron profundamente grabados en mi espíritu, es porque su recuerdo no debía borrarse jamás de mi memoria.

Entonces, desde la tribuna del órgano se alzó una voz magnífica, acompañada por un cuarteto de instrumentos de cuerda. Un tenor muy renombrado en el mundo magiar cantaba el himno de la ofrenda.

Marcos y Myra dejaron entonces sus sillones y fueron a colocarse ante las gradas del altar. Y allí, después de que el subdiácono hubo recibido su rica ofrenda, posaron sus labios en un beso sobre la patena que les presentaba el celebrante; luego volvieron a su sitio, marchando el uno al lado del otro; ¡jamás, no, jamás había aparecido Myra más radiante de belleza, más aureolada de felicidad!

Les tocó entonces a las postulantas recoger las limosnas para los enfermos y los pobres. Precedidas de los bedeles, se deslizaron por entre las filas del coro y la nave, y se oyó el ruido de las sillas desplazadas, el

fru-fru

de las telas, el murmullo de la multitud, mientras las monedas caían en las cajas de las jóvenes.

Por fin, el arcipreste, acompañado de sus dos asistentes, se dirigió hacia los desposados. Detúvose delante de ellos.

—Marcos Vidal —interrogó su voz vacilante, pero que fue, sin embargo, oída por todos; tan profundo era a la sazón el silencio—

¿consentís en tomar a Myra Roderich por esposa?

—Sí —respondió mi hermano.

Su contestación fue claramente percibida.

—Myra Roderich, ¿consentís en tomar a Marcos Vidal por esposo?

—Sí —respondió Myra en un suspiro.

Antes de pronunciar las palabras sacramentales, el celebrante recibió las alianzas que le entregara mi hermano, y las bendijo.

Luego, se dispuso a colocar una de ellas en el dedo de la joven esposa.

En aquel momento resonó un grito, un grito de angustia y de horror.

Y he aquí lo que yo vi, he aquí lo que vieron mil personas como yo:

El diácono y el subdiácono retrocedieron bruscamente y vacilantes, como impulsados por una fuerza superior. El celebrante, con los labios temblorosos, descompuesto el rostro, la mirada extraviada, parecía luchar contra un fantasma invisible y cayó finalmente de rodillas...

Después, inmediatamente después, porque los acontecimientos se desarrollaron con la rapidez del rayo y nadie tuvo tiempo de intervenir, ni aun de comprender, fueron mi hermano y Myra los que cayeron sobre las gradas medio derribados...

Después fueron las alianzas las que volaron a través de la nave, una de las cuales me hirió violentamente en el rostro...

Y en semejante momento, he aquí lo que yo oí.

Mil personas oyeron como yo estas palabras, pronunciadas con una voz terrible, la voz que tan bien conocíamos nosotros, la voz de Wilhelm Storitz:

—¡Maldición sobre los esposos!... ¡Maldición!

Tras aquella maldición, que parecía llegar del otro mundo, un terrible espanto invadió a la muchedumbre. De todos los pechos brotó un sordo clamor, y Myra, que entonces se ponía de pie, volvió a caer desvanecida entre los brazos de un Marcos aterrado.

CAPÍTULO XIII

Los fenómenos a los que habíamos asistido en la catedral de Ragz, y aquellos otros de que había sido teatro la mansión Roderich, tendían al mismo objetivo. Su origen era el mismo. Wilhelm Storitz era el único autor, él y sólo él.

¿Era admisible que semejantes fenómenos fuesen debidos a cualquier juego de prestidigitación? Veíame forzado a responderme negativamente.

No, ni el escándalo de la iglesia ni el robo de la corona nupcial podían atribuirse a un escamoteo. Llegaba a suponer seriamente que aquel alemán había heredado de su padre algún secreto científico, el de un descubrimiento ignorado que le diera el poder de tornarse invisible. ¿Por qué no, después de todo? ¿Por qué ciertos y determinados rayos luminosos no habrían de tener la propiedad de atravesar los cuerpos opacos, como si esos cuerpos fuesen translúcidos?

Pero ¿dónde iba yo a parar?... Todo ello no eran sino consejas ridículas, consejas y nada más que consejas, de que yo me guardaría muy mucho de hablar a nadie.

Habíamos recogido a Myra, sin que hubiese recobrado el conocimiento. Se la transportó a su habitación, depositándola sobre el lecho, pero los cuidados que se le prodigaron no consiguieron volverla en sí. Permanecía inerte, insensible, a pesar de los esfuerzos del impotente doctor. Sin embargo, respiraba, vivía; preguntábame yo cómo había podido sobrevivir a tantas pruebas, cómo no había muerto tras aquella última emoción.

Muchos de los colegas del doctor Roderich habían corrido a la mansión. Rodeaban el lecho de Myra, extendida, sin movimiento, cerrados los ojos, el rostro con una palidez de cera, el pecho

levantado por los latidos irregulares del corazón, la respiración reducida a un suspiro, que podía extinguirse de un instante a otro.

Marcos tenía entre las suyas sus manos; lloraba... la llamaba:

—¡Myra!... ¡Mi querida Myra!

Con voz entrecortada por los sollozos, la señora Roderich repetía en vano:

—¡Myra, hija mía!... ¡Estoy aquí... cerca de ti!... ¡Soy tu madre!...

La joven no abría los ojos, y seguramente no la oía.

Los médicos, sin embargo, habían ensayado los más enérgicos remedios; pareció que la enferma iba a recobrar el conocimiento... Sus labios comenzaron a balbucir palabras vagas, cuyo sentido fue imposible adivinar; sus dedos se agitaron entre las manos de Marcos, y sus ojos se abrieron a medias... pero ¡qué mirada tan incierta la que se percibió a través de los medio alzados párpados!... ¡Qué mirada aquélla, en la que se veía la ausencia de la inteligencia!...

Marcos hubo de comprenderlo en seguida. De pronto retrocedió lanzando este grito:

—¡Loca!... ¡Loca!

Me precipité hacia él y le sostuve, con ayuda del capitán Haralan, preguntándome si también él iba a perder la razón. Menester fue arrastrarle a otra habitación, donde los médicos lucharon contra aquella crisis, cuyo resultado podía ser fatal.

¿Cuál sería el desenlace de aquel drama?... ¿Podía esperarse que Myra, con el tiempo, llegase a recobrar la inteligencia, que los cuidados que se la prodigaran lograsen triunfar al extravío de su espíritu; que aquella locura, en fin, fuese sólo pasajera?

Cuando el capitán Haralan se encontró conmigo a solas, me dijo:

—¡Es preciso acabar!

¿Acabar?... ¿Y cómo?...

Imposible dudar un punto de que Wilhelm Storitz hubiese regresado a Ragz y que fuese el autor de aquella profanación, pero ¿dónde encontrarle y cómo hacer presa en aquel ser invisible?

¿Cuál, por otra parte, sería la impresión que producirían los hechos en la ciudad? ¿Se resignaría a aceptar una explicación natural de tan sorprendentes y extraños fenómenos? No estábamos en Francia donde, sin duda alguna, estos prodigios se hubieran

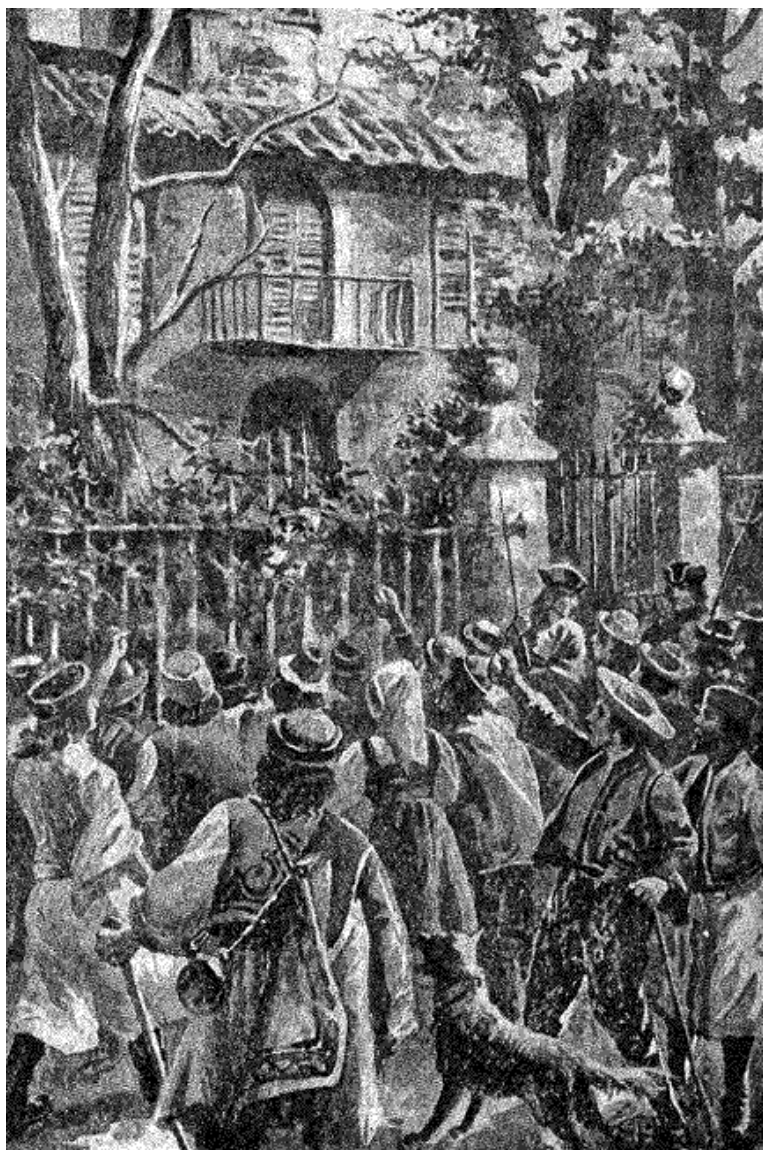
disuelto en bromas y las canciones los hubieran ridiculizado. Ya hemos tenido ocasión de hacer notar que los magiares tienen una tendencia natural a lo maravilloso, y la superstición es imposible de desarraigar entre las clases ignorantes. Para las personas instruidas, aquellos extraños fenómenos no podían ser efecto sino de algún descubrimiento físico o químico; mas cuando se trata de espíritus poco cultivados, nada puede explicarse sin la intervención del diablo, y Wilhelm Storitz iba a pasar por ser el diablo en persona.

No era, en efecto, posible pensar en ocultar las circunstancias en que este extranjero, contra quien había expedido el gobernador de Ragz un decreto de expulsión, se había mezclado en el negocio. Lo que hasta entonces habíamos mantenido secreto no podía continuar en la sombra, después del escándalo de San Miguel.

Al día siguiente la ciudad se hallaba en plena ebullición. La calma recuperada por unos momentos daba paso a nuevas perturbaciones. Se relacionaban los acontecimientos de la mansión Roderich con los de la catedral, conociéndose por fin el lazo que unía entre sí los diversos incidentes. En todas las familias, en todos los hogares no se pronunció aquel nombre de Wilhelm Storitz sin que evocase el recuerdo, el fantasma podríamos casi decir, de un personaje extraño cuya vida se deslizaba entre las silenciosas paredes y las ventanas cerradas de la morada del bulevar Tekeli.

No debe, por consiguiente, causar admiración el que digamos que, tan pronto como se conoció la noticia, la población en masa se dirigió hacia ese bulevar, arrastrada por una fuerza irresistible, de la que tal vez no se daba cuenta.

También se había congregado de ese modo la muchedumbre en el cementerio de Spremberg. Pero allí, los compatriotas del sabio esperaban asistir a algún prodigio, y ningún sentimiento de animosidad les impulsaba. Por el contrario, aquí había una explosión de odio, una necesidad de venganza, justificados por los actos de un ser malvado.



No se olvide, por otra parte, para formar juicio acertado del estado de los ánimos, el horror que necesariamente debía inspirar a aquella ciudad tan religiosa el escándalo de que acababa de ser teatro la catedral.

Semejante sobreexcitación no podía dejar de ir en aumento. La mayor parte se resistía a aceptar una explicación natural de

aquellos fenómenos, verdaderamente incomprensibles.

El gobernador de Ragz no pudo menos de preocuparse de la disposición de ánimo en que la población se encontraba, hubo de encarecer al jefe de policía la necesidad de adoptar urgentemente todas las medidas que la situación reclamaba. Era menester defenderse contra los efectos de un pánico que podría llevar aparejadas las más graves y fatales consecuencias. Preciso era además, puesto que había de revelarse el nombre y la intervención de Wilhelm Storitz, proteger la casa del bulevar Tekeli, ante la que se congregarían centenares de obreros, de campesinos y de toda clase de gentes, y defenderla contra la invasión y el saqueo.

Mis ideas, sin embargo, iban evolucionando insensiblemente, y llegaba yo hasta a discutir muy en serio una hipótesis, que en los primeros momentos había rechazado de plano. Si tal hipótesis era fundada, si existía realmente un hombre dotado del poder de hacerse invisible, lo que tal vez fuese increíble, pero que a la sazón no me parecía que debiera rechazarse en absoluto; si la leyenda del anillo de Giges, en la corte del rey de Candale, había llegado a encarnar en la realidad, la tranquilidad pública se hallaba totalmente comprometida. No habría en lo sucesivo seguridad personal. Toda vez que Wilhelm Storitz había regresado a Ragz sin que nadie hubiera podido verle, nada se oponía a que continuase en Ragz, sin que hubiera medio de asegurarse de ello.

Otro objeto de temor: ¿habría guardado para él solo el secreto de aquel descubrimiento que le había legado seguramente su padre? ¿No lo utilizaría, como él, su criado Hermann? ¿No habría asimismo otros que se aprovecharan de él? ¿Quién, desde ese momento, podría impedirles que se introdujesen en los domicilios como y cuando les pluguiese, y se mezclasen en la existencia de sus habitantes? Aun estando uno encerrado en su propia habitación, ¿podría hallarse seguro de estar solo, de no ser oído y de no ser visto, a menos de sumirse en una oscuridad profunda? Por otra parte, en las calles, el temor constante de ser seguido sin saberlo por algún ser invisible que no le pierde a uno de vista y que puede hacer de uno lo que se le antoje... ¿Qué medio podía emplearse para sustraerse a los atentados de toda clase de que se podía ser víctima a la hora menos pensada? ¿No venía eso a constituir, a corto plazo, la aniquilación de la vida social?

Recordóse entonces lo que había acontecido en la plaza del mercado Coloman, de lo que el capitán Halaran y yo habíamos sido testigos. Un hombre había sido violentamente derribado, y, según sus afirmaciones, por un agresor invisible. Todo inducía a creer actualmente que aquel hombre había dicho la verdad; sin duda había sido derribado por Wilhelm Storitz, por su criado Hermann o por cualquier otro individuo. Todo el mundo pensó que a sí mismo podía ocurrirle. A cada paso se estaba expuesto a análogos encuentros.

Después volvieron ciertas particularidades a la memoria; el anuncio de la boda arrancado en la catedral, y cuando el registro en la casa del bulevar Tekeli, el ruido de pasos percibido en las habitaciones, y aquella redomita caída y hecha pedazos inopinadamente.

Pues bien: él se encontraba entonces allí, y, muy verosímilmente, estaba también Hermann. No habían salido de la ciudad, según nosotros supusimos, en seguida de la velada de esponsales, y esto explicaba el agua jabonosa de la alcoba y el fuego en el hornillo de la cocina.

Sí, ambos asistían a las pesquisas en el patio, en el jardín, en la casa, y al huir fue precisamente cuando derribaron al agente de policía que estaba de guardia al pie de la escalera. Si habíamos encontrado la corona nupcial en la terraza, fue porque Wilhelm Storitz, sorprendido por el registro, no había tenido tiempo de quitarla de en medio.

En lo que me concernía, los incidentes que habían señalado mi viaje por el Danubio se explicaban ahora suficientemente; ¡el pasajero que yo creía había desembarcado en Vukovar continuaba a bordo y no se le veía!...

Así pues, decíame yo, él sabe producir esa invisibilidad de un modo instantáneo; aparece o desaparece a su sabor, como los magos gracias a su anillo embrujado, y, al propio tiempo que a sí mismo, puede hacer invisibles los vestidos que le cubren, si bien no los objetos que tiene en la mano, ya que nosotros pudimos ver el contrato desgarrado, el ramo destrozado, la corona robada y las alianzas lanzadas a través de la nave de la catedral.

Aquí, sin embargo, no se trata de magia, de palabras cabalísticas, de encantamientos ni de brujerías. Permanecemos en el

ámbito de los hechos naturales.

Es evidente que Wilhelm Storitz posee la fórmula de una composición que basta absorber...

Pero ¿cuál es esa composición?...

Indudablemente, la que se hallaba encerrada en aquella redoma que se rompió, y cuyo contenido vimos evaporarse tan rápidamente.

Lo que no sabemos es la fórmula de esa composición.

¿Lo sabremos alguna vez? Mucho nos importaría, pero debemos desconfiar de conseguir conocerla.

En cuanto a la persona misma de Wilhelm Storitz, dado que se hiciera completamente invisible, ¿no será posible tampoco asirla? Si escapa al sentido de la vista, no escapará, a lo que yo imagino, al sentido del tacto. Su envoltura material no pierde ninguna de las tres dimensiones comunes a los cuerpos, longitud, latitud y profundidad. Allí está siempre, en carne y hueso, como suele decirse. Invisible, sea; pero intangible, no.

Eso está bien para los fantasmas, y aquí no se trata de ningún fantasma.

Si la casualidad hace que se le pueda coger por los brazos o por las piernas o la cabeza, se le podrá sujetar, aunque no se le vea. Y por admirable y sorprendente que sea la facultad de que dispone, no le permitirá pasar a través de las paredes de una cárcel.

No eran éstos más que razonamientos y suposiciones más o menos aceptables, pero que no hacían que la situación fuera menos inquietante y menos comprometida la seguridad pública y la tranquilidad de todos. Se vivía alucinado. Nadie se consideraba seguro ni dentro ni fuera de las casas, ni de día ni de noche. El menor ruido en las habitaciones, un chasquido en el pavimento, una persiana agitada por el viento, el chirriar de una veleta, el zumbido de un insecto en las orejas, el soplo de la brisa por una puerta o una ventana mal cerradas, todo, todo absolutamente parecía sospechoso. Entre el ir y venir de las faenas domésticas, durante las comidas y las veladas en la noche, durante el sueño, admitiendo que el sueño fuese entonces posible, jamás se sabía si algún intruso había penetrado en la habitación, si Wilhelm Storitz o algún otro no se encontrarían allí, espiando nuestros pasos, escuchando nuestras palabras, penetrando, en suma, los más íntimos secretos de las familias.

Podía, sin duda, ocurrir que aquel alemán hubiese salido de Ragz y regresado a Spremberg. Sin embargo, reflexionando en ello —tal era la opinión del doctor Roderich y del capitán Haralan, así como la del gobernador y del jefe de policía—, ¿podía razonablemente admitirse que Wilhelm Storitz hubiese puesto fin a sus deplorables ataques?

Si había dejado que la concesión de la licencia tuviera lugar, era indudablemente porque a la sazón no había regresado de Spremberg. Pero había interrumpido la boda, y ¿no era de presumir que intentase hacer de nuevo lo mismo si Myra llegaba a recobrar la razón? ¿Por qué había de haberse extinguido el odio que experimentaba hacia la familia Roderich antes de satisfacerlo por completo? ¿No respondían, bastante elocuentemente, a estas preguntas amenazas que habían resonado en las naves de la catedral?

No, no se había dicho aún la última palabra de aquel triste asunto, y estaba uno en su derecho al temerlo todo, pensando en los medios de que disponía aquel hombre para la realización de sus proyectos de venganza.

En efecto: por vigilada que estuviese noche y día la mansión Roderich, ¿no llegaría a introducirse en ella? Y una vez dentro, ¿no obraría como mejor le conviniese?

Puede juzgarse, en vista de esto, cuál sería el grado de obsesión de los espíritus, lo mismo de aquellos que se mantenían en el dominio de los hechos positivos que de aquellos otros que se entregaban a las exageraciones de una imaginación supersticiosa.

Pero, en fin, ¿existía un remedio a esta situación? Lo confieso, yo no veía ninguno. La marcha de Marcos y Myra no habría cambiado la situación; ¿no tenía, en efecto, Wilhelm Storitz el poder de seguirlos con toda libertad? Esto sin contar con que el estado en que se encontraba Myra posiblemente no le permitiría salir de Ragz.

Por el momento, ¿dónde se encontraba nuestro inapresable enemigo? Nadie habría sido capaz de decirlo con certeza, si una serie de acontecimientos no hubieran venido a demostrarnos, golpe tras golpe, que se obstinaba en permanecer en medio de una población a la que desafiaba y aterrorizaba impunemente.

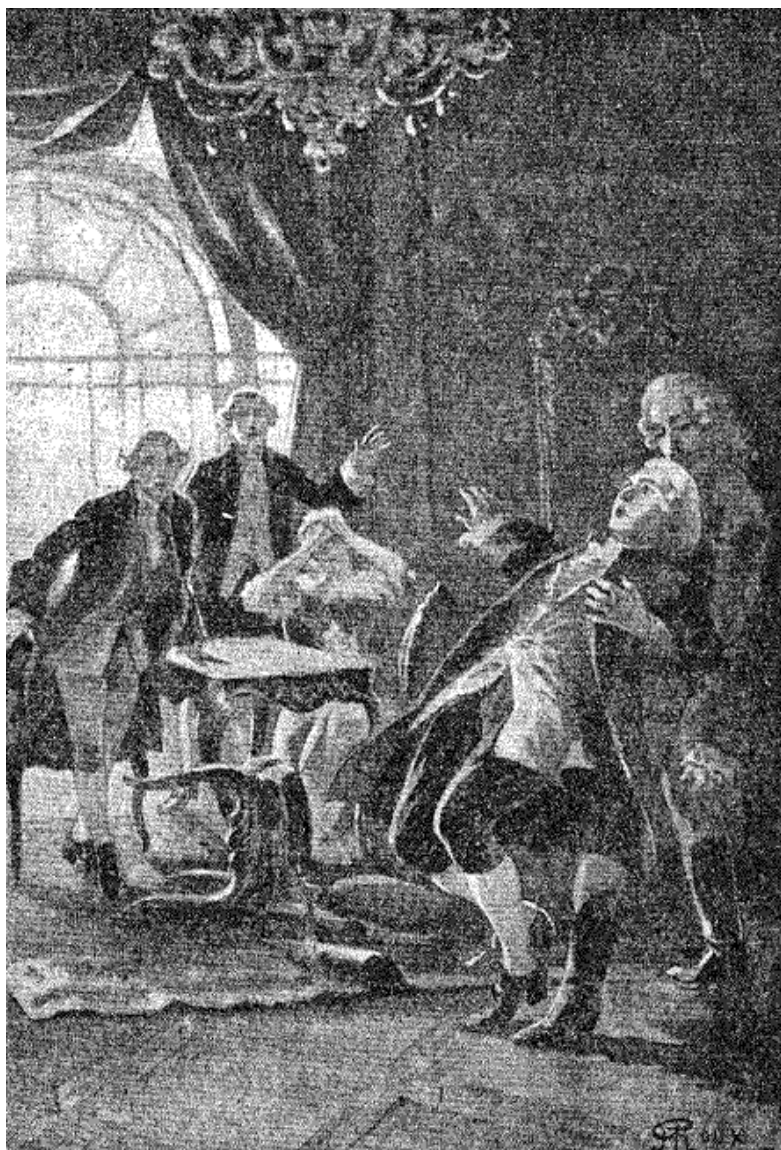
El primero de estos acontecimientos hubo de llevar al colmo

nuestra desesperación.

Dos días justos habían transcurrido desde la terrible escena de la iglesia de San Miguel, sin que ninguna mejoría se hubiese manifestado en la salud de Myra, siempre privada de razón, y que continuaba entre la vida y la muerte. Estábamos a 4 de junio. Después del almuerzo, toda la familia Roderich, incluso mi hermano y yo, se hallaba reunida en la galería y discutíamos con animación acerca de la mejor conducta que podría adoptarse, cuando una carcajada verdaderamente satánica resonó en nuestros oídos.

Nos levantamos presa de espanto. Marcos y el capitán Haralan, arrastrados por una especie de frenesí, se lanzaron, con un mismo impulso, hacia la parte de la galería de donde parecía venir aquella espantosa carcajada, pero fue sólo para detenerse a los pocos pasos. Todo ocurrió en dos segundos.

En dos segundos vi fulgar un rayo como el de una hoja brillante, describiendo en la luz su curva homicida; vi a mi hermano vacilar, y al capitán Haralan recibirle en sus brazos.



Me precipité a su socorro en el momento mismo en que una voz —aquella voz que al presente todos nosotros conocíamos tan bien— pronunciaba, con el acento de una indomable energía:

—¡Jamás Myra Roderich será la mujer de Marcos Vidal, jamás!

En seguida, un violento soplo de aire hizo vacilar las arañas, se abrió y volvió a cerrarse rápidamente con gran estrépito la puerta

del jardín, y comprendimos que nuestro implacable adversario se nos escapaba una vez más.

El capitán Haralan y yo extendimos a mi hermano sobre un diván, y el doctor Roderich examinó la herida. Por fortuna, no era grave. La hoja del puñal había resbalado sobre el omoplato izquierdo, de arriba abajo, y todo se reducía a una larga herida que, aunque de impresionante aspecto, estaría curada en un par de días. Por esta vez, el asesino había fallado el golpe. Pero ¿sería siempre lo mismo?

Marcos fue curado y transportado al hotel Temesvar, instalándome yo a su cabecera, donde, sin dejar de velarle, me absorbí en el examen del problema puesto a mi sagacidad, y que era menester resolver, costare lo que costare, so pena de muerte para tantos seres que me eran muy queridos.

No había dado aún, lo confieso, ni el primer paso siquiera en el camino de la solución anhelada cuando sobrevinieron otros acontecimientos, nada dramáticos en verdad, pero extraños, hasta incoherentes, y que me dieron mucho que pensar.

La noche de aquel mismo día, 4 de junio, una luz potente, que fue vista desde la plaza Kurtz y desde el mercado Coloman, apareció en la ventana más alta de la torrecilla del reloj del ayuntamiento. Una antorcha ardiendo bajaba, subía, se agitaba como si algún incendiario hubiese pretendido poner fuego al edificio.

El jefe de policía y sus agentes, lanzándose fuera del puesto central, llegaron rápidamente al final de la torrecilla. La luz había desaparecido, y como ya esperaba el señor Stepark, no se encontró a nadie. O el individuo —digamos Wilhelm Storitz— había tenido tiempo de huir, o permanecía oculto en algún rincón. La multitud reunida en la plaza con gritos de venganza debió ser objeto de risa para el culpable.

Al día siguiente por la mañana, nuevo desafío lanzado a la ciudad entera, presa ya de una verdadera locura.

Acababan de dar las diez y media cuando resonó un repique de campanas, una especie de toque de rebato.

Aquella vez no era un hombre solo, pues era imposible que un hombre pusiese en movimiento el complejo conjunto de campanas de la catedral. Era preciso que Wilhelm Storitz estuviera ayudado por algunos cómplices, o, cuando menos, por su criado Hermann.

Los habitantes, aun los de los barrios más apartados, corrieron espantados a la plaza de San Miguel. De nuevo se presentó con toda celeridad el señor Stepark con sus agentes y salvaron rápidamente los largos tramos de escaleras hasta alcanzar el piso de las campanas inundado de luz matinal...

Pero en vano visitaron este piso de la torre y la galería superior... ¡Nadie!... ¡Nadie! Cuando los agentes alcanzaron a verlas, las mudas campanas todavía oscilaban, los invisibles campaneros habían desaparecido.

CAPÍTULO XIV

Así pues, mis temores se realizaban. Wilhelm Storitz no había salido de Ragz y había penetrado sin dificultad en la mansión Roderich. Cierto que había errado el golpe. Pero esto no constituía una garantía para el porvenir. Lo que había intentado realizar en vano una primera vez, lo repetiría acaso con mejor éxito. Importaba, pues, mucho adoptar un plan de conducta que nos garantizase contra los ulteriores ataques de aquel miserable.

No hubo de serme difícil combinar este plan de conducta. Resolví, en primer término, reunir a las diversas personas amenazadas por cualquier motivo, y organizar un sistema de defensa tal, que fuese imposible para todo el mundo el acercarse a ellas. Estudié cuidadosamente los medios de alcanzar este ideal, y tan pronto como los encontré los puse en ejecución sin dilaciones.

En la mañana del 6 de junio, menos de cuarenta y ocho horas después del atentado, mi hermano, cuya herida, completamente superficial, comenzaba ya a cicatrizar, fue transportado a la mansión Roderich y acostado en una habitación próxima a la de Myra.

Hecho esto, expuse mi plan al doctor, quien, habiéndolo aprobado por entero, me dio carta blanca y declaró considerarme, a partir de aquel instante, en cierta suerte, como el comandante en jefe de una guarnición sitiada.

Comencé en seguida a ejercer mi autoridad. Dejando un solo criado para la custodia de Marcos y de Myra —¡no tuve más remedio que correr este riesgo!—, empecé a hacer una visita metódica y minuciosa de la casa, con la ayuda de todos sus habitantes, incluso el capitán Haralan, y la propia señora Roderich, que, por indicación mía, dejó la cabecera de su hija.

Dimos comienzo por los tejados y desvanes, recorriéndolos, codo con codo, de un extremo a otro. Visitamos luego una por una todas las piezas, sin dejar el más pequeño rincón y sin que entre nosotros hubiese el menor intervalo por el que hubiese sido posible deslizarse a una criatura humana. Al pasar, innecesario es decirlo, alzamos todas las cortinas, removimos las sillas, inspeccionamos las camas y los armarios, todo sin que ni por un segundo perdiésemos el contacto. Inmediatamente después de visitada de esta suerte una habitación, cerrábase la puerta y se me entregaba la llave.

En este trabajo hubimos de emplear más de dos horas, pero al fin fue terminado, y llegamos a la puerta exterior seguros, materialmente seguros, de que ningún extraño podía hallarse oculto en la casa.

Cerróse bien la puerta exterior, corriendo los cerrojos, y yo metí la llave en mi bolsillo. En lo sucesivo, nadie podría entrar sin mi permiso, y yo me prometía hacer las cosas de manera que ningún intruso, aunque fuese cien veces invisible, lograra insinuarse de incógnito al propio tiempo que el visitante por mí recibido y reconocido.

Y de hecho, a partir de aquel instante, yo y sólo yo respondía a las llamadas. Para cumplir mi oficio de portero me hacía acompañar por el capitán Haralan, o, en su ausencia, por un criado de confianza; la puerta era tan sólo entreabierta, y luego, mientras mi compañero la sujetaba por el interior, deslizábame yo por el hueco que yo mismo obturaba, al exterior. ¿Se admitía al visitante? Retrocedíamos paso a paso los tres, apretados uno contra otro, en tanto que la puerta iba cerrándose poco a poco.

Estábamos evidentemente en perfecta seguridad en aquella casa, transformada de tal modo en fortaleza.

Comprendo y reconozco que puede hacerse una objeción a lo que acabo de decir. Más que el nombre de fortaleza, hubiera merecido nuestra casa el de cárcel. Es cierto, pero un encarcelamiento es soportable cuando no debe eternizarse; ahora bien, ¿sería el nuestro de larga duración? Yo no lo creía así.

No cesaba, en efecto, de reflexionar en nuestra situación singular, y, sin abrigar la pretensión de haber penetrado el misterio indescifrable de Wilhelm Storitz, no dejaba de realizar algunos progresos en esta dirección.

Algunas frases por vía de explicación, un poco áridas tal vez, me parecen aquí indispensables.

Cuando se hace caer sobre un prisma un haz de rayos solares, éste se descompone, como todo el mundo sabe, en siete colores, cuyo conjunto constituye la luz blanca. Esos colores —violeta, añil, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo— constituyen el «espectro solar».

Pero tal vez esta gama visible no sea más que una parte del espectro completo. Pueden muy bien existir otros colores que no sean perceptibles para nuestros sentidos; ¿por qué esos rayos, desconocidos todavía, no habían de tener propiedades enteramente diferentes de las de aquellos que conocemos? En tanto que éstos no son capaces de atravesar más que un corto número de cuerpos sólidos, como el cristal, por ejemplo, ¿por qué los otros no habrían de atravesar indistintamente todos los cuerpos materiales^[1]?

Si las cosas pasaban realmente así, nada nos advertiría de ello, puesto que nuestros sentidos no son sensibles a esos rayos, caso de que existan. Podía, por consiguiente, ocurrir que Otto Storitz hubiese descubierto rayos que gozasen de ese poder, y que hubiese encontrado la fórmula de una sustancia que, introducida en el organismo, tuviese la facultad doble de extenderse hasta la periferia y de modificar la naturaleza de los diversos rayos contenidos en el espectro solar.

Admitido esto, todo se explicaba.

Al llegar a la superficie del cuerpo opaco impregnado de esta sustancia, la luz se descompone, y los rayos que la constituyen se transforman todos indistintamente en esas radiaciones desconocidas cuya existencia imaginaba yo; esas radiaciones atravesaban, pues, libremente ese cuerpo, y luego, sufriendo, en el momento de salir, una transformación en sentido contrario, volvían a adquirir sus diferentes formas primeras, e impresionaban nuestros ojos, como si el cuerpo opaco no hubiese existido.

Es indudable que muchos puntos quedaban todavía oscuros; ¿cómo explicar, en efecto, que no fueran vistos los vestidos que llevaba Wilhelm Storitz y que los objetos, no obstante, que tenía en las manos permaneciesen visibles?

Por otra parte, ¿cuál era la sustancia capaz de engendrar efectos tan milagrosos? Esto era una cosa que no sabía, y era en verdad

muy de lamentar, toda vez que si lo hubiese sabido habría podido hacer uso de tal sustancia y luchar con armas iguales.

Pero ¿acaso, después de todo, era imposible vencerle sin poseer esa ventaja?

Planteaba yo, en efecto, el siguiente dilema: cualquiera que fuese aquella desconocida sustancia, o su acción era transitoria o era perpetua. En el primer caso, Wilhelm Storitz se veía obligado a absorber nuevas dosis, a intervalos más o menos largos; en el segundo érale absolutamente preciso destruír de cuando en cuando, el efecto de su droga con otra droga contraria, un contraveneno en cierta suerte, pues hay circunstancias en que la invisibilidad sería no una superioridad, sino una verdadera inferioridad.

En uno y otro caso, pues, Wilhelm Storitz estaba obligado ya a fabricar, ya a tomar de una reserva preexistente, la sustancia que deseaba emplear, ya que era evidente que no podía ser ilimitada la cantidad que llevara sobre su persona.

Puesto ya este jalón, preguntábame yo qué significado tendrían, a qué responderían aquellos repiques de campanas, aquellas luces agitadas frenéticamente; aquello no conducía a nada, era del todo incoherente, según ya hice observar.

¿Cómo explicar esto sino atribuyéndolo a que Wilhelm Storitz, infatuado de la casi omnipotencia que se atribuía, llegaba a hechos y actos de demente, que estaba abocado a la locura? Esto constituía una eventualidad favorable, y que el examen desapasionado y sereno de los hechos tendía a hacer plausible.

En vista de todos estos razonamientos, fuime yo a tratar con el señor Stepark.

Dile cuenta de mis reflexiones, y de común acuerdo quedó decidido que la casa del bulevar Tekeli fuese guardada día y noche por un cordón de agentes de policía o de soldados, de tal suerte que fuese materialmente imposible a su propietario el introducirse en ella, viéndose de esta suerte privado de su laboratorio y de su reserva secreta, si era que esta reserva existía.

Veríase, por consiguiente, condenado por la fuerza de las cosas, ya a volver a tomar la apariencia humana en un plazo más o menos largo, ya a permanecer eternamente invisible, lo que podría resultar para él una causa de debilidad. No había duda, además, de que si era cierta la hipótesis de asomos de locura, no se sobreexcitase más

ante los obstáculos que se le oponían, y acabase por cometer alguna imprudencia que viniera a ponerle desarmado en nuestras manos.

El señor Stepark no puso el menor obstáculo para atender mis indicaciones. Él mismo pensaba, por su parte, aislar la casa de Wilhelm Storitz, con objeto de calmar en lo posible la excitación de la muchedumbre, tan tranquila de ordinario, feliz hasta el punto de ser envidiada por otras ciudades magiares y ahora conturbada más allá de toda imaginación. No podía dejar de compararla a la capital de un país invadido, y temía que de un momento a otro comenzase el bombardeo, teniendo que preguntarse cada uno de los habitantes si la primera bomba caerá sobre su casa o sobre la del vecino.

¿Qué no podía, en efecto, temerse de aquel Wilhelm Storitz, cuya presencia en la ciudad atestiguaban elocuentemente los últimos sucesos, y que podría escoger la víctima que mejor le pareciera para satisfacer sus instintos o su odio?

En la mansión Roderich la situación era todavía más grave. Myra no había recobrado la razón. Sus labios se abrían sólo para pronunciar palabras incoherentes; sus ojos lanzaban miradas vagas, que no se fijaban sobre nadie. No nos oía. No reconocía a su madre ni a Marcos, que pronto se halló en situación de acompañar a la señora Roderich a la cabecera de la enferma, tan alegre en otro tiempo y tan triste ahora. ¿Era un delirio pasajero, una crisis sobre la cual triunfarían los cuidados que se le prodigaban? ¿Era una locura incurable?... ¿Quién habría podido decirlo en aquellas circunstancias?

Su debilidad era también extrema, como si se hubiesen roto los resortes de la vida. Tendida sobre su lecho, casi sin movimiento, apenas si ella a veces esbozaba un gesto con la mano. Se podía pensar entonces que tal vez ella intentaba rasgar el velo de inconsciencia que la envolvía o manifestar su voluntad. Marcos se inclinaba, le hablaba, se esforzaba en sorprender una respuesta en sus labios, un signo en sus ojos. Pero los ojos continuaban cerrados y la mano, apenas levantada, volvía a caer.

La señora Roderich se sostenía merced a una extraordinaria fuerza moral. Apenas si se concedía algunas horas de reposo, porque su marido la obligaba a ello. Y ¡qué sueño tan agitado el suyo! A pesar de las precauciones adoptadas, decíase que él, el enemigo invisible, estaba allí, que había penetrado en la casa, que

rondaba en torno de su hija... Se levantaba llena de terror y no recuperaba alguna tranquilidad hasta no haber visto al doctor o a Marcos velando a la cabecera de Myra. Si semejante situación se prolongaba por algún tiempo, le sería imposible resistir a ella.

Los colegas del doctor Roderich celebraban consulta sobre consulta. Examinada larga y minuciosamente la enferma, nadie había podido pronunciarse acerca de esta inercia intelectual. Ni reacción ni crisis. Simplemente una indiferencia a todas las cosas exteriores, una inconsciencia completa, una tranquilidad de muerte ante la cual la ciencia permanecía impotente.

Tan pronto como pudo tenerse de pie, y fue al cabo de los tres días, mi hermano no abandonó la habitación de Myra.

Por mi parte, apenas si me ausentaba de la casa, y cuando lo hacía, era para encaminarme al ayuntamiento. El señor Stepark me tenía al corriente de todo lo que se decía en Ragz. Por él sabía que la población entera estaba llena de mil aprensiones. En la imaginación popular no era sólo Wilhelm Storitz, sino una banda de individuos invisibles, formada por él, quienes habían invadido la ciudad, entregada sin defensa a sus infernales maquinaciones y combinaciones criminales.

El capitán Haralan, por el contrario, se hallaba con mucha frecuencia fuera de nuestra fortaleza. Bajo la obsesión de una idea fija, recorría incesantemente las calles sin suplicarme que le acompañase. ¿Acariciaba algún proyecto y temía que yo tratase de disuadirle de él? ¿Contaba con la más inverosímil de las casualidades para tropezarse con Wilhelm Storitz? ¿Aguardaba que éste fuese señalado en Spremberg o en otra parte cualquiera para correr en su busca? Seguramente que no habría tratado de retenerle, sino que, por el contrario, le hubiera acompañado, ayudándole a desembarazarnos de aquel malvado.

Pero ¿había alguna probabilidad de que se produjera aquella eventualidad? No, ni en Ragz ni en otra parte cualquiera.

A la caída de la tarde del 11 de junio tuve una larga conversación con mi hermano, que me parecía más abatido que nunca y temía que fuera a caer seriamente enfermo.

Habría sido menester sacarle de aquella ciudad y llevarle a Francia, pero nunca hubiera consentido en separarse de Myra. ¿Era, con todo, imposible que la familia Roderich se alejase por algún

tiempo de Ragz? ¿No merecía ser estudiada la cuestión?

Pensé, y me propuse, hablar de ello al doctor.

Aquel día, al poner fin a nuestra plática, dije a Marcos:

—Mi querido hermano, te veo a punto de perder toda esperanza; la vida de Myra no está ya en peligro, según el dictamen de los médicos, de acuerdo todos sobre este punto. Si su razón la ha abandonado es sólo momentáneamente, créelo. No dejará de volver a ella la inteligencia y quedará sana, para tu alegría y la de todos.

—Tú quieres que no me desespere —respondió Marcos con voz ahogada por los sollozos—; pero, aun en el caso de que mi pobre Myra recobrase la razón, ¿no continuará hallándose a merced de ese monstruo? ¿Crees tú que su odio se haya satisfecho con lo hecho hasta aquí? ¿Y si quiere llevar más adelante su venganza?... ¿Y si quiere?... Ya me comprendes, Enrique... Él lo puede todo, y nosotros nos hallamos sin defensa contra él.

—No —exclamé—, no, Marcos, no es imposible combatirle.

—¿Y cómo?... ¿Cómo? —repuso Marcos, animándose—. No, Enrique, no dices lo que piensas. No; estamos desarmados contra ese miserable. No podemos librarnos de él más que encerrándonos en una cárcel. Y nada nos asegura de que, a pesar de todo, no consiga penetrar en la casa.

La exaltación de Marcos no me dejaba contestarle, no se escuchaba más que a sí mismo, y añadió, apretando los puños:

—¿Quién te dice que nosotros estamos solos en este instante? No me traslado yo de una habitación a otra sin decirme que tal vez él me sigue. Se me antoja que alguien anda detrás de mí... que alguien se aparta... y que desaparece cuando quiero asirle.

Sin dejar de hablar, Marcos se acompañaba con los movimientos y gestos de que hacía mención, y avanzaba o retrocedía como ante un ser invisible. No sabía qué hacer para calmarle. Lo mejor hubiera sido arrastrarle fuera de la casa; llevarle lejos... muy lejos.

—¿Quién sabe —prosiguió diciendo— si no ha sorprendido cuanto acabamos de hablar? Nosotros le creemos lejos y tal vez está aquí... ¡Mira!... ¡Tras esa puerta... sí... oigo pasos...! Está ahí... Se acerca... ¡Golpeemos!... ¡Matemos!... Pero ¿es posible?... ¿Puede morir ese monstruo?



He aquí en qué estado se hallaba mi hermano. ¿No tenía yo motivos sobrados para temer que en una de esas crisis su razón se escapase como escapara la de Myra?

¿Qué falta hacía que Otto Storitz hiciese aquel descubrimiento maldito? ¿Por qué había de haber dejado semejante secreto en manos de un hombre demasiado armado ya para el mal?

En la ciudad la situación no mejoraba. Aun cuando ningún otro incidente se hubiese producido desde que Wilhelm Storitz había gritado, por decirlo así, desde lo alto de la torrecilla del reloj: «Aquí estoy yo», el espanto había invadido a la población toda. No había casa que no se creyese visitada por el invisible. Ni aun las iglesias ofrecían ya un asilo en que poderse refugiar, después de lo que había pasado en la catedral. En vano intentaban las autoridades producir y provocar una reacción; nada consiguieron, porque no hay poder contra el terror.

He aquí, entre mil otros, un hecho que pone de manifiesto a qué grado de excitación habían llegado los espíritus.

En la mañana del día 12 había yo había salido del hotel para ir a ver al jefe de policía, cuando al desembocar en la calle del Príncipe Miloch, doscientos pasos antes de la plaza San Miguel, vi al capitán Haralan.

—Voy —le dije— a casa del señor Stepark; ¿quiere usted acompañarme, capitán?

Sin contestarme, maquinalmente, tomó la misma dirección que yo. Nos acercábamos ya a la plaza Kurtz cuando oímos muchos gritos de espanto.

Un carricoche, tirado por dos caballos, bajaba la calle con una velocidad excesiva; los transeúntes se separaban a derecha e izquierda para evitar el ser atropellados. Sin duda el conductor había sido arrojado a tierra, y los caballos, abandonados a sí propios, se habían desbocado.

Pues bien: ocurrióseles a algunos transeúntes, no menos enloquecidos que los caballos, que un ser invisible guiaba aquel carruaje y que Wilhelm Storitz estaba dentro.

A nuestros oídos llegó el grito:

—¡Él... él!... ¡Es él!...

No había tenido tiempo de volverme hacia el capitán Haralan cuando ya éste no estaba a mi lado. Le vi precipitarse al encuentro del carricoche con la evidente intención de detenerle cuando cruzase por su lado.

La calle hallábase muy concurrida a la sazón. El nombre de Wilhelm Storitz se oía por doquier; multitud de piedras comenzaron a caer sobre los caballos desbocados. Tal era la sobreexcitación pública, que algunos tiros de mosquetes partieron del almacén

situado en el ángulo de la calle del Príncipe Miloch.

Uno de los caballos cayó herido por una bala en la pata, y el carruaje, al tropezar con su cuerpo, quedó volcado.

En seguida la muchedumbre se lanzó, abrió las portezuelas y tendió las manos con ánimo de apresar a Wilhelm Storitz. Sólo encontraron el vacío.

El conductor invisible debió, sin duda, de saltar del carricoche antes de volcar, pues nadie podía dudar que de nuevo quiso aterrorizar a la ciudad.

No era así, sin embargo, y presto hubo de reconocerse. Pronto se acercó un campesino, el dueño del carruaje, cuyos caballos, detenidos en el mercado Coloman, se habían desbocado en su ausencia. ¡Cuál no fue su cólera al ver a uno de ellos tendido en tierra! Nadie quería oírle, y llegué a temer yo que la muchedumbre fuera a ensañarse y maltratar a aquel pobre hombre, al que protegimos con dificultad contra tan ciegos furores.

Arrastré tras de mí al capitán Haralan, quien me siguió, sin decir una palabra, al ayuntamiento.

El señor Stepark estaba informado ya de lo que había ocurrido en la calle del Príncipe Miloch.

—La ciudad —me dijo— está alborotada, y no es posible prever hasta dónde llegará.

Hícele mis preguntas habituales.

—¿Ha sabido usted algo de nuevo?

—Sí —respondió—, se me ha informado de la presencia de Wilhelm Storitz en Spremberg.

—¿En Spremberg? —gritó el capitán Haralan volviéndose hacia mí—. ¡Marchemos! Tengo su promesa.

No sabía yo qué contestar, porque estaba seguro de la inutilidad de semejante viaje.

—Aguarde usted, capitán —intervino el señor Stepark—, he pedido a Spremberg la confirmación de la noticia, y un correo debe llegar de un momento a otro.

No había transcurrido media hora cuando el correo esperado llegó; la noticia no tenía ningún fundamento serio. No sólo no se había visto a Wilhelm Storitz en Spremberg, sino que se creía que no debía haber salido de Ragz.

Dos nuevos días pasaron sin que se produjera cambio alguno en

el estado de Myra Roderich. En cuanto a mi hermano, me pareció un poco más tranquilo. Yo esperaba la ocasión de hablar al doctor de un proyecto de marcha.

La jornada del 14 de junio fue menos tranquila que las precedentes. Aquella vez, las autoridades experimentaron su impotencia para contener a una muchedumbre llegada a tan extraordinario grado de exaltación.

Hacia las once, mientras yo me paseaba por el muelle Batthyani, vinieron a herir mis oídos las siguientes frases:

—¡Ha vuelto!... ¡Ha vuelto!...

No había necesidad de decir quién era el que había vuelto; se adivinaba fácilmente. Dos o tres transeúntes a quienes me dirigí, me dijeron:

—¡Acaba de percibirse humo en la chimenea de su casa!

—¡Se ha visto —afirmó otro—, se ha visto su semblante tras los cristales del pabellón de la terraza!

Sin conceder ni negar crédito a aquellos rumores, me dirigí inmediatamente al bulevar Tekeli.

¿Qué probabilidades había, sin embargo, para presumir que Wilhelm Storitz se mostrara tan imprudentemente? No podía ignorar que sobre su morada se ejercía una activa vigilancia, y que se tenían vivísimos deseos de echarle mano; ¿cómo, pues, iba él a correr tamaño riesgo sin que nada le forzara a ello? ¿Habría de mostrarse en una de las ventanas de su casa?

Verdadera o falsa la noticia, había producido su efecto.

Cuando yo llegué, muchos millares de personas, que el cordón de agentes de policía se esforzaba inútilmente en contener, rodeaban ya la casa por el bulevar y por el camino de ronda. De todas partes acudían masas enormes de hombres y de mujeres sobreexcitados hasta un extremo inconcebible, y dejando oír gritos de muerte.

¿Qué podían los argumentos de cualquier clase contra la convicción infundada, pero arraigadísima, de que «él» estaba allí, y con él tal vez la banda de sus invisibles cómplices? ¿Qué podía la policía contra aquella muchedumbre innumerable, que sitiaba la casa maldita tan de cerca? Si Storitz estaba allí encerrado no conseguiría librarse y escapar. Por otra parte, si Wilhelm Storitz fue visto en las ventanas del pabellón, estaba bajo su apariencia

material. Antes de que tuviera tiempo de hacerse invisible sería aprehendido y no podría escapar esta vez a la venganza popular.

A pesar de la resistencia de los agentes, a pesar de los esfuerzos del jefe de policía, la verja fue asaltada, la casa invadida, descerrajadas las puertas, arrancadas las ventanas, arrojados los muebles al jardín y al patio, y destrozados los aparatos del laboratorio.

Después, las llamas brotaron de la planta baja, ganaron el piso superior, invadieron la techumbre y pronto la terraza se hundió, cayendo en el horno.

En cuanto a Wilhelm Storitz, en vano se le había buscado, en la habitación, en el patio, en el jardín. O no estaba, o, por lo menos, fue imposible encontrarle.

Ahora, el incendio iniciado en diez puntos a la vez devoraba la casa. Una hora después, de la casa no quedaban sino las cuatro paredes.

Acaso fuese preferible que se hubiese destruido; ¿quién sabe si ese hecho no traería la paz a los espíritus, llegando la población ragziana a creer que Wilhelm Storitz, por invisible que fuese, había perecido en el incendio?



CAPÍTULO XV

Después de la destrucción de la casa de Storitz, parecióme que la sobreexcitación de Ragz se había calmado un poco; la ciudad iba tranquilizándose. Como yo había supuesto, algunos habitantes se inclinaban a creer que *el hechicero*, hallándose realmente en su morada en el momento de ser invadida por la muchedumbre, había perecido en medio de las llamas.

La verdad es que, buscando entre los escombros y removiendo las cenizas, no se descubrió nada que pudiera justificar semejante opinión. Si Wilhelm Storitz había asistido al incendio, era, indudablemente, desde algún sitio donde no podía alcanzarle.

Nuevas cartas recibidas en Spremberg se hallaban de acuerdo sobre este punto: ni Wilhelm Storitz ni su criado Hermann habían sido vistos allí, y se ignoraba en absoluto dónde podían haberse refugiado uno y otro.

Por desgracia, si bien una calma relativa comenzaba a reinar en la ciudad, no sucedía lo mismo en la mansión Roderich. El estado mental de nuestra pobre Myra no mejoraba nada. Inconsciente, indiferente a los cuidados que no cesaban de serle prodigados, no reconocía a nadie. Así es que los médicos no se atrevían a abrigar esperanzas. Sin embargo, aun cuando débil, su vida no se encontraba amenazada. Permanecía tendida sobre su cama, casi sin movimiento, pálida como una muerta. Si se intentaba incorporarla, los sollozos sacudían su pecho, el espanto se pintaba en sus ojos.

En la tarde del día 16, erraba yo al azar por las calles de la población, cuando se me ocurrió la idea de pasar a la orilla derecha del Danubio.

Era ésta una excursión que se había quedado hasta entonces en proyecto, pues las circunstancias no me habían permitido hacerla

aún, excursión de la que, por lo demás, no me aprovecharía gran cosa, dado el estado en que mi espíritu se encontraba.

Encaminéme, pues, hacia el puente, atravesé la isla Svendor y puse, por fin, el pie sobre la orilla perteneciente a Serbia.

Mi paseo hubo de prolongarse algo más de lo que pensaba y quería; habían dado ya las ocho y media cuando volví al puente, después de haber comido en una fonda de la orilla serbia, próxima al río.

No sé qué capricho me asaltó entonces. En vez de entrar directamente en el puente, no atravesé sino su primera parte, y bajé por el paseo central de la isla Svendor.

Apenas había dado una docena de pasos cuando descubrí al señor Stepark. Estaba solo; se acercó a mí, y entablamos en seguida conversación sobre el asunto que a ambos nos preocupaba tan hondamente.

Haría unos veinte minutos que habíamos emprendido el paseo cuando llegamos a la punta septentrional de la isla. Acababa de caer la noche, y la sombra se extendía por los árboles y los paseos desiertos. Los chalets estaban cerrados, y no encontramos a nadie.

Había llegado la hora de regresar a Ragz, y a ello íbamos a decidimos cuando algunas palabras llegaron a nuestros oídos.

Me detuve y detuve al señor Stepark, cogiéndole del brazo; luego, inclinándome de manera que fuera oído por él solo, le dije:

—Escuche... Alguien habla... Esta voz... es la voz de Wilhelm Storitz.

—¿Wilhelm Storitz? —dijo el jefe de policía en el mismo tono.

—Sí.

—No nos ha visto.

—No; la noche viene a igualar las cosas y nos hace invisibles como él.

La voz, sin embargo, continuaba llegando hasta nosotros, algo indistinta; las voces, mejor dicho, porque seguramente había dos o más interlocutores.

—No está solo —murmuró el señor Stepark.

—No. Su criado probablemente.

El señor Stepark me arrastró con él al abrigo de unos árboles, inclinándose hacia el suelo. Merced a la oscuridad que nos protegía, tal vez pudiéramos acercarnos a los interlocutores lo bastante para

oír sin ser vistos.

Pronto nos encontramos escondidos a diez pasos aproximadamente del sitio en que debía encontrarse Wilhelm Storitz. No vimos, naturalmente, a nadie, pero no por eso dejamos de esperar, y no tuvimos por qué lamentarlo.

Jamás se nos había presentado mejor ocasión para averiguar dónde se ocultaba nuestro enemigo desde el incendio de su casa, así como de conocer sus proyectos, y hasta, si posible fuere, de apoderarnos de su persona.

No podía en manera alguna sospechar que nosotros estuviésemos allí, con el oído atento. Medio acostados entre las ramas, no atreviéndonos casi ni a respirar, escuchamos, con indecible emoción, las frases que se cambiaban, más o menos distintas según que el amo y el sirviente se acercaban o se alejaban de nosotros.



He aquí la primera frase que llegó hasta nosotros, y que fue pronunciada tranquilamente por Wilhelm Storitz:

—¿Podremos ir allí mañana?

—Sí —respondió su invisible interlocutor, el criado Hermann, según todas las probabilidades— y nadie sabrá quiénes somos.

—¿Desde cuándo estás en Ragz?

—Desde esta mañana.

—Bien... ¿Y esa casa está alquilada?...

—Con un nombre supuesto.

—¿Estás seguro de que podemos habitarla a la vista de todo el mundo, que no somos conocidos en...?

Imposible nos fue, con gran disgusto nuestro, distinguir el nombre de la población que iba a pronunciar Wilhelm Storitz.

Pero de las palabras oídas resultaba que nuestro adversario contaba con volver a tomar la apariencia humana en un plazo más o menos largo; ¿por qué cometía semejante imprudencia? Supuse yo que su invisibilidad no podía mantenerse más allá de cierto tiempo, sin que resultase perjudicial a su salud.

Doy, por lo que pueda valer, esta explicación, que me parece plausible, pero que nunca tuve ocasión de comprobar.

Cuando las voces volvieron a acercarse, Hermann decía, acabando una frase comenzada:

—La policía de Ragz no nos descubrirá bajo esos nombres.

¿La policía de Ragz?... ¿Era, pues, en una población húngara donde iban a habitar?

Disminuyó luego el ruido de los pasos, alejéronse los interlocutores, lo cual le permitió al señor Stepark decirme:

—¿Qué población?... ¿Qué nombres?... He aquí lo que nos interesaría conocer.

Antes de que hubiese tenido tiempo de contestarle, nuestros enemigos se acercaron de nuevo y vinieron a hacer alto a algunos pasos de nosotros.

—¿Es, pues, absolutamente necesario ese viaje a Spremberg? —decía Hermann.

—Sí, porque allí es donde están depositados mis fondos. Además, aquí no podría dejarme ver impunemente, mientras que allí...

—¿Tiene la intención de dejarse ver en carne y hueso?

—¿Y cómo evitarlo?... ¿Cómo iban a pagarme si no?

Así, lo que yo había previsto se realizaba. Wilhelm Storitz se hallaba en una de esas situaciones en que la invisibilidad deja de ser una ventaja. Necesitaba dinero, y para procurárselo érale preciso renunciar a su poder.

Continuó diciendo:

—Lo peor es que no sé cómo arreglármelas. Esos imbéciles han destruido mi laboratorio, y no poseo ni un solo frasco número 2. Afortunadamente, no han podido descubrir el escondite del jardín, pero está bajo los escombros, y te necesito para dejarlo al descubierto.

—A sus órdenes —contestó Hermann.

—Ven pasado mañana, hacia las diez; el día o la noche son lo mismo para nosotros, y así, veremos claro.

—¿Por qué no mañana?

—Mañana tengo otra cosa que hacer; medito un golpe de los míos, y del que no se alegrará mucho alguno que yo me sé.

Ambos interlocutores emprendieron de nuevo su paseo. Cuando volvieron:

—No, no dejaré Ragz —decía Storitz con voz en que palpitaba la cólera— mientras mi odio contra esa familia no esté satisfecho, mientras Myra y ese francés...

No acabó, o más bien fue como un rugido lo que se escapó de su pecho. En aquel momento cruzaba muy cerca de nosotros. Tal vez habría bastado extender la mano para cogerle. Pero nuestra atención fue entonces atraída por estas palabras de Hermann:

—Se sabe ya en Ragz que usted posee el poder de hacerse invisible, pero se ignora por qué medio lo consigue.

—Y eso se ignorará siempre —respondió Wilhelm Storitz—. Ragz no ha acabado conmigo. ¡Porque han quemado mi casa creen haber destruido mi secreto!... ¡Imbéciles!... No, Ragz no evitará mi venganza, y no dejaré de él piedra sobre piedra.

Apenas se había pronunciado esta frase tan amenazadora para la ciudad, cuando las ramas que nos ocultaban se apartaron violentamente; el señor Stepark acababa de lanzarse en la dirección en la que sonaban las voces.

De pronto, gritó:

—¡Tengo a uno, señor Vidal; coja usted al otro!

No había duda de que sus manos habían caído sobre un cuerpo perfectamente tangible, ya que no visible. Pero fue rechazado con suma violencia, y habría caído si yo no le hubiese cogido del brazo.



Creí entonces que nosotros íbamos a ser atacados en condiciones sumamente desventajosas, ya que no podíamos ver a nuestros agresores.

Pero no fue así. Una risa irónica estalló hacia la izquierda, y percibimos un ruido de pasos que se alejaban.

—¡Golpe fallido! —exclamó el señor Stepark—. Pero ahora

estamos seguros de que su invisibilidad no les impide ser cogidos y presos.

Por desgracia, se nos habían escapado, e ignorábamos el lugar de su retiro. El señor Stepark no parecía hallarse menos contento por ello.

—Son nuestros —dijo en voz baja, mientras ganábamos el muelle Batthyani—. Conocemos el punto débil del adversario, y sabemos que Wilhelm Storitz debe dirigirse pasado mañana a las ruinas de su casa. Esto nos da dos medios de vencerle. Si fracasa uno, resultará el otro.

Dejando al señor Stepark, volví a entrar en la casa, y mientras que la señora Roderich y Marcos velaban a la cabecera de Myra, me encerré yo con el doctor. Importaba mucho ponerle en seguida al corriente de lo que había pasado en la isla Svendbor.

Le referí todo, sin olvidar la conclusión optimista del señor Stepark, pero no sin añadir que, por mi parte, no me sentía muy tranquilo.

El doctor creyó que ante las amenazas de Wilhelm Storitz, ante su deseo de proseguir la obra de destrucción y de venganza contra la familia Roderich y contra la ciudad entera, se imponía la obligación de salir de Ragz. Era menester partir, partir secretamente, y cuanto más pronto mejor.

—Soy —le dije— de la misma opinión, y sólo haré una objeción: ¿se encuentra Myra en estado de soportar las fatigas de un viaje?

—La salud de mi hija no está alterada. No sufre. Sólo su razón está atacada.

—La recobrará con el tiempo —afirmé yo— y, sobre todo, en otro país donde no tenga nada que temer.

—¡Ay! —gimió el doctor—. ¿Se habrá evitado el peligro con nuestra marcha? ¿No nos seguirá Storitz?

—No, si guardamos el secreto acerca de la fecha de la partida y el fin del viaje.

—¡El secreto! —murmuró tristemente el doctor.

Lo mismo que mi hermano, el doctor Roderich se preguntaba si podía haber secreto bien guardado para Wilhelm Storitz, si no se encontraba en aquel mismo instante en aquel despacho, oyendo lo que decíamos y preparando alguna nueva maquinación.

En resumen: la marcha quedó decidida.

La señora Roderich no hizo la menor objeción; tenía ansia de ver a Myra trasladada a otro sitio cualquiera.

Marcos, por su parte, también la aprobó. No le hablé para nada de nuestra aventura en la isla Svendor. Lo creí perfectamente inútil.

Se la referí, por el contrario, al capitán Haralan. Tampoco éste hizo ninguna objeción a nuestro proyecto de viaje, contentándose con preguntarme:

—¿Acompañará usted, sin duda, a su hermano?

—Naturalmente; mi presencia cerca de él es tan indispensable como la de usted cerca de...

—No partiré —respondió con el tono de un hombre cuya resolución es absolutamente irrevocable.

—¿Por qué?

—Porque quiero, debo, permanecer en Ragz, pues tengo el presentimiento de que es necesario que permanezca.

No podía discutirse, y no discutí.

—Sea, capitán.

—Cuento con usted, mi querido Vidal, para reemplazarme cerca de mi familia, que es ya la de usted.

—Cuenta conmigo.

Ocupéme de los preparativos del viaje. Me procuré dos berlinas de viaje, muy confortables. Luego fui a ver al señor Stepark, a quien di cuenta de mis proyectos.

—Hacen ustedes perfectamente, y es de lamentar que la ciudad toda no pueda hacer otro tanto.

El jefe de policía estaba sumamente preocupado, y no sin motivo, dado lo que habíamos oído el día anterior.

A las ocho llegaron las berlinas a la mansión Roderich, donde yo había llegado a las siete, asegurándome de que todo estaba dispuesto.

Una de las berlinas la ocuparían los señores Roderich con su hija; Marcos y yo subiríamos en la segunda, que saldría de la ciudad por un camino distinto, con objeto de no llamar la atención.

Entonces, ¡ay!, fue cuando se produjo lo más imprevisto, el más terrible de los golpes de teatro.

Los coches nos esperaban, el primero ante la puerta principal y el otro ante la puertecilla del jardín. El doctor y mi hermano subieron a la habitación de Myra para transportarla hasta el coche.

Llenos de espanto y terror se detuvieron en el umbral; ¡el lecho estaba vacío! ¡Myra había desaparecido!

CAPÍTULO XVI

¡Myra desaparecida!...

Cuando aquel grito resonó en la casa, pareció no comprenderse su significación. ¿Desaparecida?... Eso no tenía sentido, jeso era inverosímil!

Media hora antes, la señora Roderich y Marcos se encontraban aún en la habitación donde Myra reposaba en su lecho, vestida ya con traje de viaje, tranquila, con la respiración regular hasta el punto de parecer que dormía. Un momento antes había tomado alimento de mano de Marcos, que había bajado en seguida para cenar; terminada la cena, el doctor y mi hermano habían subido para transportarla a la berlina.

Entonces fue cuando se produjo el golpe de teatro; no la ven sobre su lecho; ¡la habitación está vacía!

—¡Myra! —gritó Marcos precipitándose hacia la ventana, que intentó abrir, sin poder conseguirlo: estaba cerrada. El rapto, si rapto había habido, no podía haberse verificado por aquella parte.

La señora Roderich y el capitán Haralan corrieron después, y estos gritos resonaron por toda la casa:

—¡Myra!... ¡Myra!...

Que no respondiese, se comprende, y no era una respuesta lo que de ella se esperaba. Pero ¿cómo explicar que no estuviese en su habitación? ¿Era posible que ella hubiera dejado su lecho, atravesado la habitación de su madre y bajado la escalera sin que nadie la hubiera visto?

Me ocupaba yo en disponer los bultos pequeños en las berlinas, cuando percibí los gritos y subí corriendo al primer piso.

El doctor y mi hermano, que repetía con voz trémula el nombre de su mujer, iban y venían como dos locos.

—¿Myra? —pregunté yo—. ¿Qué quieres decir, Marcos?

El doctor apenas tuvo fuerzas para contestarme:

—¡Mi hija... desaparecida!

Menester fue depositar sobre un lecho a la señora Roderich, que acababa de perder el conocimiento. El capitán Haralan, con el rostro convulso, los ojos encendidos, trémulo de ira, vino a mí y me dijo:

—¡Él!... ¡Siempre él!

Yo, no obstante, trataba de reflexionar. Era muy difícil sostener la opinión del capitán Haralan; no era admisible que Wilhelm Storitz hubiese conseguido introducirse en la casa a pesar de las precauciones adoptadas. Era, en rigor, concebible que se hubiese aprovechado del inevitable desorden que ocasiona un viaje. Pero para eso era menester que hubiera estado en acecho para aprovechar el menor descuido, y que hubiese operado con una prodigiosa rapidez.

Por lo demás, aun admitiendo todas esas hipótesis, un rapto así era inexplicable. Yo, en efecto, no me había separado de la puerta de la galería, ante la que se estacionaba la berlina. ¿Cómo, pues, habría podido Myra franquear aquella puerta para ganar la del jardín sin haber sido vista por mí? Bien está que Wilhelm Storitz fuese invisible, ¿pero ella?...

Volví a la galería y llamé al criado. Cerrada con doble vuelta la puertecilla del jardín que da al bulevar Tekeli, guardé la llave. Después recorrimos la casa de lo alto abajo, sin perdonar ni el menor rincón, y lo mismo el jardín...

No encontramos a nadie...

Volví al lado de Marcos. Mi pobre hermano lloraba a lágrima viva y estallaba en sollozos.

Lo primero que, a mi juicio, había de hacerse, era prevenir al jefe de policía.

—Corro al ayuntamiento; venga conmigo —dije al capitán Haralan.

La berlina continuaba esperando. Tomamos asiento en ella y salió al galope el tiro del vehículo; en pocos minutos estuvimos en la plaza Kurzt.

El señor Stepark estaba aún en su despacho. Púsele al corriente de lo acaecido. Aquel hombre, acostumbrado a no sorprenderse de

nada, no pudo entonces disimular su estupefacción.

—¿La señorita Roderich desaparecida? —exclamó.

—Sí, parece imposible, pero así es; huida o raptada, ella no está en casa.

—Debe de ser cosa de Storitz —murmuró el jefe.

La opinión del jefe de policía era la misma que la del capitán Haralan.

Pasado un instante, añadió:

—Ése es, sin duda, el golpe maestro de que hablaba a su criado.

El señor Stepark tenía razón. Sí, Wilhelm Storitz nos había prevenido, en cierta suerte, del mal que se proponía hacernos; y nosotros, insensatos, no habíamos tomado ninguna medida para defendernos.

—Señores —dijo el señor Stepark—, ¿quieren ustedes acompañarme a la casa?

—Al instante —respondí.

—Voy con ustedes; el tiempo para dar algunas órdenes.

El señor Stepark llamó a uno de los brigadieres y le ordenó que se dirigiese a la mansión Roderich con una escuadra de policía, que debía permanecer allí vigilando toda la noche. Tuvo en seguida con el subdirector de la policía un largo conciliábulo en voz baja, y luego la berlina nos condujo a los tres a la mansión Roderich.

La casa fue registrada una segunda vez, y en vano también.

Sin embargo, el jefe de policía hizo una observación al penetrar en la habitación de Myra.

—Señor Vidal —me dijo—, ¿no nota usted un olor particular, que ya en otra ocasión ha afectado a nuestro olfato?

En efecto: en el aire quedaba como un vago perfume.

Me acordé en seguida, y exclamé:

—¿El olor del líquido contenido en aquella redoma que se rompió en el momento en que usted, señor Stepark, iba a cogerla en el laboratorio de Wilhelm Storitz?

—Eso es, señor Vidal, y semejante hecho nos autoriza para hacer algunas hipótesis; si este líquido, como supongo, es el que produce la invisibilidad, tal vez Wilhelm Storitz haya hecho sorber alguna cantidad a la señorita Roderich, y se la haya llevado tan invisible como lo es él mismo.

Quedamos aterrados.

Sí, en efecto, las cosas habían podido pasar así. Parecíame ahora indudable que Wilhelm Storitz se hallaba en el laboratorio cuando el registro, y que había hecho caer la redoma para que no pudiéramos apoderarnos de ella. Sí; aprovechándose del barullo producido por los preparativos del viaje, Wilhelm Storitz había penetrado en aquella habitación y se había llevado a Myra.

¡Qué noche pasamos, yo al lado de mi atribulado hermano y el doctor al de su esposa! ¡Con cuánta impaciencia aguardábamos el día!

¿El día?... ¿Y de qué había de servirnos que llegase el día?... ¿Existía la luz para Wilhelm Storitz?... ¿No sabía él rodearse de una noche impenetrable?

El señor Stepark no se separó de nosotros hasta la madrugada, para dirigirse entonces a la residencia del gobernador. Antes de partir me llamó aparte y pronunció ante mí las siguientes frases, inexplicables, sobre todo en aquellas circunstancias:

—Una palabra tan sólo, señor Vidal —me dijo—, no desespere usted, ni pierda el valor, porque, o mucho me engaño o están tocando ustedes el fin de sus penas.

No contesté a aquellas frases de consuelo, que me parecieron desprovistas de sentido, limitándome a contemplar al jefe de policía con aspecto de estupefacción. ¿Había comprendido bien? Estaba completamente anonadado, al límite de mis fuerzas y energía y nada se podía obtener de mí en este momento.

Hacia las ocho llegó el gobernador, asegurando al doctor que no se perdonaría medio para encontrar a su hija. El señor Roderich y yo tuvimos una sonrisa de amarga incredulidad. ¿Qué podía hacer el gobernador en realidad?

Desde las primeras horas de la mañana, la noticia del rapto había circulado por la población, provocando los sentimientos que son fáciles de suponer, y que yo renuncio a describir.

Antes de las nueve se presentó el teniente Armgard en la casa, poniéndose a la disposición de su camarada. Pero ¿para hacer qué, Dios mío?

De creer es que el capitán Haralan no juzgó, como yo, inútil esta oferta amistosa, porque, después de dar gracias efusivas a su compañero, se cubrió con el gorro del uniforme, se ajustó el cinturón del sable y dijo está única palabra:

—Ven.

Mientras los dos oficiales se dirigían hacia la puerta, sentíme acometido de un deseo vehementísimo de seguirles, y propuse a Marcos que nos acompañara. ¿Me comprendió?... No lo sé, pero, en todo caso, no contestó.

Cuando yo salí, ambos oficiales estaban ya en el muelle. Los raros transeúntes de aquella hora miraban la casa con un espanto mezclado de terror. ¿No era de allí de donde brotaba aquella tempestad de horror que perturbaba la ciudad?

Cuando me uní al teniente Armgard y al capitán Haralan, éste me miró, pero no me sorprendería que ni siquiera hubiera advertido mi presencia.

—¿Viene usted con nosotros, señor Vidal? —me preguntó el teniente Armgard.

—Sí. ¿Van ustedes...?

El teniente respondió con un alzamiento de hombros. ¿Dónde iban?... Al azar, sin duda; y ¿no era el azar, en efecto, el guía más seguro que podíamos seguir?

Al cabo de algunos pasos, el capitán Haralan, deteniéndose bruscamente, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto —respondió su amigo después de consultar su reloj.

Volvimos a emprender la marcha.

Caminábamos con un paso incierto, sin cambiar una sola palabra; después de haber atravesado la plaza Magiar y subido la calle del Príncipe Miloch, dimos la vuelta a la plaza San Miguel, bajo los arcos. Con frecuencia, el capitán Haralan se detenía bruscamente, como si sus pies hubiesen quedado clavados en el suelo, y de nuevo preguntaba la hora:

—Las nueve y veinticinco...

—Las nueve y media...

—Las diez menos veinte...

Tales fueron las sucesivas respuestas de su camarada.

Tan pronto como obtenía el informe pedido, el capitán emprendía nuevamente su marcha indecisa. Girando hacia la izquierda pasamos por detrás del ábside de la catedral. Tras una cortés indecisión el capitán Haralan se metió en la calle Bihar. Este

barrio aristocrático de Ragz permanecía como muerto; apenas algunos peatones apresurados, las ventanas de la mayor parte de las casas cerradas, como en un día de duelo público. Desde el extremo de la calle, el bulevar Tekeli se nos mostró en toda su longitud. Estaba desierto, o mejor, desertado. Se evitaba desde el incendio de la casa de Storitz. ¿Qué dirección tomaría el capitán Haralan, hacia la ciudad alta, del lado del castillo, o hacia el muelle Bethyani, del lado del Danubio?

Una vez más se había detenido el capitán Haralan, como incierto acerca del partido que debía tomar. La acostumbrada pregunta cayó de sus labios:

—¿Qué hora es, Armgard?

—Las diez menos diez —respondió el teniente.

—Es la hora —dijo Haralan, que subió el bulevar con rápido paso.

Cruzamos ante la verja de la casa de Storitz; el capitán ni siquiera la miró; dio la vuelta a la propiedad, y no hizo alto hasta haber llegado al camino de ronda, del cual se hallaba separado el jardín por un muro de dos metros y medio aproximadamente.

—¡Ayudadme! —dijo señalando con la mano lo alto del muro.

Aquella palabra valía por todas las explicaciones del mundo. En seguida comprendí el objetivo que perseguía el infeliz hermano de Myra.

¿No eran las diez la hora fijada por el mismo Storitz en la conversación que el señor Stepark y yo habíamos escuchado? ¿No había yo informado de ello al capitán Haralan?

Sí, en aquel momento el monstruo estaba allí, tras aquel muro, tratando de descubrir el orificio del escondite que contenía las reservas de aquellas sustancias desconocidas, de que tan mal uso hacía. ¿Conseguiríamos sorprenderle mientras se entregaba a ese trabajo? En realidad, no era probable. Pero no importaba; había una ocasión, única tal vez, y era menester no dejarla escapar.

Ayudándonos unos a otros, en pocos minutos franqueamos el muro, yendo a caer al otro lado, en un paseo estrecho bordeado de espesos macizos. Ni Storitz ni nadie hubiera podido vernos.

—Quedaos ahí —dijo el capitán Haralan, que, marchando a lo largo del muro, en dirección de la casa, desapareció pronto a nuestras miradas.

Durante un momento permanecemos inmóviles, pero luego, cediendo a un irresistible instinto de curiosidad, nos pusimos en marcha a nuestra vez. Encorvándonos hacia el suelo para que nuestras cabezas no sobresaliesen del macizo que tan bien nos ocultaba y resguardaba de todas las miradas, evitando el ruido de los pasos, empezamos a acercarnos nosotros también a la casa.

Ésta apareció ante nosotros cuando hubimos alcanzado el límite del macizo. Un espacio descubierto de unos veinte metros de ancho nos separaba de ella. Aplastados contra el suelo, y conteniendo la respiración, miramos ávidamente.

No quedaban ya más que trozos de paredes ennegrecidas por las llamas, al pie de las cuales se amontonaban piedras, trozos de madera carbonizados, hierros retorcidos, cenizas y restos del mobiliario.

Contemplamos el montón de escombros. ¡Qué lástima que el maldito alemán no hubiera ardido como su casa, y, con él, el secreto del terrible invento!

El teniente y yo recorrimos con los ojos el espacio descubierto, y nos sobresaltamos violentamente. Pudimos ver, a unos treinta pasos de nosotros, al capitán Haralan, puesto también en cuclillas y al acecho. En el sitio donde nuestro compañero se había detenido, el macizo se acercaba en armoniosa curva al ángulo de la casa, de la que sólo la separaba un paseo de unos seis metros de ancho aproximadamente.

Hacia este ángulo, el más próximo a él, era hacia donde miraba el capitán Haralan. No hacía un movimiento. Replegado sobre sí mismo, tensos los músculos, presto a dar el salto, parecía una fiera acechando a su víctima.

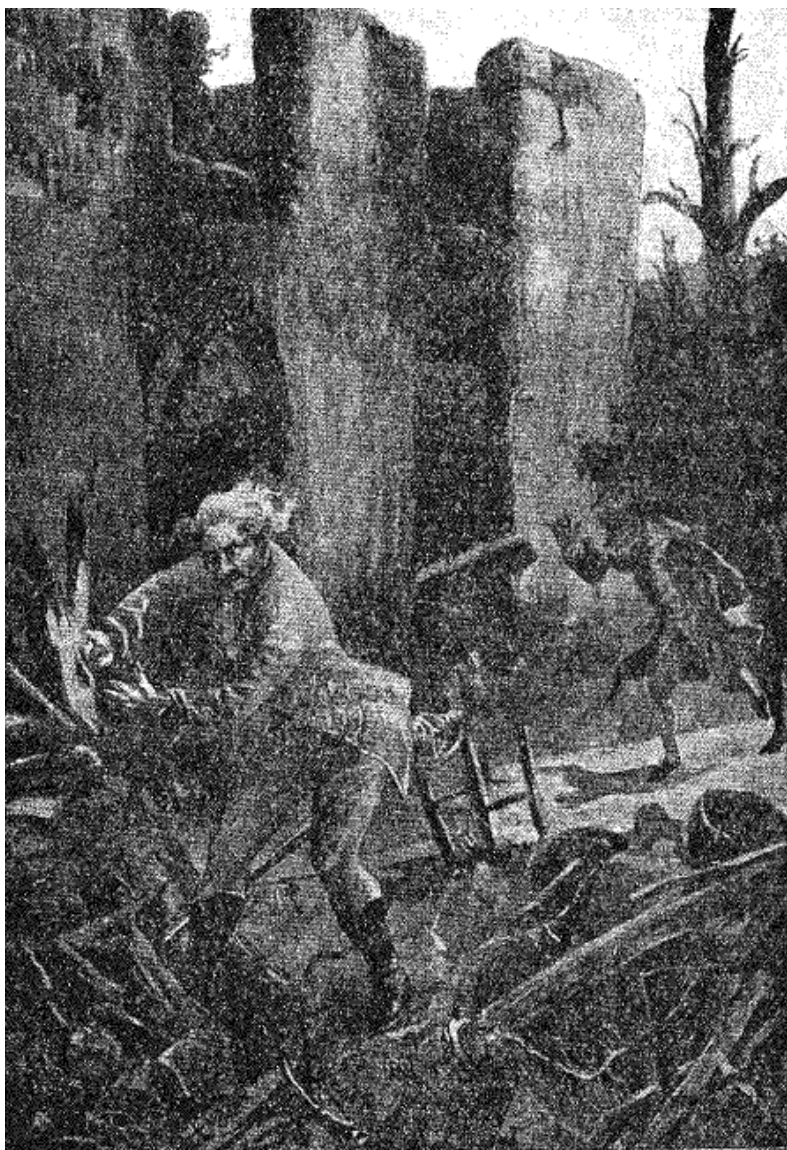
Seguimos la dirección de sus miradas, y en el acto comprendimos qué era lo que las atraía. Un singular fenómeno se producía, en efecto, allí. Aun cuando no se viese a nadie, los escombros estaban animados de movimientos extraños; lenta y prudentemente, como si los trabajadores hubiesen querido evitar el llamar la atención, las piedras, los herrajes, los mil diversos restos en aquel sitio amontonados, eran quitados de allí y colocados en un montón.

No sin experimentar el temor de lo misterioso, no apartábamos de allí los ojos desorbitados. La verdad nos deslumbraba. Wilhelm

Storitz estaba allí. Si bien los obreros eran invisibles, su obra no lo era...

De pronto resonó un grito lanzado por una voz furiosa... Desde nuestro sitio vimos al capitán Haralan lanzarse y franquear el paseo central de un solo salto. Vino a caer al borde de las ruinas, y pareció estrellarse contra un obstáculo invisible... Avanza, retrocede, abre los brazos y los cierra, se encorva y se endereza, como un luchador combatiendo cuerpo a cuerpo...

—¡A mí! —grita el capitán Haralan—. ¡Ya lo tengo!



El teniente Armgard y yo nos precipitamos hacia él.

—¡Le tengo!... ¡Tengo al miserable! —repetía—. ¡A mí, Vidal!... ¡A mí, Armgard!

De pronto me sentí yo rechazado por un brazo invisible, en tanto que una ardiente respiración llegaba a mí en pleno rostro.

Sí, era en efecto una lucha cuerpo a cuerpo. Allí estaba el ser

invisible... Wilhelm Storitz u otro cualquiera... Quienquiera que fuese, nuestras manos le habían cogido, no le dejaríamos ya y sabríamos obligarle a que nos dijera dónde estaba Myra.

Así pues, conforme había comprobado ya el señor Stepark, si bien tiene el poder de destruir su visibilidad, su materialidad, por lo menos, subsiste. No es un fantasma, no; es un cuerpo cuyos movimientos intentamos nosotros paralizar a costa de muy grandes esfuerzos.

Llegamos a conseguirlo por fin; yo tengo sujeto por un brazo a nuestro invisible adversario, y el teniente Armgard por otro.

—¿Dónde está Myra?... ¿Dónde está Myra? —pregunta con voz colérica el capitán Haralan.

Ninguna respuesta. El miserable lucha y trata de desprenderse de nosotros. Se trata de un individuo muy vigoroso, que se debate violentamente para librarse de nosotros. Si lo logra, se lanzará a través del jardín o de las ruinas, ganará el bulevar, y tendremos que renunciar a la esperanza de volverlo a coger.

—¿Dirás dónde se halla Myra? —repite el capitán Haralan en el colmo del furor.

Por fin, se dejaron oír las siguientes palabras:

—¡Jamás!... ¡Jamás!

El timbre de aquella voz jadeante, a lo que nos era dado afirmar, era la de Wilhelm Storitz.

Aquella lucha no podía durar; éramos tres contra uno, y por robusto que fuera nuestro adversario no podría resistirnos mucho tiempo. En aquel instante, el teniente Armgard es empujado rudamente, y cae en el césped; casi en seguida yo me siento cogido por una pierna y arrastrado, obligándome a soltar el brazo que sujetaba; el capitán Haralan es violentamente golpeado en pleno rostro, vacila y bate el aire con las manos extendidas.

—¡Se me escapa!... ¡Se me escapa! —rugió más bien que gritó.

Sin duda Hermann había corrido, cuando menos lo esperábamos, en auxilio de su amo.

Me levanto, en tanto que el teniente, medio desvanecido, permanece tendido en el suelo, y corro a prestar ayuda al capitán... ¡Todo inútil! No tocábamos más que el vacío. ¡Wilhelm Storitz ha huido!

Mas he aquí que entonces, de los macizos, por la verja, por los

muros y de las ruinas surgen hombres; brotan por todas partes y son centenares; están codo con codo, formando tres líneas, la primera con el uniforme de la policía de Ragz y las dos últimas con el uniforme de la Infantería de los Confines Militares... En un instante todos aquellos hombres forman un vasto círculo, que va estrechándose por momentos, gradualmente...

Entonces comprendí y me expliqué las frases optimistas del señor Stepark. Instruido de los proyectos de Storitz por Storitz mismo, había tomado sus medidas en consecuencia y con un virtuosismo del que estaba yo maravillado. Al penetrar en el jardín no habíamos visto nosotros a ninguno de aquellos hombres, y eso que eran algunos centenares.

El círculo, cuyo centro parecíamos formar nosotros, va cerrándose... cerrándose... No, Wilhelm Storitz no podrá escapar... ¡Está cogido!...

El miserable lo comprende así sin duda, porque de pronto, muy cerca de nosotros, se oye una exclamación de rabia...

Luego, en el momento mismo en que el teniente Armgard, que empieza a volver en sí, trata de ponerse en pie, su sable es bruscamente sacado de la vaina...

Una mano invisible comienza a blandir aquel sable...

Aquella mano es seguramente la de Wilhelm Storitz; la cólera le ciega, y puesto que no puede huir, tratará al menos de vengarse y matará al capitán Haralan... A imitación de su enemigo, el capitán ha desenvainado a su vez el sable... Los dos se hallan frente a frente, como en un duelo, uno que se ve y el otro que no es visto... Ambos sables están empuñados, por una mano visible el uno, y el otro por una mano que no puede verse.

Aquel combate es demasiado rápido para que nosotros podamos intervenir.

Es evidente que Wilhelm Storitz conoce el manejo del sable. En cuanto al capitán Haralan, se limita a atacar sin intentar defenderse. Por un golpe de soslayo, rápidamente parado, es tocado en la espalda...

Mas de pronto su arma ha avanzado hacia delante... Se oye un grito de dolor... Las hierbas del césped se inclinan...

No, no ha sido el viento el que las ha hecho encorvarse. Conforme vamos a adquirir la certeza pronto, es el peso de un

cuerpo humano, el peso del cuerpo de Wilhelm Storitz, traspasado de parte a parte en pleno pecho...

Una oleada de sangre ha brotado, y, al mismo tiempo que la vida va retirándose, he aquí que aquel cuerpo invisible va tomando poco a poco su forma material; he aquí que se le ve reaparecer en las supremas convulsiones de la agonía.

El capitán Haralan se ha arrojado sobre Wilhelm Storitz.

Grítale:

—¿Myra?... ¿Dónde está Myra?...

Pero allí no hay ya otra cosa que un cadáver, con el rostro convulso, los ojos abiertos, la mirada todavía amenazadora, el cadáver visible del extraño personaje que fue Wilhelm Storitz.

CAPÍTULO XVII

De esta trágica manera pereció Wilhelm Storitz.

Su muerte, ¡ay!, llegaba demasiado tarde. Aun cuando la familia Roderich no tuviese ya en lo sucesivo nada que temer, aquella muerte venía a agravar la situación en vez de mejorarla, puesto que nos hacía perder la esperanza de encontrar a Myra.

Aterrado por la responsabilidad que sobre él pesaba, el capitán Haralan contemplaba con mirada sombría a su enemigo muerto. Por fin, adoptando una decisión frente a la desgracia irreparable, hizo un gesto de desesperación y se alejó a pasos lentos en dirección a la mansión Roderich, a fin de poner a los suyos al corriente de aquellos deplorables acontecimientos.

El teniente Armgard y yo, por el contrario, permanecemos allí, en compañía del señor Stepark, llegado allí como por milagro, y sin nosotros saber por dónde.

El silencio era completo, a pesar de aquellos centenares de hombres, cuya curiosidad había llegado al paroxismo, que se amontonaban en torno de nosotros, apretándose unos contra otros esforzándose todos por ver.

Todas las miradas estaban fijas sobre el cadáver. Un poco vuelto sobre el lado izquierdo, con los vestidos manchados de sangre, la faz descolorida, con la mano derecha sujetando aún el sable del teniente, el brazo izquierdo medio doblado, Wilhelm Storitz no esperaba ya más que la tumba de la que no le había librado su poder malefactor.

—¡Es realmente él! —murmuró el jefe de policía, después de haberle contemplado largo rato.

Los agentes se habían acercado, no sin cierto temor. También ellos lo reconocieron; para unir a la de la vista la certidumbre del

tacto, el señor Stepark palpó el cadáver de la cabeza a los pies.

—¡Muerto!... ¡Completamente muerto! —dijo incorporándose.

El jefe de policía dio una orden, y en el acto una docena de hombres se encaminaron a los escombros, al punto mismo donde antes de la muerte de Storitz parecían estar animados de extraños movimientos.

—Según la conversación que sorprendimos —díjome el señor Stepark respondiendo a una pregunta que le dirigí—, ahí es donde debe encontrarse el escondite en que el miserable guardaba la sustancia que le permitía desafiarnos. No me iré, pues, de aquí antes de haber descubierto ese escondite y antes de haber destruido cuanto contiene. Storitz ha muerto. Aun cuando la ciencia hubiera de maldecirme, quiero que su secreto muera con él.

En mi interior daba toda la razón al señor Stepark. Aunque el descubrimiento de Otto Storitz fuese a propósito para excitar el interés de un ingeniero, no podía reconocerle ninguna utilidad práctica, y comprendía que sólo podía favorecer las peores pasiones de la humanidad.

Pronto quedó descubierta una pequeña placa de hierro. Se la alzó y aparecieron los primeros peldaños de una estrecha escalera.

En este momento una mano cogió la mía, en tanto que se dejaba oír una voz plañidera:

—¡Piedad!... ¡Piedad! —decía.

Volvíme, pero no vi a nadie; mi mano, sin embargo, continuaba prisionera, y la voz suplicante seguía oyéndose.

Los agentes habían interrumpido su trabajo, volviéndose todos hacia mí. Con una ansiedad bien fácil de comprender, extendí aquella de mis manos que no se encontraba prisionera, y exploré el espacio en torno a mí.

A la altura de mi cintura mis dedos tropezaron con una cabellera, y más abajo un rostro inundado de lágrimas. Era indudable que allí había un hombre, a quien no podía ver, de rodillas y llorando.

—¿Quién es usted? —Logré balbucir tras un esfuerzo y con profunda emoción.

—Hermann —me contestaron.

—¿Qué quiere?

En algunas frases entrecortadas, el invisible criado de Wilhelm

Storitz nos dijo que había oído al señor Stepark formular sus proyectos de destrucción, y que si esos proyectos se ejecutaban habría de serle preciso renunciar para siempre a recobrar la apariencia humana. ¿Qué iba a ser de él, condenado de esa suerte a permanecer siempre solo en medio de los demás hombres?

Suplicaba, por tanto, que el jefe de policía, antes de destruir los diversos frascos que había en el escondite, le permitiese beber el contenido de uno de ellos.

El señor Stepark prometió acceder a ello, tomando, sin embargo, las precauciones que se imponían, ya que Hermann tenía que dar cuentas a la justicia. Por orden suya, cuatro robustos agentes cogieron al invisible personaje, y se podía estar seguro de que no le soltarían de ninguna manera.

El jefe de policía y yo, precediendo a los cuatro agentes que sujetaban al prisionero, descendimos por la escalerilla. Algunos peldaños nos condujeron hasta una cueva, que iluminaba débilmente la luz que penetraba por la trampilla.

Allí y en un estantito estaban alineados una serie de frascos con etiquetas unos con la de *número 1* y los otros con la de *número 2*.

Hermann, con tono de alguna impaciencia, reclamó uno de los últimos, que le tendió el jefe de policía. Vimos entonces con indecible estupefacción —si bien todos debíamos esperarnos aquel espectáculo— que el frasco describía sólo una curva en el aire, y luego irse desocupando, como si alguien, habiéndoselo llevado a la boca, hubiera absorbido ávidamente su contenido.

Inmediatamente asistimos a una extraña maravilla. A medida que bebía, Hermann parecía ir saliendo de la nada. Distinguióse primeramente una especie de vapor ligero en la penumbra de la cueva, después los contornos se animaron y afirmaron, y tuve, por fin, ante mí a aquel mismo individuo que me había seguido el día de mi llegada a Ragz.



A un signo del señor Stepark, el resto de los frascos fue inmediatamente destruido, y los líquidos que contenían, extendidos por el suelo, se volatilizaron inmediatamente.

Terminado aquello, subimos a la luz del día.

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer, señor Stepark? —preguntó el teniente Armgard.

—Voy a mandar transportar este cuerpo al ayuntamiento —se le respondió.

—¿Públicamente? —pregunté yo.

—Públicamente —dijo el jefe de policía—. Es preciso que todo Ragz sepa que Wilhelm Storitz ha muerto. No se creerá hasta que se haya visto pasar su cadáver.

—¿Y después de que sea enterrado? —añadió el teniente.

—Si se le entierra —dijo el señor Stepark.

—¿Si se le entierra? —dije yo.

—Sí, porque sería preferible, en mi opinión, quemar ese cadáver y arrojar sus cenizas al viento, como se hacía con los hechiceros en la Edad Media.

El señor Stepark dio las órdenes oportunas, y se fue, con la mayor parte de los agentes y su prisionero, un viejo inofensivo, ahora que no le protegía ya la invisibilidad.

El teniente Armgard y yo volvimos a la mansión Roderich.

El capitán Haralan estaba ya al lado de su padre, a quien había referido todo. En el estado en que la señora Roderich se encontraba, había parecido preferible no decirle nada por lo pronto. La muerte de Wilhelm Storitz no le devolvía a su hija.

Mi hermano tampoco sabía nada todavía. Había, con todo, que ponerle al corriente, y con ese fin le hicimos informar de que le aguardábamos en el despacho del doctor.

No acogió la noticia con el sentimiento de la venganza satisfecha. Estalló, por el contrario, en sollozos, mientras estas desesperadas palabras se escapaban de sus labios:

—¡Ha muerto!... ¡Le habéis matado!... ¡Murió sin haber hablado!... ¡Myra!... ¡Mi pobre Myra, no te volveré a ver!

¿Qué hubiéramos podido decir ante aquella explosión de dolor?

Lo intenté de todos modos.

No, no había que renunciar a toda esperanza. Nosotros no sabíamos dónde estaba Myra, pero un hombre, Hermann, el criado de Wilhelm Storitz, debía saberlo. Y ese hombre estaba preso. Se le interrogaría, y, como no tenía el mismo interés que su amo en callarse, hablaría. Se le decidiría a ello, aun cuando fuera a costa de la tortura... Myra sería devuelta a su familia, a su marido, y la razón volvería a ella a costa de cuidados, ternura y amor...

Marcos no oía ni quería escuchar nada. Para él, el único capaz

de hablar había muerto. Nunca se le debió matar antes de arrancarle su secreto. Yo no sabía cómo calmar a mi hermano.

Nuestra conversación viose de pronto interrumpida por un gran tumulto que se percibía en el exterior. Nos precipitamos a la ventana que se abría en el ángulo del bulevard con el muelle Batthyani.

¿Qué era lo que ocurría ahora?... Creo que nada, ni aun la misma resurrección de Wilhelm Storitz, habría podido sorprendernos en el estado de espíritu en que nos hallábamos en estos momentos.

Sólo se trataba de su cortejo fúnebre. El cadáver, tendido sobre unas parihuelas, era paseado por cuatro agentes acompañados por una numerosa escolta. Así, Ragz sabría que Wilhelm Storitz estaba muerto y que el período de terror había llegado a su término.

El señor Stepark quería mostrar este cadáver por todas partes. Después de ascender por el muelle Batthyani hasta la calle de Esteban I, el cortejo debía atravesar el mercado Coloman, y los barrios más frecuentados antes de detenerse en el ayuntamiento.

A mi parecer, hubiera sido mejor evitar el paso frente a la mansión Roderich.

Mi hermano se unió a nosotros junto a la ventana. Lanzó un grito de desesperación al ver el cuerpo ensangrentado al que hubiera devuelto la vida a cambio de la suya.

La multitud se entregaba a las más ruidosas manifestaciones. Wilhelm Storitz vivo hubiera sido aislado por ella; muerto, su cadáver era evitado. Pero sin duda, tal como lo había asegurado el señor Stepark, la población no quería que recibiera sepultura como el común de los mortales. Exigiría que se le quemase en la plaza pública o que fuera arrojado al Danubio para que sus aguas lo condujeran hasta las lejanas profundidades del mar Negro.

Durante un cuarto de hora los gritos resonaron junto al Rosee; después vino el silencio.

Entonces el capitán Haralan nos comunicó que marchaba al ayuntamiento. Quería seguir el interrogatorio de Hermann. Aprobamos su plan y dejó la mansión en compañía del teniente Armgard.

Permanecí junto a mi hermano. ¡Nadie puede imaginar lo que fueron estas horas pasadas junto a él! No podía calmarle y me

asustaba su creciente sobreexcitación. Se me escapaba, lo notaba perfectamente, y tenía una crisis que quizá no pudiera resistir. Rechazaba mis palabras. No las discutía. Sólo tenía una idea, una idea fija: partir a la búsqueda de Myra.

—Y tú me acompañarás, Enrique —decía.

Cuanto pude obtener fue que esperaríamos el retorno del capitán Haralan. Éste no regresó hasta las cuatro con su compañero. Sus noticias eran las peores que podíamos esperar. El interrogatorio de Hermann había, efectivamente, tenido lugar, pero inútilmente. El capitán, el señor Stepark, el mismo gobernador, habían amenazado, suplicado, rogado en vano. Sin éxito se ofreció una fortuna al servidor de Storitz; inútilmente se le anunciaron los más terribles castigos si rehusaba hablar. No se obtuvo nada. Hermann no cambió ni un solo momento. Ignoraba dónde podía hallarse Myra. El mismo hecho del secuestro le era desconocido, ya que su señor no creyó que debiera ponerle al corriente de sus proyectos.

Después de tres horas de esfuerzo y de lucha, fue necesario rendirse a la evidencia. Hermann actuaba de buena fe y decía la verdad. Su ignorancia era sincera. Desde este momento, debíamos perder toda esperanza de volver a ver a la desdichada Myra para siempre jamás.

¡Qué triste final de jornada pasamos! Embutidos en los sillones, aplanados, rebosantes de tristeza y amargura, dejábamos transcurrir el tiempo sin pronunciar una sola palabra; ¿qué hubiéramos, en efecto, podido decirnos que no nos lo hubiéramos ya dicho y redicho mil veces?

Un poco antes de las ocho trajo un criado las lámparas. El doctor Roderich se encontraba en aquel momento al lado de su esposa, y no nos encontrábamos en el salón más que los dos oficiales, mi hermano y yo. Al retirarse el criado, después de terminar su servicio, el reloj comenzó a dar las ocho.

En aquel preciso momento, la puerta de la galería se abrió muy vivamente. Sin duda había sido impulsada por alguna corriente de aire procedente del jardín, porque yo no vi a nadie que pudiera haberla abierto. Pero lo más extraordinario fue indudablemente que la puerta volvió a cerrarse por sí misma...

Y entonces —¡no, yo no olvidaré jamás aquella escena!— una voz se percibió... No la voz ruda que en la noche de la velada de

esponsales nos insultaba con el *Canto del odio*, sino una voz fresca y gozosa, una voz amada, cual ninguna, ¡la voz de nuestra querida Myra!

—Marcos —decía—, y usted Enrique, y tú Haralan, ¿qué hacéis aquí?... Es ya la hora de cenar y me estoy muriendo de hambre.

¡Era Myra, la propia Myra, Myra, que había recobrado la razón, Myra curada!

Hubiérase dicho que bajaba de su habitación como de costumbre. ¡Era Myra que nos veía, y a la que nosotros no veíamos!... ¡Era Myra invisible!...



Jamás palabras tan sencillas habían producido tan gran efecto. Estupefactos, clavados en nuestros asientos, no nos atrevíamos a movernos ni a hablar, ni a dirigirnos hacia el sitio de donde la voz procedía. Sin embargo, Myra estaba allí, viva, y, como nosotros ya sabíamos, tangible en su invisibilidad...

¿De dónde venía?... ¿De la casa adonde la había conducido su

raptor?... ¿Había entonces podido huir, atravesar la ciudad y penetrar en la casa?... Las puertas, no obstante, estaban cerradas y nadie había abierto...

No —y la explicación de su presencia no tardó en dársenos—, Myra bajaba de su habitación, en la que Wilhelm Storitz la había hecho y dejado invisible. Mientras nosotros la creíamos fuera de la mansión, ella estaba tranquilamente en su lecho. Allí había permanecido inmóvil, muda siempre e inconsciente durante aquellas veinticuatro horas. A nadie se le había ocurrido el pensamiento de que pudiera estar allí y, en realidad, ¿por qué razón había de habérsenos ocurrido semejante pensamiento?

Sin duda Wilhelm Storitz no había podido llevársela en seguida, pero no habría dejado de dar cima a su crimen si no lo hubiese impedido aquella misma mañana el sablazo del capitán Haralan.

Y he aquí que Myra, habiendo recobrado la razón —acaso bajo la influencia del líquido que Wilhelm Storitz le había hecho beber—, Myra, ignorante de todo lo que había pasado desde la escena de la catedral, Myra estaba en medio de nosotros, hablándonos, viéndonos y sin haber podido advertir todavía que no era vista.

Marcos se había levantado, con los brazos abiertos, como para cogerla...

Ella prosiguió diciendo:

—Pero ¿qué tienen ustedes?... Les hablo y no me contestan. Parecen sorprendidos de verme. ¿Qué es, pues, lo que ha pasado?... ¿Por qué mamá no está aquí? ¿Está enferma?

La puerta se abrió de nuevo y entró el doctor Roderich.

Myra lanzóse en seguida hacia él, así al menos hubimos de suponerlo, porque exclamó:

—¡Ah, padre mío!... ¿Qué pasa?... ¿Por qué mi hermano y mi marido tienen ese aspecto tan extraño?

El doctor, petrificado, se había detenido en el umbral; había comprendido.

Myra continuaba a su lado; le abrazaba y le decía:

—¿Qué hay?... ¿Dónde está mamá?...

—Tu madre está bien, hija mía —pudo balbucir el doctor—. Ahora bajará... ¡Aguarda!...

En aquel momento, Marcos, que había encontrado la mano de Myra, la atrajo hacia sí suavemente, como si hubiera guiado a una

ciega. No lo estaba, sin embargo, y sí más bien los que no podían verla a ella. Mi hermano la hizo sentar a su lado...

No hablaba ya Myra, sorprendida del efecto que su presencia producía. Y Marcos, con trémula voz, murmuró estas palabras, que ella no debía comprender:

—¡Myra!... ¡Mi querida Myra!... Eres tú realmente... Te noto aquí... junto a mí... ¡Oh! Te lo ruego, querida, no me dejes más, te lo ruego...

—¡Mi querido Marcos!... ¡Ese aspecto trastornado!... Todos... Me asustáis... Padre... respóndeme. ¿Ocurre aquí alguna desgracia?...

Marcos sintió que se levantaba, y la retuvo suavemente.

—No —dijo—, tranquilízate, ninguna desgracia ha ocurrido... Pero ¡habla, habla, Myra!... ¡Que yo oiga tu voz!... tú... ¡Tú... mi esposa... mi querida Myra!...

Sí, nosotros hemos asistido a aquella escena, hemos oído aquellas frases... y allí estábamos, con los ojos fijos, inmóviles, reteniendo el aliento, aterrados ante el pensamiento de que el único que hubiera podido devolvernos a Myra bajo su forma visible había muerto, llevándose el secreto...

CAPÍTULO XVIII

¿Tendría un desenlace feliz aquella situación sobre la que ya no teníamos poder alguno? ¿Quién podría creerlo? ¿Cómo no pensar que Myra estaba borrada para siempre del mundo visible?

Así es que a la inmensa dicha de haberla encontrado se mezclaban el dolor y la pena, no menos inmensos, de que no apareciera ante nuestras miradas en toda su gracia y en toda su belleza.

Fácilmente podrá imaginarse lo que sería en estas condiciones la existencia de la familia Roderich.

No tardó Myra en darse cuenta del estado en que se encontraba. Al cruzar ante el espejo de la chimenea, no había visto su imagen... Se volvió hacia nosotros lanzando un grito de angustia, y no descubrió la sombra que su cuerpo debía producir.

Hubo que contárselo todo entonces, en tanto que tristes sollozos se escapaban de su pecho, mientras Marcos, de rodillas ante el sillón en que ella acababa de sentarse, trataba en vano de calmar su dolor. La había amado visible y la amaría invisible. Aquella escena nos desgarraba verdaderamente el corazón.

Hacia el final de la velada, el doctor quiso que Myra subiese a la habitación de su madre. Era preferible que la señora Roderich supiese que estaba cerca de ella y que la oyese hablar.

Pasaron algunos días. Lo que no habían podido hacer nuestros consuelos, lo hizo el tiempo. Myra se había resignado. Gracias a su grandeza de alma, pronto la vida pareció recobrar su curso normal. Myra nos prevenía de su presencia hablando al uno o al otro.

Yo la oía decir:

—Amigos míos, aquí estoy... ¿Necesitan algo?... Voy a traérselo... Mi querido Enrique, ¿qué busca?... ¿El libro que dejó

usted sobre la mesa?... ¡Hele aquí!... ¿Por qué, mi querido Haralan, me mira con esos ojos tan tristes?... Te aseguro que estoy sonriente... Marcos, he aquí mis dos manos... Deme el brazo, Enrique, daremos una vuelta por el jardín y hablaremos de mil y mil cosas.



La adorable y buena criatura no había querido que se

introdujese cambio alguno en la vida de familia. Ella y Marcos pasaban muchas horas juntos, sin cesar ella de consolarle, afirmando que tenía confianza en el porvenir, que llegaría un día en que aquella invisibilidad cesaría... ¿Abrigaba realmente ella esa esperanza?

Una modificación, no obstante, una sola modificación hubo de hacerse en nuestra vida familiar. Comprendiendo Myra cuán penosa resultaba su presencia en aquellas condiciones, no quiso sentarse a la mesa con nosotros.

Pero una vez terminada la comida, bajaba nuevamente al salón. Se la oía abrir y cerrar la puerta diciendo: «Heme aquí», y no se separaba de nosotros hasta la hora de retirarse a su habitación, después de desearnos una buena noche.

Si la desaparición de Myra había producido tanta emoción en la ciudad, no hay que decir si la produciría su reaparición: no sé qué término emplear para ser exacto. De todas partes llegaron testimonios de la más viva simpatía, y las visitas afluyeron a la casa en gran abundancia.

Myra había renunciado a todo paseo a pie por las calles de Ragz. No salía sino en coche cerrado, acompañada por alguno de los suyos. Pero prefería a todo el sentarse en medio del jardín, junto a los seres que amaba y a los cuales había sido devuelta por entero, moralmente al menos.

Durante todo aquel tiempo, el jefe de policía, el gobernador y yo mismo nos obstinábamos en hacer sufrir al viejo Hermann interrogatorios tan numerosos como estériles. Nada se podía obtener de él para las tristes circunstancias que atravesábamos.

Habiendo demostrado los acontecimientos su buena fe en lo relativo al rapto de Myra, no había por qué inquietarle acerca del particular. Pero ¿no podía suceder que conociera los secretos de su difunto amo? ¿No podía poseer la fórmula de Otto Storitz?

¡Qué remordimiento tan grande para el señor Stepark y para mí mismo, por haber obrado con tanta precipitación cuando descubrimos la cueva!

Sin aquella deplorable precipitación, lo que hicimos por Hermann hubiéramos podido hacerlo por Myra. Un solo frasco del misterioso líquido y todas nuestras angustias pasadas no serían otra cosa que una pesadilla desvanecida en la alegría del despertar.

El crimen involuntario que el señor Stepark había cometido, y que yo había dejado cometer, era sólo conocido de nosotros, y por un acuerdo tácito, ni entre nosotros mismos se había cambiado una sola frase acerca de él.

Cada uno de nosotros dos nos encarnizábamos con el desdichado Hermann, con la quimérica esperanza de arrancarle un secreto que sin duda no poseía. En efecto, ¿qué posibilidad había de que a un criado sin un mínimo de cultura se le hubieran revelado los arcanos de la química trascendental? Y, si se hizo, ¿qué posibilidad había de que comprendiera algo?

Llegó, por fin, el día en que nos convencimos ambos de la inanidad de nuestros esfuerzos, y como, en realidad, no había contra Hermann ningún cargo por el que pudiera ser llevado ante los tribunales, fue preciso resolverse a dejarle en libertad.

Pero la suerte había decidido que el pobre diablo no pudiese aprovecharse de ella.

La mañana en que su carcelero fue a buscarle para abrirle la puerta, se lo encontró muerto en su celda, herido por una embolia, según la autopsia vino ulteriormente a demostrar.

De esta suerte se desvaneció nuestra última esperanza, demostrándonos que el secreto de Wilhelm Storitz quedaría desconocido para siempre.

En los papeles recogidos con ocasión del registro en la casa de Storitz y depositados en el ayuntamiento, no se encontró otra cosa que fórmulas vagas y notas a la vez de física y química, absolutamente incomprensibles para nosotros. Nada pudimos sacar en limpio acerca de la diabólica sustancia de que Wilhelm Storitz había hecho tan deplorable uso.

Así pues, del mismo modo que el verdugo no había surgido de la nada, sino al ser herido en el corazón por el sable del capitán Haralan, así su desventurada víctima, la pobre Myra, no reaparecería ante nosotros sino tendida sobre su lecho de muerte.

En la mañana del 24 de junio, mi hermano vino a encontrarme. Me pareció hallarse relativamente tranquilo.

—Mi querido Enrique —me dijo—, he querido darte cuenta de la resolución que he tomado, y creo que la aprobarás.

—No lo dudo —respondí—, habla con toda confianza, pues estoy seguro de que para decidirte habrás escuchado la voz de la

razón.

—De la razón y del corazón, Enrique. Myra sólo es mi mujer a medias. Falta a nuestro matrimonio la consagración religiosa, ya que la ceremonia hubo de verse interrumpida antes de haber sido pronunciadas las palabras sacramentales. Esto crea una situación falsa, que quiero hacer cesar, por Myra, por su familia y por todo el mundo.

Atraje yo a mis brazos a Marcos y le dije:

—Te comprendo, Marcos, y no veo que pueda ponerse obstáculo alguno al cumplimiento de tus deseos.

—Sería verdaderamente monstruoso. Si el sacerdote no puede ver a Myra, puede al menos oírla declarar que me acepta por marido, como yo la acepto por mujer. No creo que la autoridad eclesiástica ponga el menor reparo.

—No, querido Marcos, no, y yo me encargo de todas las gestiones.

Dirigíme, en primer término, al cura de la catedral, al arcipreste que había oficiado en la misa de matrimonio, interrumpida por una profanación sin ejemplo. El venerable anciano me contestó que el caso había sido previamente examinado, y que el arzobispo de Ragz le había dado una solución favorable. Aun cuando fuera invisible, no podía dudarse de que la novia estaba viva y apta, por consiguiente, para recibir el sacramento del matrimonio.

Habiéndose publicado ya los edictos tiempo hacía, nada se opuso a que la fecha de la ceremonia se fijase para el 2 de julio.

La víspera, Myra me dijo, como ya me dijera antes:

—Es para mañana, Enrique... No lo olvide.

Aquel segundo matrimonio fue, como el primero, celebrado en la catedral de San Miguel y en las mismas condiciones. Los mismos testigos, los mismos invitados de la familia Roderich y la misma afluencia de gente.

Una gran dosis de curiosidad se mezcló, naturalmente, a aquella ceremonia. Todavía subsistían algunos temores entre la muchedumbre. Ciertamente, sí, que Wilhelm Storitz había muerto, y que muerto estaba asimismo su criado, el viejo Hermann. Pero más de uno se preguntaba si aquella segunda misa no iría a verse interrumpida, como la primera; si algún prodigio no vendría a perturbar de nuevo la ceremonia nupcial.

He allí a los dos esposos, en el coro de la catedral. El sillón de Myra parece hallarse desocupado. Pero ella está, sin embargo.

Marcos se halla en pie y vuelto hacia ella. No puede verla, pero la siente cerca de sí, la tiene cogida de la mano, como para atestiguar su presencia ante el altar.

Detrás se hallan los testigos: el juez Neumann y el capitán Haralan; el teniente Armgard y yo; después, el señor y la señora Roderich, de hinojos la pobre madre, implorando del Todopoderoso un milagro para su hija... En torno se encuentran los amigos, las notabilidades de la población, y luego el pueblo todo.

Terminada la misa, el anciano celebrante se vuelve hacia el pueblo.

—Myra Roderich, ¿estáis ahí? —pregunta.

—Estoy —responde Myra.

Luego, dirigiéndose a Marcos:

—Marcos Vidal, ¿consentís en tomar a Myra Roderich, aquí presente, por esposa?

—Sí —responde mi hermano.

—Myra Roderich, ¿consentís en tomar a Marcos Vidal, aquí presente, por esposo?

—Sí —responde Myra con voz oída de todos.

—Marcos Vidal y Myra Roderich —termina el sacerdote—, yo os declaro unidos por el sacramento del matrimonio.

Terminada la ceremonia, la multitud se agolpa en el camino que deben seguir los nuevos esposos; no se percibe el bullicio confuso de rigor en tales ocasiones. Todo el mundo calla, estirando el cuello con la loca esperanza de descubrir algo. Nadie quiere ceder su puesto, y nadie, sin embargo, quiere estar colocado en primera línea. A la vez siéntense todos impulsados por la curiosidad y retenidos por un temor misterioso.

Por entre las dos filas de una multitud algo temerosa, los recién casados, los testigos y los amigos se encaminan a la sacristía. Allí, en los libros destinados a ello, a la firma de Marcos Vidal se une un nombre, el de Myra Roderich, un nombre trazado por una mano que no se verá jamás.

CAPÍTULO XIX

Tal fue el desenlace que en el día 2 de julio tuvo la historia que he tenido el capricho de referir. Comprendo que parezca increíble. En semejante caso sólo habría que acusar a la insuficiencia del autor. La historia es, por desgracia, muy verdadera, aun cuando sea única en los anales del pasado y aun cuando deba permanecer siendo única, así firmemente lo espero, en los anales del porvenir.

Innecesario será decir que mi hermano y Myra habían abandonado sus proyectos de otro tiempo. No podía ya tratarse de un viaje por Francia; hasta preveía yo que Marcos sólo haría raras apariciones en París y que se fijaría definitivamente en Ragz, con gran disgusto mío, por supuesto.

Lo mejor, en efecto, era vivir ambos, su mujer y él, al lado del señor y la señora Roderich. El tiempo todo lo arregla, y Marcos acabaría por acostumbrarse a aquella existencia. Myra, por lo demás, se ingeniaba para hacer notar su presencia. Siempre se sabía dónde estaba, y lo que hacía. Era el alma de la casa, invisible como lo son las almas.

Por añadidura, su forma material no había desaparecido por completo; ¿no se tenía el admirable retrato que de ella había hecho Marcos?

Myra gustaba de sentarse cerca de aquel lienzo, y con su voz acariciadora, decía:

—Yo estoy ahí; he vuelto a ser visible y vosotros me veis, como yo me veo.

Permanecí algunas semanas aún en Ragz al lado de los recién casados, viviendo en la mansión Roderich en la más completa intimidad de aquella familia tan probada por la suerte, y no sin honda pena veía acercarse el día en que me sería preciso separarme.

No hay, sin embargo, vacaciones tan largas que no lleguen a acabarse, y hube al fin de volver a París.

Volví, pues, a entregarme a los trabajos de mi profesión, más absorbente de lo que el vulgo cree. Eran, con todo, demasiado singulares los acontecimientos en que me había visto mezclado para que mis preocupaciones pudiesen hacérmelos olvidar. Pensaba, pues, en ellos sin cesar, y ni un solo día pasó sin que mis recuerdos no me hiciesen volar hacia Ragz, al lado de mi hermano y de su mujer, a la vez presente y lejana.

En los comienzos del mes de enero siguiente evocaba yo, por la centésima vez, la terrible escena cuyo desenlace había sido la muerte de Wilhelm Storitz, cuando de pronto se me ocurrió una idea, tan sencilla, tan evidente, que me admiraba de que antes no se me hubiera ocurrido. Aunque mi ceguera obligue a estimar en poco mis facultades de lógico, nunca había pensado en relacionar entre sí las diversas circunstancias y peripecias de aquel drama...

El día a que ahora me refiero, a mi espíritu se impuso la conclusión de que si el cuerpo de nuestro vencido enemigo había perdido el poder de invisibilidad que poseía mientras se hallaba vivo, su única causa debía ser la abundante hemorragia consecutiva al sablazo de Haralan. Aquello fue una revelación. Se me representó en seguida, con certidumbre, que la misteriosa sustancia era mantenida en suspensión en la sangre, y que con la sangre, por tanto, se había eliminado.

Admitida esta hipótesis, la consecuencia se deducía por sí misma. Lo que el sable de Haralan había hecho podía volverlo a hacer el bisturí del cirujano; no se trataba, al fin y al cabo, más que de una operación de las más benignas, que era fácil ejecutar gradualmente, y que se podría repetir cuantas veces fuera necesario. La sangre que Myra perdiera, veríase reemplazada por otra sangre completamente nueva, y llegaría un día en que sus venas no contendrían ninguna partícula de la sustancia maldita que privaba a Marcos de la dicha de verla.

Escribí inmediatamente a mi hermano en este sentido. Mas en el momento en que mi carta iba a partir, recibí una de Marcos y juzgué preferible retardar el envío de la mía. En su carta, en efecto, anunciábame mi hermano una noticia que, por el pronto al menos, hacía inútiles mis especulaciones: Myra se encontraba encinta. No

era ése el momento más oportuno para privarla ni de una gota de su sangre; necesitaba sus fuerzas todas para soportar la temible prueba de la maternidad.

El nacimiento de mi sobrino —o de mi sobrina— érame anunciado para los últimos días de mayo, aproximadamente.

Conocido como es del lector el afecto que yo experimentaba por mi hermano, inútil será decirle que fui exacto a la cita. Desde el 15 de mayo me hallaba en Ragz, y esperé el suceso con una impaciencia que no le iba en zaga a la del padre.

El 27 de mayo fue cuando se produjo, y esta fecha no se borrará jamás de mi memoria. Dicen algunos que ya no hay milagros; ese día, sin embargo, hubo uno, y uno cuya autenticidad puedo yo garantizar personalmente.

Fácilmente se adivina en qué consistió ese milagro. La naturaleza nos prestó la ayuda que yo quería reclamar al arte, y Myra, como Lázaro, salió viva de la tumba. Marcos, asombrado, conmovido, embargado de dicha, la vio resurgir lentamente de las sombras y, doblemente padre, vio nacer al mismo tiempo a su hijo y a su mujer, que le pareció más bella aún, después de tanto tiempo de haber permanecido oculta a sus miradas.

Desde entonces, mi hermano y Myra ya no tienen historia, como no la tengo yo. Mientras que yo sigo entregado con ardor a la búsqueda de la perfección matemática ideal —e inaccesible, ya que las matemáticas, como el universo, son infinitas—, Marcos sigue su carrera gloriosa de pintor célebre. Habita en París, a dos pasos de mi casa, en una residencia magnífica, donde todos los años vienen el señor y la señora Roderich a pasar dos meses, con el antiguo capitán, hoy coronel, Haralan.

Esta visita es devuelta todos los años también por los dos esposos en Ragz; es el único momento en que yo me veo privado del parloteo de mi sobrino —¡fue, por fin, un sobrino!—, a quien quiero con una ternura que participa de la del tío y de la del abuelo.

Marcos y Myra son dichosos.

¡Haga el cielo que esta felicidad dure largos años! ¡Haga el cielo que nadie conozca los dolores que ellos conocieron! ¡Haga el cielo —y ésta será mi última palabra— que jamás se encuentre el execrable secreto de Wilhelm Storitz!



Nota a pie de página:

1. El descubrimiento realizado después de este manuscrito, de los rayos infrarrojos y ultravioletas, ha venido a comprobar parcialmente esta hipótesis. < <